

LUIS BELLO

EL TRIBUTO Á PARÍS



MADRID

BIBLIOTECA NUEVA DE ESCRITORES ESPAÑOLES

M. PÉREZ VILLAVICENCIO, EDITOR

REINA, NÚM. 33.

1907

DGCL
A

T. 171059
C. 1221994

EL TRIBUTO Á PARÍS

LUIS BELLO

EL TRIBUTO Á PARÍS



MADRID

BIBLIOTECA NUEVA DE ESCRITORES ESPAÑOLES

M. PÉREZ VILLAVICENCIO, EDITOR

REINA, NÚM. 33.

1907

ES PROPIEDAD
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCHIVOS, INFANTAS, 42, MADRID



R. 138620

Quizá sea cierto que el alma no es viajera. A Emerson, que lo dice, debemos escucharle con gran respeto mientras vamos preparando el hatillo: — «¡Viajar! ¡Insensatez! ¡Placer de mentecatos!» — Yo no quiero dejar en estas líneas la profesión de fe de un judío errante contento y orgulloso de su destino. Comprendo que no hay nada tan vacío como un corazón viajero en busca de emociones nuevas, y juzgo necesarios una voluntad de héroe ó un apetito formidable para sustituir la poesía de las campanas del lugar por la del comedor de los hoteles. Cuando mi hermano y yo aprendimos á leer, manejábamos cruelmente un tomo venerable del *Semanario Pintoresco*, lleno de esas historias que á los ocho años os hacen coger una espada de madera para embarcaros con Hernán Cortés ó con el Capitán Pirata. Allí encontramos por primera vez el antipático re-

frán: «Piedra movediza no cría moho», y era en un cuento muy sensato, escrito para demostrar que la fortuna se halla en la constancia y en el buen asiento. Entonces comenzó nuestra invencible inclinación hacia las pobres piedras movedizas, que nunca serán favorecidas por el moho.

Y en esta tierra en que vivimos el odio al moho es una pasión casi santa. Aquí Emerson podía contar con el aplauso de todos los que son felices viendo cómo les brota el provechoso verdín entre los dedos. No mudarse por mejorar, no perder puestos, no desperdiciar con un movimiento los años de quietud. Los viejos místicos y los hombres prácticos de siempre coinciden: — «Quien cambia de lugar huye de sí mismo, y en todas partes hallará el propio yo, triste, severo é implacable. Por donde yo vaya mi gigante íntimo va conmigo.» Y si va contigo á todas partes y está contigo á todas horas para amargártelas, ¿en qué agrava el tormento de soportar á tu gigante íntimo un simple cambio de horizonte ó un trastorno de tus costumbres? Quizá en esta condenación de los viajes no haya más que soberbia; la soberbia mansa de un filósofo que sabe moralizar de acuerdo con su propio temperamento. La paz del ánimo, el cultivo del yo junto al hogar,

que hacen de un hombre un árbol pensativo, en realidad son también moho, un moho razonador y trascendental.

Pero todo tiene su tiempo. La cuestión está en saber cuándo ha llegado la hora de echar el ancla definitivamente. Difícil será hallar entre todas las alegrías imaginables una tan pura y tan fresca como la alegría del primer vuelo cuando tenemos la vida entera por delante, y el cielo y el mar, los árboles y las montañas, los amores y los afectos brillan para nosotros con un barniz de aurora que no está precisamente en el cielo, ni en el mar, ni en la tierra, sino en nuestras pupilas. Basta entonces un rayo de sol, una cumbre lejana, una racha de viento entre los pinos... Basta una voz de mujer para creer en la felicidad. Y si hemos separado el mañana del ayer por medio de una frontera, ese pobrecito paso que para medir los mundos es tan poca cosa, parece una victoria de que debemos mostrarnos envanecidos. Aun después, cuando la vida va despojándose poco á poco de todas sus hojas y sus pámpanos, y empieza á mostrarnos el viejo tronco de la parra esquilmada y vendimiada, fijar los reales en una tierra nueva — no impuesta, sino elegida — es adquirir el derecho á un sueño feliz: el sueño de comenzar á ser también uno

mismo un hombre nuevo, que es el ansia de la renovación y el ansia de la inmortalidad.— Hasta que llega el día de tomar el sol recordando los buenos tiempos, y entonces, así como el oído no puede aceptar la música nueva, ni las nuevas rimas y el cerebro tiene ya encasilladas y osificadas todas las ideas, el espíritu se niega á cambiar de horizonte y dice, dogmatizando su cansancio: — ¡Viajar!.. ¡Insensatez! ¡Placer de mentecatos!

¿Cuándo debe un hombre dar por terminados los años de aprendizaje? Goethe dejó sin acabar su *Wilhelm Meister*, acaso como un símbolo de la perpetua peregrinación de su pensamiento.—Y sobre todo, ¿cuándo debe un español renunciar por completo á la idea de que toda la tierra es patria y resignarse á vivir entre las piedras estadizas? La tierra de España es nuestra patria; pero, sin proponérselo nosotros, ocurre que nos cuesta trabajo tener por compatriotas á los que disponen hoy de la tierra de España. Casi todos los emigrados voluntarios dejan su patria por despecho, por ira de no verla como quisieran, por temor de no hallarla nunca á su gusto, en vista de que el esfuerzo propio no es eficaz y el fracaso del es-

fuerzo ajeno llega á ser para ellos un espectáculo mortificante. No bastan un rincón, una renta y un afecto donde echarse á dormir tranquilamente, viendo crecer, á la española, los años, los chicos y las deudas. Nuestro deber nos pide más. Y como no se obtiene, es necesario descansar los pulmones respirando otro aire y librar el corazón de los pequeños tumultos de cosas que le hieren todos los días y que lentamente le van hipertrofiando. Desde lejos, esos ahogos y esos tumultos tienen más poesía y el amor patrio se acerca hasta convertirse en un arma inquieta y vibrante dispuesta siempre á herir.

Este libro, compuesto de páginas sueltas, escritas en su mayor parte para vivir un día, encierra las impresiones de un español en Francia. El vuelo es muy corto y está al alcance de cualquier viaje de novios. Pero, por una vez, «el alma ha viajado».—Hay un momento de la vida en que se define para siempre el carácter y salen á flote nuestros más íntimos sentimientos, los que han de dar determinado color á nuestro destino. A veces no hace falta ningún suceso, próspero ni adverso, que provoque esa explosión de la personalidad. Otras veces el

hombre nace de un hondo dolor, de una tragedia íntima que obra la virtud de las trompetas de Jericó y suscita el desplome de todos los artificios. Perdóneseme si demuestro hacia mis impresiones de fuera de España un cariño injustificado y si me atrevo á creer que hay una diferencia estimable y capital entre las primeras, escritas por el solo entusiasmo de lo pintoresco, y las últimas páginas, inspiradas en algo más humano: en una recta y ardorosa intención de amplia moralidad. Ese cambio que me complazco en guardar como una conquista no se lo debo sólo á la experiencia de unos cuantos años. Se lo debo también á París.

París es el primer paso del expatriado, no sólo para los fronterizos, sino para todo el mundo. Como en París hallamos un centro cosmopolita, poco importa que la distancia de la Patria sea mayor ó menor. Nos basta saber que es otra vida y que estamos entre otras gentes. Nosotros, españoles, tenemos una piel muy sensible y un espíritu muy susceptible á todos los cambios de clima y de hábitos. Pronto, por impulsos sentimentales que van casi siempre acompañados de unas cuantas lecciones de realidad, comprendemos que es

absurdo pensar en un corte definitivo de los antiguos lazos y empezamos á presentir que, si físicamente es posible la vida del desarraigado, no vale la pena de abandonar la Patria para tener siempre los ojos prendidos en ella desde lejos. Entonces empieza una tarea instructiva é inquietante. Consiste en juzgar, en comparar los hombres, las ideas y las cosas de aquí con las de allá. Llega á dar calentura este afán justiciero. Nada tan parecido á la pueril manía del estudiante novato que busca relaciones entre los hechos más heterogéneos. Y nada tan expuesto al ridículo cuando es un genio gruñón ó una vanidad exaltada lo que inspira esos juicios paralelos. — De esta manera hemos rendido todos el tributo á París, complaciéndonos primero en dar á la gran ciudad y á la tierra francesa las cualidades que echábamos de menos en nuestra propia tierra, apoyándonos luego en sus defectos para afirmar el españolismo. París, incommovible, no se entera de nada; ni de nuestras lisonjas, ni de nuestras calumnias. No le importa saber qué especie de sirena nos canta, ni qué vientos tibios vienen á hablarnos de nuestro peñascal como de un amoroso surco que nos aguarda, fresca todavía la huella que dejamos en él al desarraigarnos. Cuando la sirena nos vence y llega el momento

del regreso, París no piensa en ir al *Quai d'Orsay* á despedirnos con una sonrisa burlona. Otro español, cualquier otro español en salvo ya de todos los sarampiones patrióticos, ó menos saturado de la niebla del Sena, ó, mejor aún, recién desembarcado en el bulevard es quien viene á la estación á darnos un abrazo y á divertirse un rato diciendo:—Pero ¿se va usted de veras? ¿Se ha vuelto usted loco? ¿Tiene usted valor de volverse á aquella covacha? ¡Quédesel!

Porque en España, según frase de Stendhal, cada cual desprecia al vecino y tiene el orgullo salvaje de ser de su propia opinión.

Luego, dentro de la covacha, es donde debe ponerse á prueba el temple de los sentimientos despertados durante la ausencia. A cada desencanto volvemos á oír la voz del amigo escéptico que fué á darnos un buen consejo al *Quai d'Orsay*. Ahora es París la que goza del privilegio de la lejanía y aparece como la ciudad ideal desde nuestras calles destartaladas, como la ciudad de la acción desde este pueblo donde las voluntades duermen en su blando colchón de rutinas. Vivir toda la vida del recuerdo de un viaje, con la obsesión permanente

de las cosas á que se habituaron nuestros ojos es un martirio para nosotros y una pretensión intolerable para los que nos sufren. Pero hay muchos medios de vencer ese nuevo espejismo que ha creado tantos extranjeros en su Patria y ha dejado vagar tantos espíritus de frontera en frontera como el alma de Garibay. El medio más seguro es no encerrarse otra vez definitivamente ni en la casa solariega ni en los fantásticos castillos que nunca serán nuestros. Y, sobre todo, no echarnos tierra encima con nuestras propias manos, que hartos nos la echarán.

L. B.

Madrid-Mayo de 1907.

EL TRIBUTO Á PARÍS

EL ENCANTO ROTO

Si en Francia se enteraran, y si los franceses fueran agradecidos — dos hipótesis temerarias —, este libro había de obtener una acogida muy benévola. Lo escribe un español educado, no ya en el culto, sino en la superstición de París, y estos españoles que antes eran en gran número, van desapareciendo rápidamente. Hoy todavía se puede confesar esa debilidad como una fiebre propia del hervor juvenil, como un enfermizo desvarío que hemos heredado de la generación anterior. Otra generación más y quizá no haya nadie con bastante candor para atreverse á rendir á París el tributo de unas cuantas páginas sin hacer más reservas de las que el lector irá encontrando en estas líneas.

En el culto á París ha habido, ante todo, un poco de historia y un mucho de literatura. Nosotros hemos llegado á tiempo para ver el crepúsculo del verdadero siglo de oro de las letras francesas. Hemos visto morir á todos los que habían conquistado el espíritu de nuestros padres, y no podemos

menos de pensar que son muertos gloriosos; pero muertos al fin. ¡Imposible imaginar que vive y late aún en el alma de Francia la lírica elocuencia de Chateaubriand ni el verbo tempestuoso de Víctor Hugo! Napoleón el Grande no está más muerto que la Revolución francesa, y los últimos ecos de su invasión en España van apagándose ahora, cuando desaparece de los Códigos las huellas de las leyes napoleónicas. — En otros tiempos, en pleno absolutismo, los emigrados políticos han hallado en París un amable refugio, y toda Francia era para ellos la tierra de la libertad. «Desde las tristes márgenes del Sena...» los emigrados completaron la sorda labor de los afrancesados del siglo XVIII y fueron formando alrededor de París una leyenda que en parte alguna podía tener tanto atractivo como en las ingratas orillas del Manzanares. Para los espíritus descontentos, los que habían de subir al patíbulo por orden de Cea ó de Calomarde, de Eguía ó de Erro; los que esperaban el piquete ó la cuerda en la época más benigna de Narváez, París, con monarquía ó con república, era la ciudad ideal. Residía en ella la libertad francesa, «creada para todo el género humano, libertad que logrará algún día el universo entero por el justo título de la razón». Aquellos emigrados vieron entrar en París á «una dama desdichada, pálida como la muerte», que huyó al saber en la frontera de España el fusilamiento de su marido con cincuenta y dos compañeros de martirio. Entonces reinaba en Francia

Luis Felipe, un Rey de transacción, y el jurado absolvía á los Amigos del Pueblo, considerando que no había delito en decir:—Queremos la República. — Los compatriotas de esa dama, que se llamó doña Luisa de Torrijos, debían sonreír ante la tiranía de Luis Felipe, porque eran capaces de aceptar sin temblor la del propio Marat. Hablar de París era hablarles de un porvenir lejano que ellos no habían de ver nunca en su patria, con sus ojos mortales. Todos los exaltados, todos los románticos del progreso — ¡libertad, igualdad, fraternidad! —, soñaban con las glorias tribunicias de la Convención y se creían con alientos para repetir el heroísmo de los Girondinos. Nuestros revolucionarios del 69 enterraron en las Constituyentes las últimas ascuas de la hoguera del 93. Después de ellos los Camilo Desmoulins españoles han empleado su elocuencia en conquistar un sitio en la Comisión de Presupuestos.

Pero, aun disminuído el prestigio de la Revolución y sustituídos los ideales por otros que no nacieron precisamente en Francia, quedaba la influencia de la literatura francesa, que en España era decisiva y privilegiada. Nombres franceses han informado toda la cultura española durante muchos años. La generación anterior ha aprendido el positivismo en Comte; ha vulgarizado su romanticismo progresista con Michelet y con Laurent; ha visto en Proudhón las primeras resquebrajaduras de la organización económica; se ha enterado por Renán

de que puede haber un escepticismo piadoso y científico y por Guyau, de que puede crearse una religión social. Cuando su francés se lo permitía aprendió á recitar versos de Musset, de Hugo, de Lamartine y de Lecomte de l'Isle, y más tarde versos de Baudelaire, de Verlaine y de Mallarmé. Adoró á Balzac, leyó lentamente á Flaubert, se dejó seducir por el gran Theo y oyó todas sus secretos á los Goncourt; colocó aparte para la admiración á Merimée y fué ruidosamente en pos de las aventuras de Alejandro Dumas. Todavía nosotros hemos podido apasionarnos por ó contra Zola y entregarnos de corazón á la fantasía de Daudet y descubrir en una hora inolvidable la selva oscura de los cuentos de Maupassant. — Era lógico el entusiasmo. Uno á uno, iban ganándolo á viva fuerza toda esa pléyades de grandes hombres que han vivido casi en los mismos días y en la misma ciudad. Ciudad hirviente, luminosa, intensa, donde el espíritu se agitaba en perpetua vibración y donde los más miserables tenían derecho al orgullo, amparados por la fama de los otros. A París emigraban los que en su Patria sintieron una necesidad intelectual no satisfecha, y allí adquirían carta de naturaleza. Unos iban á la conquista de París; todos estaban conquistados por París antes de ponerse en campaña. Sin contar la turba innumerable de extranjeros que, sin salir de su nación, vivían con el alma puesta en París, teniéndolo por centro de sus pensamientos y por

aduana de todas las artes y de todas las ciencias.

Esos grandes nombres han desaparecido sin dejar herederos, y sólo queda el alto espíritu de Anatole France, gloriosa ruina que empezó á ser inactual desde que la consagramos. Y en lugar de sus obras, Francia ha empezado á enviarnos las que antes había importado de otras literaturas. Una vez abierto el portillo, entra en España la inundación de una cultura que ya no es francesa, y á los franceses debemos agradecerles este último servicio. Pero somos, como todos los rutinarios que entran por un camino nuevo, desagradecidos y maldicientes del camino viejo. París nos perdonará si cometemos ahora alguna injusticia en contra suya, después de haber cometido muchas en su favor. No hay que olvidar que España está llena de cascotes de ídolos rotos y recién derrocados, y que no existe furor iconoclasta comparable á la frialdad con que nosotros hemos deshecho todas nuestras leyendas. La leyenda de París no era más firme que las áureas leyendas nacionales.

Uno de los hombres más ilustres de Francia, Pasteur, escribió su testamento espiritual en estas palabras:

«No os dejéis ganar por el escepticismo estéril. No os descorazonéis por las tristezas de ciertas horas que pasan en todas las naciones. Preguntaos primero: ¿qué he hecho yo para mi instrucción? Después, á medida que avancéis: ¿qué he hecho yo

por mi Patria? Hasta que llegue un día en que consigáis la inmensa dicha de pensar que habéis puesto algo de vuestra parte en el progreso y en el bien de la humanidad. Favorezca ó no vuestros esfuerzos la fortuna, es necesario que al acercarse la hora suprema tengáis derecho á decir: He hecho todo lo que he podido.»

Por amor á Francia hay que creer firmemente que estas son las palabras que encuentran eco en el corazón de la juventud. Cuando los que van de avanzada tienen brío para pensar de esa manera, no puede decirse nunca que ha llegado el ocaso definitivo.

PARÍS, CIUDAD DEL ARTE

«Sólo en París se puede prescindir de la felicidad.» Este suspiro de Mme. Stael expresa lo mejor y lo peor de la vida parisiense. Porque se puede adorar el encanto superficial y ameno de París, y de vez en cuando sentir que es demasiado ingrátida la atmósfera que allí se respira. La liviana musa del bulevar pone toda su ciencia en agradarnos; procura que el vuelo rápido de sus alas, al llegar á nosotros, aleje todos los pensamientos molestos. No siempre lo consigue. El extranjero empieza á minar su propia admiración hacia la gran ciudad por esta ligereza moral que llega á constituir un espectáculo vergonzoso. Ante las comedias

parisienses, tan lindas, tan alocadas, tan espirituales, Heine pensaba en el desenlace de esas alegrías, unas veces el *boudoir* infame, otras Saint Lazare ó el anfiteatro anatómico. «He aquí — decía — los efectos de la maldición secreta del destierro, que no podemos tener el corazón tranquilo en atmósfera extranjera; que con nuestras opiniones y nuestros sentimientos nacionales hemos de estar siempre aislados de un pueblo que no siente ni piensa como nosotros, heridos continuamente por hechos morales, ó más bien inmorales, que el nacional acepta sin reparar siquiera en ellos. ¡Ay! el clima moral del extranjero es malsano para nosotros, mucho más que el clima físico. Este sólo indispone el cuerpo, pero no el alma.» Y el clima moral de París, extraviado y pervertido en la literatura, quizá mucho más que en los hogares, ha llegado á hacerse insoportable. El arte no basta para redimirle de sus culpas. La misma Francia—la *banlieu* de París—ha empezado á ponerse en guardia contra el peligro de la gran ciudad.

Dentro de Francia hay quien habla del teatro y de la novela parisienses como de una insoportable é invariable fuente de corrupción, y quien juzga que si la literatura prepara las costumbres de las generaciones venideras, los nietos de los franceses de hoy se pasarán la vida olvidados de sí mismos, de sus fuerzas, de su misión social, pensando solamente en juegos de *esprit* y en ensartar historias para introducirse en las alcobas vedadas. Pero no

hay que acudir á los franceses de mañana, que quizá no conserven memoria del teatro actual. ¿Quién no ha visto en París, el 14 de Julio, esperando á la puerta de los teatros al buen público de las representaciones gratuitas? Muchas señoras, muchos niños, muchas familias simpáticas como la de M. Joyeuse, el incorregible soñador de *El Nabab*; las jóvenes con sus vestidos claros cosidos en casa, los dedos picados por la aguja, los ojos iluminados por la perspectiva de una tarde feliz; los muchachos, impacientes, deseando desquitarse del encierro de una semana... Y toda esa gente, fresca y sana de espíritu, en París como en cualquier Arcadia, va á recrearse con un arte preparado al gusto de vagos, trashumantes y *cocottes*. De no confiar en una providencia benévola, encargada de anular el influjo de las literaturas perniciosas, haríamos bien en acercarnos á M. Joyeuse para decirle: — ¡Huya usted de ahí, que le quieren envenenar! ¡Usted, *la mamita* y las niñas estarán mucho mejor en el Bosque!

El arte halla en París un ambiente intelectual, respetuoso, comprensivo. Todo lo acepta, lo más excelso y lo más bajo. El gusto del pueblo se educa en medio de la calle, en los carteles, en los escaparates, en los periódicos. Por los bulevares, por los muelles, por el barrio Latino y por Montmartre las tiendas son museos de arte moderno, donde se acoge el cuadro antiguo y el apunte del último dibujante extranjero llegado hoy por la mañana para

hacer fortuna. Hay una legión de pintores y de industriales, sin contar la turba de principiantes que se pasean con sus ostentosos bombachos de pana, su gorra de terciopelo y su barba en punta, rematando la cabeza melenuda á lo Van-Dyck. Para que allí se respirara una atmósfera de arte audaz y renovador bastarían las industrias decorativas, y sobre todo y ante todo la parisiense, que pone siempre una intención artística en los refinamientos de su coquetería. Hay, además, la estética de la calle. París tiene una belleza heredada y cultivada con amor. Nunca son bellas las cosas por azar. Una pendiente, un tronco añoso, un edificio viejo están sabiamente aprovechados para obtener un tono de plácido y aplomado reposo. Parece que todo es allí permanente, definitivo; que la estabilidad de los cimientos se hermana con la solidez de los muros y con la firmeza de los techos de pizarra. Cuando se trata de amplias calles, de explanadas ó de avenidas, diríase que los árboles, los monumentos, las bellas construcciones han ido buscando el sitio en que razonablemente deben lucir mejor. Hay una ciencia de las perspectivas, que los franceses dominan de un modo incomparable. Cuando se trata de rincones apacibles, de una abadía del antiguo París escondida entre casitas humildes, de un edificio secular cuyas piedras ennegrecidas parecen guardar algún secreto aristocrático no violado por la Revolución, las aceras, los tejados, las ventanas, duermen discretamente en una atmós-

fera de recogimiento. El pueblo que ha creado la liga protectora del paisaje tiene bastante tradición artística para no colocar una estatua ó un edificio en lugar desairado, para armonizar el tono de los árboles de un jardín, para no interrumpir una línea que se pierde con absurdas desviaciones. Es un arte amable, ponderado, cortés el que preside en las casas y en las calles parisienses. El palacio del Louvre parece que se extiende sin más fuerza que la de su gracia y la de su simpatía. Procura ser agradable mostrando en cada fachada una sonrisa galante y urbana. Es la misma sonrisa que hallamos en su literatura y en su filosofía, tan ordenada, tan ponderada que no tiene un momento de descuido como una amabilísima señora á la que no sorprenderemos nunca, ni airada, ni enojada ni en *deshabillé*.

Por esa cortesía y ese agrado París nos atrae. A pesar de su desquiciamiento, de la falta de sentido moral que á nuestros ánimos hidalgos produce más de una vez cierta impresión de frialdad y de repugnancia, el arte y la cortesía de París siguen atrayéndonos. El extranjero que llegue á conocerla vuelve una y otra vez aunque no se reproduzca ya el afán febril del primer viaje, ni el encanto del desembarco en los bulevares. Sabe á qué atenerse ya acerca de las maravillas de París y, quizá recuerde una vieja canción que cantaba Beranger en 1815—cuando entraron en París los cosacos y los prusianos—, y que aprendió mi insepa-

rable amigo Farandúl en un *cabaret* de Montmartre, de labios de una veterana «demoiselle:»

«De nos français j'connaisons l's astuces
Ils ne sont pas aussi bons chrétiens
Qu' les prusiens
¡Viv' nos amis
Nos amis, les ennemis!»

¡Vivan nuestros amigos los enemigos! Aunque no todos pueden triunfar en París como conquistadores, el extranjero debe saber que será siempre el enemigo-amigo de la canción de Beranger; amigo, para explotarle dulcemente; enemigo, cuando trate de entrar en su corazón.

PARÍS.—BURDEOS.—BIARRITZ

Á D. MANUEL TROYANO Y Á LA BUENA
MEMORIA DE «ESPAÑA».

DEFENSA DEL AUTOMÓVIL

¿Necesita defensa el automóvil? — Dirigida á un automovilista la pregunta es ridícula. El automóvil se defiende á sí mismo, y cada máquina que aparece como una tromba por esas carreteras es un argumento de hecho. Un argumento, por lo menos, tan ofensivo como defensivo. Habrá, en cambio, quien juzgue estéril la defensa pensando que el mejor abogado perdería tan mala causa, y quien la acepte como un desahogo del humor paradójico, lo mismo que la defensa de César Borgia, que escribirá algún día Ramón del Valle Inclán.

Por mi parte sólo diré que al subir á la puerta del Gran Hotel al magnífico *Dietrich* de mister Dannat formé el propósito de no decir ni escribir á nadie una palabra sobre el viaje hasta conocer el número exacto de accidentes y de víctimas. Una gallina — volátil tan tímido como temerario que aprovecha las alas para meterse debajo de las ruedas—, una sola gallina atropellada hubiera des-

pertado los escrúpulos de mi conciencia.—Pero los cuarenta caballos del *Dietrich*, lanzados á 100 kilómetros por hora y conducidos por una mano firme no han sufrido en las tres etapas de París á Biarritz otra contrariedad que el peso de una protesta colectiva.

Fué á la entrada del bosque de Rambouillet, pasado ya Epinay, en una charca. El paisaje no tenía nada de amenazador. Las aguas, muertas, en el centro de una plazoleta vestida de hierba y guardada por un álamo solitario; una casita de techo puntiagudo, casi oculta entre las hacinas de heno recién segado; tres ó cuatro troncos desnudos de corteza... Y, sin embargo, de los troncos, de la casa y de la charca salieron uno á uno, y se agruparon luego para venir hacia nosotros en actitud hostil, más de treinta gansos blancos, negros y cenicientos. Al pasar el automóvil hubo alguna vacilación en el grupo; pero luego elevaron todos el pico como hacia el cielo y formularon desde el borde del camino una protesta tan concreta, tan unánime, que faltaría á mi deber si no la consignara en estas notas.

— Los gansos tienen, sin duda, sus razones — pensé yo al oír aquella grave reconvención —. Para calmarlos y para convencerlos sería necesario escribir, gravemente también, una defensa del automóvil.

Hombre de mundo, artista, inglés y un poco norteamericano, Mr. Dannat leyó acaso mi pen-

samiento, porque, con la sonrisa más radiante de su fisonomía, franca é ingenua, dijo:

— Si el ir de prisa no excitara la indignación de los que están condenados á ir despacio, ¿usted cree que valdría la pena de ir de prisa?

— ¿Por qué? ¿Para qué? — Así nos hemos preguntado muchas veces los filósofos de á pie y de coche de punto.—¿Por qué y para qué forzar velocidades y devorar kilómetros?

Venga el filósofo rehacio. Si su impávida modestia llega á tanto, prescinda de esa mirada ansiosa y admirativa con que los transeuntes nos revelan que nuestros atavíos y el estruendo de nuestra bocina han herido su imaginación. Prescinda del encanto de partir. Prescinda del júbilo puramente físico que consiste en sentir un aumento ilusorio —pero no por ilusorio menos real—, un aumento gigantesco de nuestras energías. Ya está el filósofo sentado junto á mí. Vea cómo huyen las calles de París, y goce la inquietud de abrirse paso por el hormiguero; vea cómo penetramos en triunfo por la ancha avenida de los Campos Elíseos, cómo entramos en el bosque de Boulogne, y basta un minuto para poseer el secreto de cada camino. Trepidan ligeramente las ruedas, el viento nos azota, cruje la arena bajo los neumáticos; se oye un zumbido, como si voláramos sobre una avispa; los árboles nos saludan con un soplo brusco, y en las alamedas tupidas vibran y tabletean hasta las hojas más ocultas... Una línea recta, un paseo des-

pejado nos brinda á correr sin miedo. Hay una suave pendiente, y abajo la ruta se esconde bajo el puentecillo de la vía férrea. Un punto negro aparece al otro lado, y cuando asomamos ya á la boca del túnel, vemos que el punto negro es otro automóvil que avanza como el rayo, cruza con nosotros en la sombra y desaparece como nosotros desaparecemos para él... Luego nos acogen las casitas de Ville d'Avray, entre campesinas y ciudadanas; luego respiramos en pleno campo el aire matinal, y antes de prepararnos á soñar históricas fantasías, entramos en Versalles. Diga el filósofo enemigo si pierde su magnificencia el panorama del palacio porque lleguemos ante él en automóvil y si cambian los suaves tonos del Jardín de los Naranjos, ó si se rebaja la grandeza de los Cien Escalones. Después los paisajes cambian. Un pueblecillo humilde en medio de la riqueza de los campos, un bosque, una pradera, una villa tendida á orillas de un río... Si esta variedad os enoja habrá que aceptar la absurda sospecha de que, para ser filósofos, debemos despedirnos de nuestra parte de humanidad.—Y, en ese caso, prefiero ser un simple mortal, encantado con dar á mis ojos el regalo de tantos y tan varios paisajes y con seguir los caminos de la hermosa tierra de Francia.

MISTER DANNAT

Estamos en Chartres. Mr. Dannat elige los puntos de parada, y los hoteles, y los platos, y el vino del almuerzo, con un arte esencialmente británico. Y puedo asegurar, sin temor á ninguna réplica, que en una sola parada del automóvil cabe todo un curso de filosofía de la vida. Al despedirnos en el Gran Hotel, Mr. Fullerton, corresponsal del *Times*, nos dijo:—Este noble caballero, amigo del *sport* y entusiasta del automóvil, es una de las personalidades más vigorosas del arte inglés contemporáneo. Pero, hoy por hoy, no le hablen ustedes de pintura. Háblenle de automóviles.

Y, en efecto, he aquí la lección que escuchamos de labios de Mr. Dannat en el comedor de una fonda de Chartres:

—Ahora me preguntan mis amigos—habla mister Dannat—lo mismo que ustedes: ¿Por qué no pinta usted? ¿Por qué no exhibe usted? Eso es mucho más halagüeño que oír cómo los mismos amigos se dicen unos á otros: «¿Por qué habrá pintado Mr. Dannat? ¿Por qué habrá exhibido?» Es necesario saber cuándo se llega al momento culminante, á la cima de nuestra vida. Vean ustedes el empeño de Santos Dumont. Ha probado ocho globos; ha subido cien veces; ha caído otras tantas; ha dado la vuelta á la torre Eiffel; ha sido el hombre del día en París. ¡Y ahora quiere seguir subiendo en globo! Yo se lo he dicho: «¿Para qué

hacer lo mismo una vez más? Invente usted otra cosa, ó conténtese con lo que ha inventado ya. Es bastante atraer la atención del mundo una vez en la vida.» Yo viajo en automóvil. Por algún tiempo se fijaban en mí por mis cuadros; ya nadie mira los cuadros de nadie, y, comprendiendo la razón, cuando quiero exhibir algo, exhibo mi automóvil.

Y como le mirábamos sonriendo para buscar en sus palabras la fina ironía del *humour* inglés, mister Dannat agregó:

—Yo tengo la gloria de ser uno de los decanos del automovilismo del mundo entero. Por consiguiente, soy uno de los hombres más increpados y más odiados del planeta. Eso siempre refresca la sangre.

Y en verdad que es difícil encontrar un motivo para increparle á Mr. Dannat. Gobierna su automóvil como si gobernara un pueblo, vigilante siempre, precavido, cauteloso, evitando todos los riesgos con una atención infatigable. Al viajar con él se adivina que no está el peligro en los automóviles, sino en los automovilistas. Supongamos que pudiera crearse una escuela de hombres tan serenos, tan firmes, tan previsores como Mr. Dannat; que los ricos improvisados y los jóvenes calaveras guiasen los automóviles, si les parecía bien, en los pasillos de su casa: ¿no es verdad, estimables gansos de Rambouillet, que entonces vosotros mismos inclinaríais el pico en prueba de benevolencia hacia esas máquinas revolucionarias?

CAMINO DE TOURS

De Chartres á Marbone, de Chateaudun á Clo-yes, vastas praderas, huertas y bosquecillos. El camino siempre bordeado de arboleda. Alguna vez se ensancha, y á derecha é izquierda se alínean las casas de una aldea. Son silenciosos, solitarios, estos pueblos del Norte de la Turena. Casi todas las puertas están cerradas y casi todas las ventanas. Las viviendas, con sus altas caperuzas de pizarra y sus chimeneas simétricas; los árboles, los setos que guardan los cercados, todo esto, que mis ojos no habían visto nunca hasta ahora, despierta mis recuerdos de infancia y me hace pensar en la clase de dibujo de Palma de Mallorca y en las láminas que D. Luis Castellá nos ponía delante del tablero para que las copiáramos al lápiz ó á la acuarela. Eran paisajes de Turena y no paisajes españoles los que llegaban á nuestras manos. Por eso al ver ahora las vastas llanuras cruzadas por un río cuyas aguas caen en una presa para esconderse en un molino; al ver los árboles de tronco viejo y entre las hojas sombrías el verde claro de los brotes nuevos; al ver las vacas de cuernos cortos y de gran papada, creo que vuelvo á pasar por una tierra en que vivieron mis sueños infantiles.

Pero, en la realidad, hay más y hay menos que en aquellos modelos pintorescos y convencionales. ¿Dónde están los muchachos que poblaban puertas y ventanas y venían á sentarse, indefectiblemente,

sobre los troncos y á jugar con el agua de los arroyos? ¡No hay muchachos! No aparecen por ninguna parte. Quizá trabajen en las escuelas; quizá la previsión maternal los aleje de nuestros automóviles; pero los campos de esta región francesa inmediata á París hacen pensar en el suicidio de un pueblo por egoísmo y por cálculo.

No serán estos los pecados de una raza errante que encontramos en todas las etapas. Obstruyendo el camino aparece, á lo lejos, una caja con ruedas, arrastrada no se sabe cómo y rodeada de una escolta de chicos y grandes. Suena la bocina, el armatoste se aparta trabajosamente, y, al pasar el automóvil, vemos toda una banda de bohemios. Su coche-casa, y cuna, y tálamo, y hospital, y acaso túmulo, tiene unos ventanillos por donde asoman mujeres desgredadas, que llevan en brazos niños de pecho. Otros, ya mayores, caminan como los hombres de la tribu. El carro va tirado por un caballo de pelo largo y lacio, detrás marcha una cabrita negra, que, educada entre farsantes y titiriteros, acaso tenga portentosas habilidades. Alguna vez, ese cajón con ruedas es la barraca «de los hermanos Zemgano», y puede que, sin saberlo nosotros, hayamos tropezado también con el coche de Scarron y con sus héroes de la *Historia cómica*.

Entre Cloyes y Tours el automóvil se detiene; hay que renovar el combustible. Aguardamos á un lado del camino y dejamos el paso libre á un borriquillo que viene agobiado por el peso de sus orejas

y consumido por una nube de moscas. El borrico y su dueño nos miran con aire de superioridad, y siguen adelante. Profundo silencio en la llanura. El sol va trasponiendo y los árboles de la alameda proyectan sombras gigantescas. El cielo se inunda de una luz suave y violácea. Y en el aire fresco y trasparente del crepúsculo suena una voz imperativa que llama desde muy lejos: «¡Chó, chó, ve allá; tráelas, tráelas!» Es una vaquerilla de doce á catorce años. El perro está en lo alto de una suave colina, y las vacas, más lejos todavía, á la orilla de un riachuelo: «¡Tráelas, tráelas!» Levanta el hocico, va, vuelve, arrastra el rabo por el suelo. Otra vez y otras muchas la vaquera le azuza, y, al fin, el can corre hasta llegar al ganado, y una por una las vacas, con sus terneros, empiezan á caminar lentamente. Entonces oímos la voz de la muchacha que grita: ¡*Bien, chó, bien. Merci!*»

LA CARRERA DE LA MUERTE

Cerca del pueblecillo de Contré-Berac, ya pasado Poitiers, Mr. Dannat detiene el automóvil en una revuelta del camino. Hemos dejado ya muy atrás los campos de la Turena—jardín de Francia—y comienzan los paisajes meridionales, las casas bajas sin el techo en declive, las huertas con vallas guarnecidas de rosales y campanillas. Á la derecha de la carretera hay un obelisco de piedra blanca, en cuyo frente, en letras doradas, dice:

Á la memoria de Marcel Renault, muerto accidentalmente el 26 de Marzo de 1903, en la carrera París-Madrid.

Una corona de flores medio marchitas está puesta de través á la punta del obelisco. Viniendo de Tours hacia Burdeos, una curva inesperada ofrece al automovilista la emoción de este recuerdo. Pocos pasos antes de llegar á él hay una zanja apenas visible, porque su hondura no pasa de cinco á seis centímetros. Bastó, sin embargo, para que, al desviarse el automóvil de Marcel Renault, encontrara el famoso constructor la muerte que le ha valido su pedacito de inmortalidad. Y Mr. Dannat, que en la carrera de París-Burdeos era dueño del coche ligero en que llegó primero Luis Renault, y además de otro coche, *Mercedes*, que corrió también, asegura firmemente que no volverá á darse un espectáculo más grandioso ni más digno de nuestro siglo.

—Pero, ¿y ese obelisco? ¿Y Chateaudun? ¿Y Angulema?—le pregunto.

—En Angulema, la imprudencia de un espectador obligó á Touraud á echarse fuera del camino, y murieron cuatro hombres por la gracia de un majadero que quiso burlarse del peligro. Fué lamentable. Fué el incidente decisivo, y por él se acordó la suspensión. Los demás fueron torpezas, desgracias, imprevisiones: en Chateaudun cerraron antes de tiempo la valla de un paso á nivel. Cuando llegó el coche de Noohsly, á 130 kilóme-

tros por hora, y se encontró el camino obstruido, sin tiempo para detenerse, ¡imagínese qué segundos tan espantosos! Lorraine Barron murió ¡por un perro! Hubo una serie de coincidencias que difícilmente volverían á reproducirse y que causaron deplorable efecto. Pero, de todos modos, ¿usted cree que es lo mismo hacer un ejercicio gimnástico que dar el triple salto mortal en el trapecio? Pues esa es la diferencia que hay entre un viaje en automóvil y una carrera de automóviles.

Más abajo de Rufec está el árbol en que se estrelló Lorraine Barron. Es un paraje encantador que recuerda los campos levantinos: una casita pintada de blanco, con puertas estrechas por cuyas jambas corren ramales de hiedra; un seto de zarzamoras; un corralillo poblado de patos y gallinas. El cielo es despejado, el sol intenso. Poco más allá del lugar en que cayó Lorraine, un caminante ha tirado su zurrón y duerme sobre él, porque aquel sitio está creado para todo, menos para estrellarse. El árbol tiene una brecha enorme á un metro del suelo. Allí se empotró la máquina, que quedó hecha astillas. Luego, hasta donde puede llegar la mano de un hombre, falta la corteza, y un buen viejo y una niña que salen de la casa nos explican por qué:

—Son *los inglesotes*—dice el viejo—. La arrancan como recuerdo. Ninguno pasa por aquí sin llevarse un poco.

Mr. Dannat sonríe y el mecánico nos entrega nuestro pedazo de corteza. El árbol es magnífico y puede proveer de reliquias á muchas generaciones de automovilistas. Á su sombra, el viejo nos cuenta cómo ocurrió el accidente, al arrojarse un perro entre las cadenas, y la niña le interrumpe tres veces para decirnos:

—El perro era mío. Me le mataron. Se llamaba Totó.

Luego, á la salida de Angulema, en una alameda, á la mano izquierda del camino bordeado de zarzales, está el sitio en que cayó Touraud y en que quedaron cuatro muertos. Allí no hay columna conmemoratoria. Marcel Renault, más afortunado, quizá por ser patrono y constructor, tiene una en este camino y otra en su tierra. El mecánico de Mr. Dannat examina en silencio la última huella de la carrera de la muerte, y, para fortalecer su moral, recuerdo aquel diálogo viejo entre un labriego de tierra adentro y un marinero santanderino:

—Dime tú, marinero: ¿dónde murió tu abuelo?

—En el mar.

—¿Y tu padre?

—En el mar.

—Y tú, todas las mañanas, ¡al mar!

—Al mar, sí. Y tu padre, el tuyo, ¿dónde murió?

—¡Oh! Mi padre... en su cama.

—¿Y tu abuelo?

—¡En la cama!

—Y tú, todas las noches, ¡á la cama!

Montamos otra vez en el *Dietrich*. Al descender las cuestas, al virar en las curvas y ver cómo obedecen estas máquinas prodigiosas á la menor presión, sentimos absoluta confianza en que no hay nada que temer cuando van dirigidas por un hombre inteligente, con alma de viajero y no con alma de caballo de carreras.

UN DOMINGO EN LOS CAMPOS

Considerados con criterio de automovilista, los domingos se distinguen del resto de la semana en que van por los caminos menos *charrettes* y más ciclistas. Pero no es esto todo. Hay trajes, y figuras y tipos que sólo salen á luz en los pueblos los domingos. Por las veredas de Montbazon y de Port de Piles, por las vastas praderías de Ingrande, van labriegos con chaquetas nuevas y mujeres con cofias recién planchadas y rizadas. Los muchachos, que están encerrados toda la semana, aparecen en la plaza de Clau, lo mismo que en la de Navalcarnero, con su traje de los días de fiesta. Iglesias pequeñas, de campanario chato, de techo puntiagudo como el gorro de un campesino; atrios sencillos, primitivos, embaldosados con piedras rodadas, y en ellos todo el pueblo que sale de misa, ó que va á entrar; las mujeres, en un corro; los hombres, en otro; los chicos, estorbando en todas partes.

Al salir de Poitiers empiezan á desfilan unas extrañas cofias, unos cucuruchos blancos, doblados por la punta, solemnes, hieráticos, majestuosos, sobre el rubio cabello de las aldeanas. Yo no los había visto más que en los cuentos de hadas y en los menos fantásticos de D.^a Blanca de Navarra, y tengo que hacer enormes esfuerzos de lógica para colocar en el mismo plano de realidad nuestro automóvil y el atavío de las damas de Contré.

Muchas veces, paseando por las calles de París, hemos visto con admiración, si no con deleite, que las mujeres llegan á cierta edad, pero nunca son viejas. ¿Dónde están las setentonas? Las mujeres de cabellera blanca, las arrugadas, las deformadas, las viejecitas, ¿dónde se meten? Yo he podido averiguarlo durante el viaje, y quizá sea este descubrimiento el más útil de todos los que acabo de realizar. Las viejecitas de París están en un pueblo que se llama Chaunay y en otra villa más grande que se llama Rufec, y en otros dos poblados cuyo nombre ignoro, que alzan sus pobres techos poco antes de llegar á Angulema. Unas llevan la cofia, otras lucen sus canas, y todas van vestidas de obscuro. Algunas están sentadas alrededor de la iglesia, otras vienen al pueblo en carritos que guían ellas mismas. Pero ¡cuántas! Es imposible que sean todas de la región, y hay que pensar que aquí vienen á refugiarse las madres de las hijas que en París viven á su albedrío y las que, después de haber derrochado su vida, no quieren dar

á las aceras de los bulevares el espectáculo de su decadencia. Aquí están muy bien, todas juntas, hablándose unas á otras de sus buenos tiempos y de sus hijas. Al detenernos en Chaunay, entra en la calle principal del lugar una señora, una gran señora, muy alhajada, muy compuesta, muy magnífica. Frente á ella viene por el camino, en su carrito, tirado por un borriquillo de Argel, una de aquellas viejecitas pilongas, toda arrugas y toda cofia.

—¿A que no se acuerda *la mère* Baudín? ¿A que no?

La tía Baudín tira de las riendas y pára el borriquillo.

—¡Tomal! ¡Es Margot! ¡La que se fué hace veinte años! ¡Qué elegante, Mme. Margueritte!

Y Margot y la tía Baudín se abrazan en medio de la carretera. Y nosotros quedamos perfectamente convencidos de que, sin adquirir carta de vecindad en un país, sólo al paso del automóvil, se puede llegar en momento oportuno para vislumbrar un poco del carácter y de las costumbres.

DE RUFEC Á BURDEOS

—En Angulema se come muy mal y los hoteles son pésimos.—Esta es la fama de Angulema. ¿Cómo llegan á todas partes estos descréditos, á veces injustos? No se sabe; pero lo cierto es que el mecánico, nacido en Chatellereault, y el camarero de

Tours y creo que hasta el borriquillo argelino de la *mère* Baudín tienen la convicción de que no se debe parar en Angulema. Así es que pasamos de largo desde Rufec y hacemos á la villa histórica la injuria de no detenernos ni un minuto. Y, sin embargo, las calles son pintorescas, las casas de una arquitectura tan elegante, tan sencilla, tan entonada, que nos parece ver el clásico espíritu francés asomarse por puertas y ventanas, por tejadillos y chimeneas. Tienen, además, las niñas de Angulema un arte tan discreto en el modo de andar, de sentarse, de jugar las miradas y las sonrisas, que sólo al verlas se comprende cuán absurda es la distinción entre la parisién y la francesa. Al cruzar nosotros aguardan en el bulevar el resultado de una carrera de bicicletas, y nos acogen con una simpatía que casi nos brinda á dejar nuestro traje de buzos y á quedarnos en Angulema, aunque nos martiricen y nos saqueen los hosteleros.

Pero no nos quedamos. Como un relámpago el automóvil pasa delante de los ciclistas, que aprietan con furia los pedales, heridos profundamente en su amor propio profesional. Otra vez en pleno campo, bajo un sol de Agosto, hermano del sol que caldea la huerta valenciana. Comienzan los viñedos, que hemos de ver luego hasta la vega bordelesa; la tierra es roja, la hierba de un verde vigoroso; largas franjas de arboleda se pierden á lo lejos en las ondulaciones del terreno. Y como la llanura cae por todo el horizonte en un mar de có-

linas azules, parece que la bóveda del cielo es más alta y que en ella se difunde toda la poesía del paisaje. Cerca de Berbesieux se alzan unos cuantos molinos ruinosos, unos molinos muertos: sin aspas, con la caperuza truncada y una hendedura que abre el muro de arriba á abajo. No dista un kilómetro de ellos la nueva fábrica harinera, y esos boquetes abiertos en los pobres molinos son otros tantos mandobles asestados en mitad del corazón; es decir: en mitad de los derechos adquiridos.

Cuando llega la noche nos encontramos todavía lejos de Burdeos. Hemos perdido la gran ruta de París, y atravesamos campos extraviados y pequeñas granjas, por caminos vecinales que están tan bien cuidados como las grandes carreteras. La última luz del día nos ve pasar el puente de Coutray y pagar el peaje, á la antigua usanza. Luego avanzamos muy despacio, temiendo que entre las sombras haya algún caminante desprevenido ó algún riesgo oculto. Los focos eléctricos de Burdeos aparecen por fin, y poco después se extiende ante nosotros el maravilloso espectáculo del Garona, con su collar de perlas luminosas desgranado á lo largo de las dos orillas, y una flota de buques fantasmas, unos agrupados en rebaño, otros destacando el negro casco panzudo y los finos mástiles en el incendio de las aguas.

POR LAS LANDAS

Tolstoi y Turgueneff describen más de una vez el asombro, el respeto, la misteriosa admiración del ruso del Norte al encontrarse en su primer viaje al Mediodía con la cadena de montañas azules que limita la Rusia de la estepa. Si tuvieran nuestros labriegos del corazón de Castilla la ingenuidad de emociones del campesino ruso, ¿qué dirían al ver estos ríos anchurosos, profundos: el Loira, el Garona, el Sena; ríos de caudal constante, de corriente serena, de márgenes llanas y dilatadas? Al salir de Burdeos, dejando atrás la inmensa vega del Garona, pienso en los campos españoles, y una ráfaga de lirismo me lleva á desear que desde todas las cimas y peñascales de sus abruptas sierras se alce una voz para protestar de la injusta leyenda de nuestras culpas y de nuestras desidias. Veo las vegas del Segura y del Tajo, del Duero, del Ebro y del Guadalquivir encajonadas siempre entre dos tenazas de piedra viva.

—Cuando usted lleve su automóvil—le digo á Mr. Dannat—por los caminos de Guadarrama, ó por las sierras de León, de Teruel, de Granada ó de Córdoba, verá usted cómo encuentra en ellos toda la justificación de una raza. Estamos á un extremo de Europa. Por cada palmo de tierra laborable hay diez de roca estéril. ¿Qué íbamos á plantar allí, como no plantáramos castillos?

Mr. Dannat es artista, y al llegar á España encontrará, como Zuloaga—apedreado en lo más riojano de la Rioja—, que cuando todo se acabe en nuestra patria, todavía seguirá siendo el archivo de lo pintoresco. La grandeza de Francia, su histórico bienestar se deben á esos ríos anchos, á esa tierra blanda, á esas nubes que la envuelven diez meses cada año. De París á Biarritz hemos pasado las tres grandes corrientes del Sena, el Loira y el Garona; otros ríos secundarios: el Vienne, el Charente, el Dordogne, el Adour y una red de infinitos riachuelos que en el cruce de la carretera tienen sus ciudades, ó sus villas, ó sus humildes burgos, sin temor á que una avenida violenta los inunde ó los arrase. Y atravesando media Francia por tierras cultivadas, sólo en Poitiers encontramos alturas coronadas de rocas.

—No tiene hueso esta tierra afortunada. El hueso nos ha tocado á nosotros.

Y al oirme nuestro compañero de viaje, enemigo de los cantos líricos cuando duran demasiado, se vuelve hacia mí para preguntarme:

—¿Usted sabe por dónde caminamos ahora?

—Por los pinares de la Gironda.

—No. Por las Landas. Aquí no había un árbol ni una mata hace un siglo. Eran colinas arenosas de tierra húmeda, estéril. Eran terrenos perdidos para Francia, y vea usted cómo Francia ha sabido ganarlos.

Atravesamos las Landas en un día espléndido. El sol de Agosto cae sobre los pinares y el aire cálido lleva á los pulmones acre y vivificante aroma de resina. Los caminos son rectos y cuidados como los de un jardín. Al pasar por ellos, lanzando á toda máquina el automóvil, rompemos la imponente y majestuosa soledad del bosque. Bajo los altos troncos, á la sombra de los pinos, está la tierra cubierta de verdura, y donde falta la hierba comienza el monte bajo. Hay hileras de abetos, macizos de encinares, plantíos de especies nuevas, de álces y de pinos napolitanos. La tierra es firme y sana, y cuando llegamos á lo alto de una colina, coronada por una casita baja, pintada de blanco, parece que el aire que la envuelve es el mismo viento idílico que mueve las hojas de los bosques helénicos.

-- Esto se ha pensado, se ha planeado y se ha hecho en las Landas — continúa nuestro amigo—. Yo he visto en Murcia naranjales plantados en terrenos que eran antes de roca viva. El interés ha podido allí más que la desidia. Usted se dedicará de vez en cuando á minar nuestra leyenda; pero recoja datos de los canales, los caminos, los pantanos en proyecto, haga unos cuantos números, y verá que la medida de nuestra miseria no la da nuestro suelo, sino nuestra voluntad.

MONT-DE-MARSAN

Hay en Mont-de-Marsan, á orillas del Midouze, una presa molinera, unas casas altas, estrechas, de muros fuertes y de ventanas chicas. Bordeando el agua corren caminillos y veredas, y allá van las mujeres con los cestos de ropa en la cabeza. Están las casas, junto al río, apretadas y amontonadas como si faltase espacio; el curso del agua es muy pobre en la estación estival, y todo esto, el río, las casas, los molinos, el sol que se desploma desde el cielo de añil, dan idea de que estamos, no en una villa francesa, sino en una clásica ciudad española.

Hay también una fonda en Mont-de-Marsan con las maderas entornadas, los espejos cubiertos de gasas, las arañas guardadas bajo mosquiteros de color de rosa; una fuente en medio de un patio embaldosado de ladrillos rojos; unas muchachas planchando montones de manteles y servilletas blancas, y cantando, al mismo tiempo, no sé qué alegre canción, cuya letra se escapa á mis oídos... ¿En qué fonda levantina ó andaluza hemos visto ese patio y esa fuente, y hemos escuchado esa voz cantando esa canción? No lo sé; pero en alguna parte hay, como en Mont-de-Marsan, un salón lleno de humo, donde, tendidos en mecedoras, con los pies en alto sobre sillas ó mesas, hablan los militares de la guarnición de mujeres y de caballos, de caballos y de mujeres.

Y fuera del hotel, con un chirrido que recuerda el canto de las cigarras, pasa un convoy de carretas tiradas por bueyes encapuchados y ataviados con largas hopalandas, como camisas de encaje blanco hechas para librarlos de las moscas y del sol. Andan lentamente, y á cada paso los hilos sueltos de su vestimenta oscilan y se balancean. Pero el boyero que los conduce, con su pantalón de pana, su boína y en mangas de camisa, no recuerda ya á los labriegos que pintó Millet, sino á los marineros de Sorolla.

Hay, por último, en Mont-de-Marsan una Plaza de Toros. Es pequeña, coquetona. Está situada cerca del puente, y sus muros circulares, sus dos filas de ventanas, sus dependencias y edificios accesorios se distinguen muy poco de cualquier plaza de nuestras provincias. Aun suponiendo que no tuviéramos la menor noticia de ella, al encontrarla aquí, bajo este sol y este cielo, en esta ciudad dormida, transitada por carretas que chirrían y por militares que van al café, no experimentaríamos la menor sorpresa. Las contribuciones las cobra el Estado francés; pero como los vecinos de Mont-de-Marsan tienen que demostrar de algún modo su afinidad con el Mediodía á través de la frontera, pagan este tributo internacional al *Bombita* y al *Machaquito*.

EN BIARRITZ

Llegamos á Biarritz. En la mesa de un café encuentro á Zuloaga, recio de hombros, sólido, bien plantado sobre sus pies, como seguro de la tierra que pisa; los ojos escrutadores, la nariz audaz.

— ¿Viene usted de París en automóvil? ¿Y no los han apedreado en el camino? ¿No han sacado para ustedes ni un mal cuchillo de dos palmos? ¡El pueblo francés está degenerado! Dígale á míster Dannat, á mi primer protector en París, que si quiere ver caracteres enteros y quiere conocer un país donde el arte está vivo todavía, que vaya en automóvil á la Rioja.

FANTASIAS ESTIVALES

LA SIESTA DEL BOULEVARD

Domingo 4 de Julio.—Son las dos de la tarde. Los bulevares duermen un sueño de pesadilla. En el campo, cuando el sol penetra montes y llanos, y tuesta en los surcos espigas y rastrojos, el sueño de la tierra, bajo el coro estivo de las cigarras, es profundo y solemne. En el bulevar es un sopor vigilado por los agentes y turbado por muchos importunos. Las aceras están desiertas. Los cafés tienen todas sus sillas y sus mesas formadas en batalla. Un negro del Atlas, que vino en el cortejo de El Menehbi, sentado ante su bock contempla la acera de enfrente con ojos dormilones, á ratos sensual, á ratos soñador. Por bajo de la blanca túnica muestra los tobillos como sarmientos ahumados, y como el calor y la luz son hermanos de los del zoco tangerino, el buen moro debe de pensar que de un momento á otro van á aparecer aquí los camellos de Mahoma.—No ha llovido hace tiempo, y los árboles aguardan, como almas en pena, un aguacero, consumido el verdor de sus hojas bajo una capa de polvo y de carboncillo parisién.

Un punto de coches de alquiler extiende á lo largo del arroyo toda una hilera de bestias pensativas y de cocheros adormilados.

Los caballos y los cocheros, unos bajo sus atalajes, otros bajo la pesadumbre del sombrero de hule, se han entregado á merced de la canícula y duermen resignadamente la siesta del bulevar.— Y en esto, los cocheros, los caballos, los árboles, los bulevares, de arriba abajo, se estremecen al paso de dos ómnibus largos como canoas, rectilíneos, macizos, interminables. Llegan uno detrás de otro, y va en ellos una trailla de ingleses, dirigida por una agencia de viajes circulares. Los ingleses y las inglesas asoman sus rostros siempre en expectación. Para ellos no es absurdo visitar París-el día 4 de Julio, y consignan su paso por los bulevares, sin reparar si los encuentran adormecidos ó despiertos. Al llegar á la Magdalena, los coches se detienen. Alguien se pone de pie y pronuncia en inglés, señalando las soberbias columnas, algo que no entendemos ni los cocheros, ni el bulevar, ni yo. Luego continúan su camino, exactos, cronométricos, seguros de sí mismos, pensando en tomar billetes circulares económicos para la laguna Estigia, comprendida la barca de Caronte.

Otra vez en reposo. Las tiendas están cerradas. Muchos escaparates presentan, como ofrenda al sol, vestidos, modas y fantasías; pero las cancelas, echadas, procuran que nadie se apodere de la

ofrenda. En las proximidades de la Bastilla y la plaza de la República los bazares extienden en medio de la acera, campechanamente, un montón de baratijas y quincallas. Todo está preparado para la venta: el dueño en un rincón; la señora del escritorio, con la pluma en la mano, dispuesta á registrar alguna entrada en caja. No falta más que el público.

De los hoteles y de las innumerables *chambres meublées* salen sirvientas, doncellas y cocineras. Con su sombrero, su blusa clara, su sombrilla, su falda bien recogida para mostrar la sobrefalda de seda roja, ó azul celeste, nadie puede dudar de la importancia de su papel los domingos por la tarde, así en París como en los alrededores. El bulevar de Beaumarchais—el más modesto y el más expansivo—guiña un ojo al verlas pasar y vuelve después á su modorra. Ellas no se detienen: van como disparadas. Asaltan los ómnibus á la carrera. Algunas desaparecen en las callejas á derecha é izquierda—callejas solitarias donde no hay una tienda abierta—y sus pasos resuenan precipitados en la acera, como un toque á rebato llamando á la alegría dominical.

Alguien responde á esa llamada. Es una corneta. Se oye desde muy lejos, y la toca un militar vestido de paisano; pero conservando todavía la gorra de cuartel y el hatillo de su ropa marcial. Viene con una campesina que trae la falda corta y la cofia al estilo de Auvernia. Ella marca el paso al son de

la corneta, y de este modo atraviesan desde la puerta de Saint Denis hasta la Magdalena, sin hacer más que una parada de honor frente á los maniqués de un almacén de novedades, y otra parada de placer en un despacho de bebidas. El bulevar transige con ese escándalo, pero su sueño es cada vez más agitado.

En la terraza de los cafés los camareros riegan constantemente las aceras. El agua se evapora al instante y forma en el asfalto mapas de tierras y mares desconocidos. La regadera no descansa. Es un aparato de formas sólidas y pesadas, que denuncia á la legua su nacionalidad, y no puede confundirse con una regadera inglesa, ni mucho menos con una regadera española. Cuando aparece un barco en el horizonte, los mástiles le delatan. Un marino que haya hecho solamente su primer viaje se dejaría cortar una mano si se equivocara al decir: «Ese barco que pasa es un crucero francés.» Tienen también formas francesas inconfundibles los adornos arquitectónicos, los bronce, los faroles del alumbrado... Y si no es francés, ¿de dónde va á ser ese extraño y admirable sombrero de hule recio, con cinta de metal blanco y alas armoniosamente curvadas, que ostentan, sujeto con su barboquejo negro, los cocheros de los ómnibus?

Acabado el trabajo de la regadera, el bulevar queda desierto y el sol cae sobre él con más intensidad que nunca. El cielo es de un azul pálido, velado en el lejano horizonte de las calles transversales

por una neblina blancuzca. Del seno de esa niebla brota, en las alturas de Montmartre, como un palacio de nieve, que va á desvanecerse al contacto de las llamaradas de Julio, la iglesia del Sagrado Corazón. Al final de una calle, puesto en lo alto como de centinela, el *Sacre Cœur* parece también una invención del sueño.

Y pasa luego, desgarrando los oídos de los siete durmientes, un camión, cuyas ruedas chirrían, lamentables y pertinaces. No hay manera de que el bulevar descanse. Luego vienen los coches de Auteuil y de Longchamps, al trote de los caballos, ondeando al viento, como banderolas, las cortinas de lona, llenos de lindas damas con *toilettes* claras.

Y, por último, cuando ya se renuncia al descanso, andando muy lentamente por en medio de la acera, en pleno sol, el sombrero de paja en una mano y un periódico á guisa de abanico en la otra, dos caballeros, que creo haber visto alguna vez en la calle de Alcalá, se aproximan á un *bar*. Uno de ellos se desploma en una silla. El otro lanza una interjección castiza, y oigo que dice en castellano puro y neto:

—¡Buena tarde de toros!

EN LA CAMARA

Y es que ya no se sabe si este sol que reverbera en el portland de la Avenida de la Ópera es el sol de Mimi Pinson ó el de Mireya. ¿Será mentira todo

lo que nos enseñaron en la escuela sobre zonas y latitudes? ¿Se morirán en París de insolación tantos como en el Ecuador?

Para combatir el calor de París, que, según está averiguado y consignado hace ya mucho tiempo, viene del Sena en forma de neblina pegajosa y os hace andar por las calles como si anduvierais dentro de una caldera, tengo tres recuerdos: la Puerta del Sol á la una de la tarde; las eras de un lugar de la Mancha á la hora de la siesta cuando los trillos se detienen y sobre los lomos de las bestias bulle una nube zumbadora de moscas, mosquitos y moscardones. Por último, la tribuna del Congreso en día de debate político. ¡Memorable tribuna, llena de *olor de humanidad* y de penosas tareas! ¡Qué útil eres como escuela de adversidades! Puede desprenderse del sol y llegar hasta la altura de Montmartre una lluvia de polvo inflamado y llameante. Yo la afrontaré impávido, sólo con acordarme de las llamas, la lava, las cenizas, que resistí á pecho oprimido en cien escándalos parlamentarios.

Para ver el lugar del tormento desde lejos y para no entrar en él, me asomo hoy á la sala de espera de la Cámara. La cabeza descubierta; los pañuelos pasando y repasando por la frente y por el cuello para enjugar el sudor. Los ujieres empaquetados en sus absurdas libreas de guacamayo, los carrillos en brasas, gritando con voz exasperada.

— ¡Mr. Buisson! ¡Mr. Beauregard! ¿Quién ha preguntado por Mr. Coutant?

Los Diputados asoman sonriendo cortésmente á sus electores. Entran Comisiones, que pueden ser de Nimes ó de Tarascón, triunfantes y ensoberbecidas al verse en el palacio de la representación nacional. Las caras de los caciques son iguales á través de las fronteras. Ellos exhiben sus tarjetas especiales para que ujieres y porteros respeten su derecho á hablar con el Diputado y los dejen circular por la casa. Y, sobre todo, esa sonrisa del elegido al elector es igual, exactamente igual á la de allá abajo. Monsieur Coutant, *Deputé de la Seine*, viene diez veces en diez minutos. Lleva una melena crespa y revuelta, el rostro inflamado, la nariz más roja y más inflamada todavía. Los bigotes se esparcen gallardamente como los de Vercingetorix y los faldones de la levita van de un lado para otro llenos de vértigo. Cada vez que aparece en la puerta del salón, el público cree que viene huyendo del horno para no acabarse de cocer. Monsieur Coutant es socialista, representa á millares de obreros y acuden á él un maquinista sin trabajo, un patrono de una fábrica en huelga, la mujer de un trabajador inválido y una comisión de mozos de café. Detrás de él va y viene cojeando un simpático secretario que parece abrumado por el peso de tantas incumbencias y de una formidable cartera. La cartera rebosa. Cuando el pobre secretario logra sentarse en el diván escarlata que rodea el tíbor central, deja caer de entre los papeles un folleto rojo. Lo alcanzo y se lo entrego. Es un discurso pro-

nunciado ante la tumba de un obrero muerto por accidente del trabajo. ¡Y él morirá también, el pobre secretario, bajo la cartera de Mr. Coutant!

Hay damas. Y pretendientes que cuando llega por fin su turno se quedan fríos de emoción, suspensos entre el temor y la esperanza. Hay señores que han vivido demasiado, que acaso ocuparon altos puestos y ahora aguardan inmóviles en el diván, profundas las ojeras y las arrugas, el rostro blanco, como enharinado. Hay también electores del Mediodía que entablan diálogos con el vecino y ofrecen cigarrillos á los ujieres.

Sobre todos ellos pesa una atmósfera caliginosa que no depende sólo del ardor estival. Allí dentro en la Cámara hay una fragua donde machacan sobre el país. Y como una fragua no es el lugar más á propósito para pasar las tardes caniculares, dejo mi puesto y huyo.

EL 14 DE JULIO DE UN INTERNACIONALISTA

Ya anoche, víspera del gran día, el joven Landerneau, natural de Landerneau, discípulo de Mr. Hervé y admirador de Mr. Jaurés, sintió una inquietud extraña ante las primeras manifestaciones del regocijo popular. Vive en Montmartre, no muy lejos del *Moulin de la Galette*. Para llegar á su casa tenía que pasar por calles colgadas y adornadas con banderas y farolillos de colores. La gente no le dejaba andar; las aceras estaban inva-

didadas por las mesas de cafés, *brasseries* y *restaurants*; las muchachas le miraban al pasar, distrayéndole de sus graves pensamientos, y en medio de la calle, sobre un catafalco orlado de terciopelo carmesí, seis músicos trabajaban desafortadamente para apagar las notas de otras dos orquestas, vecinas y rivales.

— He aquí — se dijo Landerneau — un conflicto en que no ha pensado *sieur* Hervé. El 14 de Julio es una fiesta nacional, la más nacional de todas las fiestas francesas. ¿Qué actitud debe tomar un internacionalista?

Sin responder á la pregunta el joven Landerneau, atravesó los grupos y se dejó zarandear por las parejas de patriotas que solemnizaban la fecha bailando polkas y mazurkas. Llegó á las alturas de su casa y se metió en la cama, donde el calor y la duda le tuvieron desvelado durante largo rato. Cuando se durmió zumbaba todavía en sus oídos, no la palabra dogmática de Mr. Hervé, sino el clarinete de la murga. Aquella estridencia acompañada, aquellos golpes secos de platillo y trombón velaban desde lejos el sueño del joven Landerneau y preparaban sus nervios para una pesadilla patriótica y militarista.

Sin embargo, no le aguardaba ninguna pesadilla. Á las cinco de la mañana sonó el cerrar de una puerta en el cuarto inmediato con el estruendo de un cañonazo. Luego se abrió, rechinando, quejumbrosa, sobre sus goznes. Otra vez se cerró con

más estrépito todavía. Luego oyó Landerneau tra-jín de agua, como si corrieran en la casa las fuentes de Versalles, y, por último, un rumor de faldas y enaguas en revolución, un taconeo menudo y femenino. Las vecinas bajaban la escalera de modo que se enterase todo el mundo. Cuando estaban abajo, volvían á subir por algo que habían olvidado, y al subir y al bajar reían y alborotaban sin ningún respeto al sueño de Mr. Landerneau.

Mr. Landerneau se volvió del otro lado, oyendo á través del tabique la voz de la portera. Madame Bertrand, renegando de la esclavitud de su gremio, decía:

— El que puede la corre... Las pequeñas se van á Longchamps, y no nos quedamos en casa más que las porteras.

— ¡Y los internacionalistas! — le dijo á la almohada el joven Landerneau.

Es muy difícil reanudar el sueño interrumpido á las cinco de la mañana, cuando la casa está revuelta y entra el día descaradamente por las juntas de ventanas y puertas. La salud y el equilibrio de espíritu que se adquieren en los campos libres de Landerneau hubieran, no obstante, vencido todas las dificultades, si una música militar no hubiese desfilado por delante de los balcones. En las músicas militares, lo grave no es la música en sí, sino el refuerzo de las cornetas. Las cornetas vibran, hieren, traspasan... El joven Landerneau no pudo resistirlas y se echó de la cama para

vestirse y salir á la calle en busca de lugar más seguro.

Pero ¿cuál? Todas las calles y las plazas ostentaban banderas tricolores.

— Si al menos — pensaba el admirador de monsieur Jaurés — pusieran el lazo rojo en la bandera tricolor... Transigiríamos con eso, como en 1848. Ya que no nos den la enseña de la República roja, marcarían el predominio del pueblo. Esta es la buena doctrina, y estoy satisfecho de haberla recordado oportunamente.

El lazo rojo no parecía por ninguna parte. Sobre las tiendas cerradas, en los balcones, en los tejados, hasta en las chimeneas vió Landerneau banderas tricolores. Las llevaban los coches y los ómnibus, y los carritos de las vendedoras ambulantes... No había más remedio que transigir ó emigrar; transigir más bien, puesto que al fin y al cabo el lazo rojo no pasa de ser un detalle mínimo, una sutileza simbólica muy del gusto del año 50.

Y una vez en el camino de la transacción, el discípulo de Mr. Hervé descendió de Montmartre, y por curiosidad, sólo por curiosidad, se encontró sin saber cómo en la estación de Saint-Lazare, con un billete para Suresnes en la mano, es decir, derecho como una vela á la gran revista militar de Longchamps. No iba solo, porque le acompañaba una muchedumbre: obreros y obreras, con líos y cestas, y con sus chicos además; empleados, costureras, dependientes... El público de todos los

días en la estación más simpática de París, multiplicado por ciento ó por doscientos. La gente se acomodaba al vuelo. La imperial de los coches sufría un asalto que hacía recordar el esfuerzo definitivo de los japoneses en Port-Arthur. Sentado en un vagón, frente á dos lindas rubias que exhiben la blancura del cuello, nítida y tentadora, como debió de ser la garganta de nuestra madre Eva, el joven Landerneau empezó á pensar que no es absolutamente censurable una fiesta patriótica cuando consigue regocijar de tal modo al pueblo soberano. Las alas de los sombreros, guarnecidas de cintas vivas y de flores, contribuían á ocultar la traición del pensamiento de Landerneau. Si Mr. Hervé los viera, tan alegres, tan bien prendidos sobre rubios cabellos juveniles, quizá perdonaría las debilidades patrióticas y militaristas de sus dulces dueños.

—Además—se dijo Landerneau—, el 14 de Julio celebra un gran suceso. Aquel día fundó un gran pueblo el reinado de la justicia. Cayó una fortaleza que había devorado muchas veces la razón y la virtud. «El recuerdo de este día durará tanto como el universo.» Anatole France lo juraba por el sol que vió perecer á Harmodius y huir á los Tarquinos. Así, pues, el entusiasmo popular está justificado. Es *la aurora* del día en que vivimos lo que se celebra.

En Suresnes los coches no bastaban para la afluencia de viajeros. Toda una caravana siguió á

lo largo del camino hasta llegar al bosque, junto á la espléndida llanura de Longchamps. Y aunque las suaves pendientes, la hierba finísima de un verde apagado y armonioso, los árboles que le circundan y el río que le riega con un sosiego protector, proclaman que el campo de Longchamps está creado para la paz, Landerneau no se atrevió á indignarse al ver la invasión de cascos dorados, corazas, sables, fusiles, cañones y atalajes. El color rojo lo veía, al fin, en los pantalones de los soldados y en el fez africano del Bey de Túnez. Todas las armas estaban esparcidas en la amplitud de la llanura. «Hoy, reunidas para una fiesta; mañana, acaso, para perecer.» Este pensamiento sencillo pudo perturbar la tranquilidad de Landerneau, porque para un internacionalista enemigo de la guerra, cualquier campo de Longchamps puede ser un campo de Waterlloo. Sin embargo, no tuvo tiempo de resumir sus doctrinas, porque la guardia republicana desfilaba ante la tribuna del Presidente, y un vocerío de vivas al ejército y á Francia le estorbaba el ejercicio de la filosofía. Los cazadores, los zuavos, los ingenieros. Luego la infantería. Luego la artillería, al trote de los caballos. Luego los escuadrones de caballería, que vienen como una tromba sobre las tribunas, y se detienen, en seco, á pocos metros.

--Imaginemos que los ejércitos se reclutan y se organizan, exclusivamente, para pasar revistas

como éstas—pensó el joven Landerneau—, y no tendremos nada que objetar ni M. Hervé ni yo.

Al volver á París el internacionalista, vió á la puerta de los teatros la gente que se agolpaba esperando la hora de las representaciones gratuitas. Desde la *Opera* y la *Comedia Francesa*, hasta *Govelins* y la *Gaité*, todos los teatros son hoy para el pueblo y, antes que para nadie, para los golfos, que venden los primeros puestos. Una fila de guardias contenía á los impacientes; los vendedores de helados hacían su negocio, y Landerneau tuvo esta vez una sonrisa de simpatía para la fiesta del 14 de Julio.

Luego, los bailes al aire libre; las barracas de las ferias; las músicas, que atravesaban entonando la *Marsellesa*; las guirnaldas; los farolillos; las banderas. El encanto de las muchachas, rebosantes de juventud y de alegría contagiosa... ¡Oh! ¡*Sieur* Hervé! ¡Temible *sieur* Hervé! ¡Perdone usted á su discípulo si sintió desmayar su fe humanitarista é internacional el día 14 de Julio! No fué él, fueron sus vecinas las que gritaron: «¡Viva el Ejército!» Y si bailó en la fiesta nacional como un estudiantillo cualquiera del barrio Latino, perdónele por esta vez y escúchele en la hora de los remordimientos, cuando vuelva á su casa y se pregunte:

—¿Podré seguir siendo internacionalista todavía?
¿Estaré excomulgado? ¿Ó seremos incompatibles con la gran doctrina los naturales de Landerneau?

PASA UN BEY

El Bey de Túnez pasa por París. Viene á la tierra del fuego. Echadas las maderas de las ventanas, entornadas las puertas, el piso bien regado, la casa en silencio y el cuarto en una semiobscuridad discreta... ¿quién se aventura á salir á la calle, ni aun para ver un Bey? Dentro, Anatole France me proporciona la grata compañía de *Crainquebille*, *Putois*, *Riquet* y otros honrados y quiméricos filósofos; Lavedán me presenta los correctísimos comensales de *C'est servi!* Fuera, no encontraré, de fijo, más que gente que suda y se sofoca y algún entusiasta profesional que vuelve de cumplir con su obligación en nombre de París, la ciudad hospitalaria, gritando: «¡Viva el Bey!»

Sin embargo, Mohamed *el Pacífico* no es un visitante cualquiera, y bien merece un sacrificio. Salimos, pues, con un pequeño retraso, y al entrar en el Bulevard nos sorprende un trompeteo continuo, que no es de ningún automóvil ni de ningún coche de carreras. El ruido se acerca, los muchachos corren de un lado para otro, porque saben, por una larga experiencia callejera, que es la bocina de las bombas de incendios lo que se aproxima. Brillan ya los cascos de los bomberos, la gente se agolpa para verlos pasar, el público de los cafés abandona las terrazas y algún curioso sale del restaurant con la servilleta prendida. Se comprende el incendio: es una consecuencia lógica... El paso

de los bomberos por el Bulevard produce un ligero estremecimiento, pero completa el cuadro de este día de Agosto. Cuando la escalera de socorro se ha perdido de vista, y ya no se oye el ruido de las ruedas ni el de la bocina, volvemos á pensar en el Bey.

Pero antes de llegar al *Palace-Hôtel* la atmósfera se ha hecho más sofocante, más pesada. Un viento cálido, cargado de electricidad y de pereza, nos hace pensar en el país del Bey y en las delicias de la vida oriental, sin viajes oficiales. El cielo se cubre rápidamente como en las tormentas de teatro, cruza un relámpago, empiezan á caer grandes gotas. La gente previsora abandona la imperial de los ómnibus, y los caballos enderezan las orejas presintiendo algo grave. Y, en efecto, no es un aguacero, ni un chaparrón: es un diluvio abreviado que se desploma sobre París y barre las calles instantáneamente. La lluvia pasa en ráfagas y por las grandes plazas van y vienen torboneras de agua. Las bocas de las alcantarillas no son bastante grandes; el arroyo se inunda, y en muchas partes el agua cubre también las aceras y entra en los sótanos de las tiendas. Y como la lluvia no cesa de caer, calles y plazas aparecen cubiertas de una sábana de agua en ebullición, como si fermentara de una vez el suelo de París. Algún coche atraviesa, navegando, y se adivinan las protestas del cochero y las del caballo contra la inesperada naumaquia.

Todo esto lo vemos á la entrada de un gran *magasin* de novedades. Es muy grato seguir desde lugar seguro las aventuras de un sombrero de paja perseguido por su dueño y ver llegar obreras y oficialas con las ropas empapadas de agua, ceñidas al cuerpo gentil, como figurillas de Tanagra. Algunos dependientes y muchas parroquianas se asoman para gozar del espectáculo; otros permanecen olímpicos, como si el *magasin* y ellos no tuvieran que ver nada con ninguno de los cuatro elementos. La enorme y complicada maquinaria no interrumpe su marcha; los empleados suben y bajan cien veces las mismas escaleras con un lápiz detrás de la oreja; exhiben telas, abren cajas, contribuyen, en suma, al embellecimiento de media humanidad y á la ruina de la otra media.

Una parisiense, alta y rubia; fina, como un corcel de raza; blanca y rosada como la propia juventud, examina gravemente sus compras. Va vestida con una sencillez adorable; pero ella sabe muy bien que faltan detalles ¡muchos detalles! Las cosas no pueden improvisarse. Hay que completar poco á poco. Hoy ha comprado un collar de corales y vacila antes de elegir unas medias caladas, de un punto maravilloso.

Mi amigo Farandul, que me acompaña hoy, se detiene para decirla:

— Todo es poco si se trata de honrar á nuestros huéspedes. No llega todos los días á París un Bey con dos hijos, probablemente casaderos.

La sonrisa que contesta á estas palabras es tan sutil y tan discreta, que el propio Delcassé no hubiera tenido ningún inconveniente en aprobarla.

— Tú crees que ésta es una muchacha de Montmartre—le dije á Farandul—que se dispone á conquistar París. No, señor: es la propia Francia que ejercita sus artes de atracción política.

Y, hecha esta consideración de carácter internacional, nos volvemos á casa sin haber visto al Bey.

EN CORBEIL.—CASTELJOLI

He querido ver el pueblecillo y la casa en que murió Waldeck-Rousseau.—Hasta Corbeil el Sena se extiende por una vega amplísima. Las nubes plumizas, otoñales, dulcifican los rigores del sol de Agosto y obscurecen el verdor de los árboles. Una tibia humedad en el viento, un horizonte limpio, el río avanzando sosegado, como un buen burgués que adora el fruto y la flor de sus fincas y no quiere pasar ante ellas demasiado aprisa; casitas blancas y rojas con la clásica caperuza francesa de tejadillos y chimeneas; la arboleda bordeando la majestuosa curva de la corriente... En la amable soledad de este paisaje Waldeck-Rousseau vino á morir.

La *villa* de Casteljoli es tan discreta y tan hueraña como el alma de este hombre silencioso, que no intervenía nunca en las conversaciones sino por monosílabos; de este gran taciturno, que más de una vez mostró á Gambetta su desaprobación con

una palabra seca é incisiva. Está situada á la orilla del Sena, entre casas de apariencia modesta, construídas al amparo de los viejos molinos. Para llegar á ella hay que pasar por calles limpias, de casas coquetonas, donde los honrados pobladores del burgo han procurado encontrar las comodidades de un París en miniatura. Corbeil tiene sus tiendas bien provistas, su mercado, sus baños. Waldeck-Rousseau ha pasado mil veces, y sus ojos irónicos han debido detenerse otras tantas ante el rótulo de un pomposo «Palacio de Justicia» municipal, á la medida del lugar. En su misma calle, dos comerciantes, bateleros y pescadores, arreglan redes, despachan tabaco, y, cuando llega la ocasión, cargan con los remos de las lanchas para dar un paseo retribuído por el Sena. Pero en este medio burgués, Casteljoli se aísla detrás de sus tapias, cierra las puertas, las ventanas. Del mismo modo que entre los hombres de una república socialista y burguesa, preparada por él, Waldeck-Rousseau se aislaba detrás de un muro de silencio y de cortesía.

La puerta está cerrada. A lo largo de una calleja, paralela al Sena, se alza un muro sólido y conventual, los bardales son grises y la hiedra los corona á trechos. Desde la calle no se ve sino la línea escueta de la tapia, destacando en el cielo, y algún árbol de copa gigante. Se adivina un jardín recogido y austero detrás de aquella muralla, que no tiene en toda su extensión más que un solo hueco.

Y buscando el flaco de este castillo cerrado, damos la vuelta por las dos alas de la finca y recorreremos dos callejones en pendiente que nos llevan á la orilla del río. En uno hay otra puerta, cerrada también y solitaria, y en otro las lavanderas, con sus sombreros negros, adornados de flores, limpian la ropa y manchan el agua del Sena. El muro continúa impenetrable; las ventanas que asoman entre el ramaje de los árboles están también cerradas.

Navegando en el Sena, en un botecillo de pesca, pasamos y repasamos ante la *villa* de Casteljoli. El aspecto, desde el río, es severo, y las líneas rígidas del edificio concuerdan con la sequedad de la tapia y del jardín. Las paredes blancas, los techos de pizarra; á uno y otro lado amplio muro de contención, que remata en una balaustrada de mármol blanco. En el frente, mirando á las aguas sombrías del Sena, sólo dos ventanas, abiertas de par en par, muestran el desamparo de una habitación abandonada. Las demás tienen sus maderas echadas, como si también la casa hubiera cerrado los ojos para siempre. Un festón de hierba corre á lo largo de las aguas, en cuyo cristal riela en tonos sombríos la silueta del edificio, tendiendo hacia el fondo los altos techos y las puntiagudas chimeneas de ladrillo.

Pero acercándose á la casa puede verse que el jardín está cuidado con amor, que la pared lateral está cubierta de un enrejado, por el que suben alegremente trepadoras florecidas. Un banco, pin-

tado de verde claro; unas macetas de plantas exóticas; unos almohadones de seda, de colores vivos, al pie de un cestillo de labor... Luego, los árboles, altos y frondosos, vuelven á alzar la muralla impenetrable. Esto es todo lo que puede ver un obstinado ante la casa en que ha muerto Waldeck-Rousseau... Y ese interior tibio y confortable, contrastando con la frialdad del exterior, quizás dé la razón á los que creyeron siempre que el silencio, el aislamiento, la serena soberbia de este *amateur* de la política, que, como otro *amateur* de nuestra patria, llegó á serlo todo para despreciarlo después, no nacían sino de su timidez y de su sensibilidad. Mostró su cerebro, guardó su corazón, tanto y tan bien, que él mismo llegó á creer que no le había tenido nunca.

ADIÓS AL ESTÍO

Como va á morir pronto, como quizá no vuelva á mostrar sus crenchas rubias por los hermosos jardines de París, quiero despedirme hoy del sol del estío. La tarde es serena y calurosa. Las muchachas llevan aún sus vestidos claros y sus sombreros guarnecidos de flores. Y la luz del cielo brilla con claridad tan viva que parece despedirse también, concentrando todo su fuego en las últimas llamaradas. Viene ya rodando y llorando sobre los campos un ejército de nubes grises; del mar brotan todas las nieblas de un invierno: van á envolver-

nos pronto, van á acabar los días meridionales... Antes de entrar en esas nieblas frías que se aproximan, antes de sacar el paraguas, para no separarnos de él en muchos meses, vamos á dar el último adiós al generoso estío por los jardines del Luxemburgo.

DEL INVIERNO PARISIÉN

LOS HUESPÉDES DEL LOUVRE

Noviembre, 26.—No sé cuántos grados marcará el termómetro hoy, pero hace mucho frío. La ancha explanada de la Concordia da idea de una ciudad construída sobre el hielo. Hasta los árboles están arrecidos. Los transeuntes cruzan á todo vapor. Los cocheros arropan sus caballos con mantas, y hay quien no tiene manta y envidia á los caballos. Comienza la época en que cada penco de alquiler, con los belfos resoplantes, parece una locomotora, y en que los cocheros, para no entumecerse, van haciendo en el pescante señales heliográficas. En verano, y aun en otoño, se puede pasar el día á orillas del Sena. Es entretenido; van y vienen los barcos; se pesca de todo, y en más de un sitio hay rincones abrigados donde nadie se mete con el que quiera reanudar el sueño de la noche. Pero ahora el río es menos comfortable. No es que intervengan los agentes—de día puede helarse allí todo el que quiera—, es que el cielo amenaza nieve, y el sol se

apaga como el reflejo de una candileja en un perol de mercurio y la arena helada hiere la planta de los piés á través de la suela de los zapatos.

Así es que los que lo entienden se meten en el Museo del Louvre. Entrando por los soberbios arcos del Palacio, pasando junto á la estatua de Gambetta, suben unos cuantos escalonés de piedra y abren una mampara, encogiéndose al entrar, con un escalofrío voluptuoso. Una vez dentro, galerías arriba, ¡qué benéfico soplo viene de la boca de las estufas! Como el aliento de una madre amorosa se extiende por aquellas salas una atmósfera tibia, y hay allí tantos dioses desnudos — Apolo, Venus, Júpiter... —, que no se sabe bien si el calor del ambiente es para halagar sus bronces y sus mármoles inmortales ó para unas míseras carnes que ha de pudrir la tierra cuando se canse de mantenerlas de milagro. Si es para los dioses, no lo agradecen tanto como los verdaderos *huéspedes del Louvre*, los que, á fines de Noviembre, y en día del riguroso invierno, encuentro acogidos á la mansión del arte, bajo la mirada hostil de los ujieres.

¿Cuántos hay, y qué son y por qué están allí? Parece que algunos podrían fijar su domicilio en el Museo desde fines de otoño, despachar sus asuntos y recibir cartas y telegramas. Vienen diariamente á las diez y salen á las cuatro. Lo que hacen durante esas seis horas no he querido preguntárselo á nadie, sino verlo yo mismo. Debajo de un gran lienzo de Cross, que representa á Bonaparte en

Jaffa, está un hombre todo vestido de pana, con un sombrero blando, de alas diminutas, como el casquete de Héctor, la barba rala, la nariz aguda, los pómulos marcados con dos hondos trazos de la escuela del Greco. No se preocupa lo más mínimo de simular interés ó curiosidad, y todo su existir presente y futuro se concentra en estar allí sentado. Tan roto, tan débil, con la cabeza tan hundida en los hombros, que Bonaparte se dirige á él llena la mirada de noble conmiseración, creyéndole una víctima del hambre y de la peste.

Los ujieres tienen cuidado de no dejarlos dormir; pero á veces transigen con que un pobre como éste descabece sus sueños en un rincón. Es verdad que el Museo no es un hotel, pero siempre hay un poco de caridad.

Un compañero de fatigas, metido en su carrik como en una túnica, se acerca al retrato de madame Recamier. Cualquiera diría que le deleitan los suaves colores y las líneas clásicas de David; pero no es eso. La boca de la estufa está allí. El calor sube desde los pies mal calzados hasta la barba despeinada y la cabellera suelta por detrás de las orejas. La nariz judaica, los ojos tristes, los pelos revueltos evocan la idea de un Cristo bizantino que vuelve á sufrir martirio de miseria y que al recibir el cálido vapor del Municipio parisién debe acordarse del portal de Belén, de la paja templada y del vaho de la mula y el buey.—Otro pasa mirando los cuadros con aire de hombre atareado,

haciéndose el inteligente, y viene á colocarse junto al Cristo, sobre la misma rejilla de la estufa. Tiene unos pantalones bombachos y lleva las manos metidas en los bolsillos. Cuando el ujier se dirige á ellos para despejar el paso, cada cual toma por su camino, y el de los bombachos entra metiendo ruido con los zapatones claveteados en la sala de La Caze. Allí hay otros colegas en un banco, junto á los desnudos de Fragonard. Llevan gorra de *chauffeur* y uno va con los pantalones cuidadosamente remangados, sin duda para no mancharlos en el terso y encerado pavimento del Museo. El más digno no es un hombre: es una ruina. Viejo, los cabellos canos asomando bajo un sombrero de convencional, que quizá sea de aquella época; los borceguíes sin cintas, y un chaquet deslucido, remendado, deshilachado por las mangas, asomando el hilo negro de las costuras: un chaquet viejo como un pendón de batalla. Su dueño dormita, y cuando le despierta cualquier ruido, ó su propia miseria, sus ojos pasan insensibles por las carnes de las ninfas de Fragonard, carmín, nácar y rosa, es decir, carne de ninfa, que es más que el carmín, el nácar y la rosa.

—El señor será artista, sin duda — me pregunta un apóstol de barba blanca y aspecto magnífico, salva la vestimenta. Es un modelo sin trabajo, y para éste las salas del Louvre tienen ya un interés comercial. No son sólo un asilo, son un mercado. Pero ¿qué busca en las salas francesas de mobilia-

rio un hombre de calzón embreado, con un sombrero de marino que ha debido arrostrar muchos temporales? ¿Por qué contempla tan minuciosamente un armario de ébano esculpido que perteneció á Luis XIV? Al pasar junto á las lindas joyas del siglo más refinado, el visitante, que parece un marinero del capitán Nemo, las examina como si las fuese á comprar. Quizá ese buen mozo, que los guardianes ven ir y venir con cierta desconfianza, lleve en los inmensos bolsillos el tesoro de un galeón de Vigo.

Cerca del trono de Artaxerxes Memnon, guardando el sueño de las civilizaciones momificadas, encuentro á cinco huéspedes sentados en el mismo banco. Le guardan muy mal, porque están más dormidos que Artaxerxes. Cada uno pertenece á un mundo diferente: hay un obrero de blusa, un anciano chiquito y avellanado, un ganapán de manos tremendas, con unas piernas enormes... Mucho habría que averiguar para referir cómo los ha llevado el destino á ese sueño fraternal frente á frente de cuatro guerreros de la Persia ó de la Asiria. Los despierta á todos al mismo tiempo un pelotón de soldados de Infantería, que entra en la sala como en el cuartel. Pero los soldados pasan de largo, y sólo quedan los silenciosos guerreros, caminando uno detrás de otro sin avanzar un paso en treinta siglos.

Y así veo, al amor de las estufas, un hombre recio, con aspecto de carretero, examinando los ca-

ballos de la escuela holandesa; y un tipo de barbi-lla puntiaguda que pasa charlando con otro más raquíco que él y burlándose de los hércules pintados; y un muchacho que en lo obscuro de la salita de Rembrandt contempla la *Bacanal* con una mirada bastante extraña... Fra-Angélico, el Chirlandajo, Gozolli y Filippo Lippi no son hospitalarios. La sala es fría y van allí los artistas; pero no los huéspedes. En cambio Rubens, regiamente instalado, como corresponde á un rey de reyes, ofrece á todos luz, calor y reposo. En los cuatro bancos forrados de terciopelo amarillo hay siete admiradores.

—Es necesario distinguirlos—me dice un ujier—; algunos vienen aquí porque no encuentran trabajo, y esos son volanderos: un día, dos, tres, luego desaparecen; pero otros son vagos que han tomado esto por su casa. ¿Ve usted aquel rubillo con chaqueta de alpaca? Pues le conocemos todos. No he dejado de verle en siete años.

¡En siete años! Hay que imaginar el resto de la vida de un hombre que pasa durante siete años seis horas diarias dormitando en los bancos del Louvre. Yo he querido saber algo de ese misterio, y al salir me he sentado con aire de indiferencia junto al pobre de la sala francesa, que no ha removido pie ni mano en dos horas y sigue á la sombra de Bonaparte en Jaffa. ¿De qué tierra habrá salido? Hay en su fisonomía rasgos enérgicos que están borrados y deformados por el sufrimiento. Puede

haber venido de las estepas rusas; puede ser un deportado; quizá intentó alguna revolución en Polonia. Servio, italiano, egipcio, cualquier cosa, menos francés. Un momento giran sus ojos desde el retrato de Mme. Recamier hasta el del general Murat, y me encuentran en ese viaje circular alrededor de su aburrimiento.

—*Vous n'êtes pas français* — le pregunto.

—*No, monsieur* — me responde —; *je suis de Medellin.*

—¿Español? ¿De Medellín? — le digo en castellano.

—Sí, señor; de tierra de Extremadura.

Es de la tierra de los conquistadores. ¿Por qué necia curiosidad se lo habré preguntado? Este paisano de Hernán Cortés y de Pizarro me hace salir del Louvre con la boca amarga.

EL INQUILINO Y EL PORTERO

(El portero entra y saluda cortésmente. Saca de la cartera tres recibos: uno en papel blanco y lustroso, los otros dos rotos por los dobleces. El inquilino está sentado en la cama, brazos y piernas colgando, como armas inútiles. Tendrá unos cincuenta años. Es flaco, ceniciento y antipático. El portero le habla desde la puerta.)

El portero.—¡Mal tiempo! hay niebla; llueve... Se le quedan á usted las manos heladas de barrer... No se pierde nada con estarse metido en casa. *(El inquilino le deja hablar, mirándole sin moverse. Larga pausa.)* Son los recibos: Septiembre, Octubre y Noviembre. *(Acercándose, tendiendo los papeles y volviéndolos á retirar.)* ¡Ya ve usted: día 12! El propietario me ha llamado no sé cuántas veces. Es bueno; es un hombre que se hace cargo de las cosas. Yo le digo: «Convendría esperar; y él me dice: «Bien, vamos á esperar.» No crea usted que hacen todos lo mismo. Y yo subo una vez, y

otra, y otra, porque también me hago cargo de las cosas. Solamente... (*El portero mira los papeles y la cartera, dándola vueltas entre las manos.*) Solamente que hoy no ha querido oirme. Está enfermo, sin duda. Tiene días imposibles. Usted va á hablarle y á contarle las historias más razonables del mundo, y ni siquiera le escucha á usted.

El inquilino (con calma). — ¿Qué es lo que ha dicho hoy?

El portero. — Quiere que limpiemos la cartera. Esto significa... lo que significa. Yo en seguida he subido á decírselo á usted. Mi mujer iba á subir ya; pero no la he dejado. Usted sabe lo que son las mujeres.

El inquilino. — ¡Oh! *Madame Dupont* es muy amable. Un poco viva de genio.

El portero. — Sí. Un poco viva. A ella le gustaría resolverlo todo de prisa, de prisa. ¿Que el inquilino no paga? ¡Pues se le advierte! ¿Que no paga tampoco? ¡Pues, á la calle! Y no es por hacer daño. Es buena *madame Dupont*. Pero ella reflexiona á su modo. No crea usted que todas las ideas de las mujeres son absolutamente necias. Lo parecen, pero no es así. Ella dice: «Si un inquilino se retrasa un mes, ya le tiene usted á punto de retrasarse dos, tres meses, un año. Cuanto más tiempo se le dé más sufre. Pues despidiéndole al primer mes, se le evitan muchos sufrimientos.

El inquilino. — Verdaderamente... *Madame Dupont*, ¿piensa así?

El portero.—¡Como usted lo oye! Su madre fué portera sesenta años en una casa de ocho pisos de la calle Lepic. Con una experiencia tan larga, ¡figúrese qué no sabría la buena señora! Yo no valgo nada junto á la abuela, y mi mujer vale más que yo; pero no llega. No llega. Aquí han vivido muchachas de suerte: hoy no pagaban, mañana tenían champagne para fregar la escalera. Pero de casa de la abuela han salido tres artistas y una porción de *demimondaines*. Y más de una vez ha ido á parar allí Gabriela.

El inquilino (Cruzando las piernas).—¿Qué Gabriela? ¿La Bompard?

El portero.— ¡Claro! Pues en esto (*Enseñando los recibos.*) aquí casi no hemos tenido historias, porque uno ó dos accidentes puede decirse que no es nada. ¡Pero en casa de la abuela! Mi mujer sabe exactamente el número...

El inquilino.—El número de...

El portero.— Sí, de inquilinos que no tenían suerte y preferían acabar de una vez. Tengo que preguntárselo. Donde está usted, en el mismo 13, vivía Mme. Gurlino con una niña de tres años, que se llamaba Julieta, y una hermana impedida que se llamaba... No sé como. Nunca la llamábamos por su nombre... Mme. Gurlino hacía broches y cintas para los zapatos. Ganaba dos francos, tres francos. Con eso iban viviendo.

El inquilino.—¿Era joven Mme. Gurlino?

El portero.— No valía nada. Delgadita, peque-

ña... ¡un pájaro! No encontraba usted mujer. Venía á verla un italiano de esos que venden estatúllas de terracota. Las dos que hay abajo en la portería son regalo de ella. Nos dijo que las hacía él mismo; pero mi mujer cree que son de molde. El italiano, bien ó mal, ayudaba á la casa. De pronto, un día, el italiano no vuelve, el italiano no escribe, el italiano voló. Y el trabajo que falta, Julieta que llora y *madame* Gurlino que viene á decirme: «M. Dupont: no podemos pagar...» ¿Usted qué hubiera hecho? (*El inquilino no contesta y sigue mirándole tranquilamente.*) Pues yo hablé con mi mujer. Si se lo decimos al propietario, vamos á darle un disgusto. Si siguen aquí, va á ser para pasar trabajos. Vale más despedirlas.

El inquilino. — Y las despidió usted.

El portero. — Hágase usted cargo. Usted hubiera hecho lo mismo. ¿Para qué estamos nosotros aquí? Nosotros no somos los propietarios, y ya ve usted que tampoco es muy agradable tener una finca para que venga á vivir en ella todo el mundo. El pobre propietario se quedaría desnudo en medio de la calle. Y si usted viera á un hombre arruinado por sus inquilinos, usted mismo se reiría de él y le diría usted: «Toma, te está bien empleado ¡por tonto!»

El inquilino. — De manera que las despidió usted...

El portero. — No... (*Una pausa.*) Las dimos quince días de plazo. ¡Ya ve lo que es la vida! A los

quince días, todo cerrado, nadie sale. La niña se pasaba llorando á gritos todo el día. Ahora nadie llora. Madame Gurlino no se quitaba de la ventana del patio, esperándole todavía. Ahora nadie se asoma. Subimos, llamamos... No responden. Viene el Comisario, descerrajamos la puerta... Ahí donde está usted estaba Mme. Gurlino.

El inquilino. — ¿Muerta?

El portero. — Asfixiada. Tenía en brazos á la niña, y á los pies de la cama estaba la hermana.

El inquilino. — ¿Muertas también?

El portero. — La niña, sí. La hermana, como era sorda y muda, yo creo que ni se enteró de que había allí carbón y ácido carbónico. Desde entonces, el propietario nos tiene advertido: «Tres meses; hay que guardar los recibos de tres meses.» (*Mirando otra vez sus papeles.*) Cuando yo he subido, hasta ahora, ha sido para advertirle, nada más. Á los tres meses viene el mismo propietario, y siempre dice las cosas mejor que un pobre portero, como yo. Es abogado. Ha leído mucho. Él cree que por algo llega la gente á verse sin tener qué comer.

El inquilino. — ¡Ah! ¿Cree eso?

El portero. — No me haga usted caso. Parece que todos tenemos la culpa de lo que nos pasa. Él lo explica mucho mejor que yo.

El inquilino. — Pero en el fondo...

El portero. — En el fondo viene á ser eso. Yo le digo que hay suertes y desgracias, y él se ríe.

El inquilino. — ¿Y dice usted que va á venir ahora?

El portero. — Ahora mismo. Yo bajo, y antes de cinco minutos le tiene usted aquí.

El inquilino. — Pues nada... (*Levantándose.*) Que suba. ¡Ante todo las costumbres! Yo quiero respetar todas las costumbres de la casa. (*El portero sale, dejando abierta la puerta de la escalera. El inquilino se viste cuidadosamente sus andrajos. Cuando suena fuera ruido de pasos, el inquilino desaparece de la escena. Entra un señor amable, sombrero en mano, y sonríe al techo y á las paredes. Lleva en sortijas y alfileres y cadenas por valor de trescientos recibos. Cansado de sonreír, mira por todas partes; no ve á nadie. Llama al portero, que sube las escaleras precipitadamente.*)

El propietario. — Amigo mío: no está aquí.

El portero (respirando con fatiga). — No, señor. Se ha tirado por la ventana.

LAS CALLES SINIESTRAS]

Son las calles de las canciones de Bruand, las calles de Montmartre, de la Villette, de Menilmontant... De día tienen un aspecto apacible é hipócrita. Las mismas tiendas que en el centro de París, las mismas ventanas adornadas de flores, los mismos gritos de las vendedoras ambulantes. Algunos rincones, recogidos, silenciosos, duermen á plena luz con un sosiego patriarcal, y no parece sino que al dar la vuelta vamos á encontrar, detrás de una fila de casas grises, el atrio de una abadía y el portal de un Asilo. De noche... Steinlen conoce bien la noche de esas calles siniestras. Su lápiz ha trazado mil veces la silueta de los altos techos, las hondonadas sombrías, las hileras de faroles que se pierden entre la niebla. Y las luces y las sombras sirven de fondo á figuras más siniestras que las calles y que las nieblas: una mujer que cruza lentamente, recogiendo la falda y mirando hacia atrás; un burgués, un incauto, que la sigue; un hombre, ancho de espaldas, los brazos caídos, la mandíbula

contraída, la mirada sangrienta, oculta bajo la visera de la gorra...

Cuadro clásico de un París de pesadilla, que no es verosímil visto desde el París de los grandes teatros y de los grandes bulevares. Cuadro un poco anticuado, es cierto, porque ni el crimen tiene ya esas formas tradicionales, ni las calles siniestras conservan la exclusiva del asalto nocturno y del asesinato.

Al dar las doce de la noche, esos barrios extienden sus ejércitos por todo París. Y aun á otras horas menos solitarias, al caer la tarde, al mediodía, las tres figuras de esos dramas vulgares recorren la ciudad de arriba abajo, buscándose entre la muchedumbre, y no es la víctima quien pone menos empeño en llegar de prisa á las puertas de la muerte.

De cien asesinatos registrados por la crónica de sucesos, ochenta pertenecen al mismo género. ¿Cuántas mujeres caen al día en medio de la calle muertas á tiros ó á puñaladas por negarse á continuar en vida común con un amante, ó simplemente por resistirse á la inicua explotación del *souteneur*? Abro las hojas del *Journal*, que debiera imprimirse, no en tinta, sino en sangre, para mayor delicia de su público. Son seis ú ocho los crímenes del día: un sastre de la calle Serván iba á cerrar ya su tienda, después de las nueve de la

noche, cuando entró en ella y se dejó caer desvanecida en el diván una joven con el pecho y el rostro ensangrentados. Cuando la levantaron estaba medio muerta de una terrible puñalada en el costado. No quiso dar su nombre, ni referir las circunstancias del suceso, ni hablar de su agresor.

Una muchacha de quince años pasaba por el bulevar de Bellville, y fué también gravemente herida de una puñalada en el pecho. Mlle. Marie — ¡pobres medemoiselles, condenadas á aparecer siempre en estas crónicas con un nombre, una inicial ó un apellido supuesto! —, mademoiselle Marie, de diez y siete años, pasó la tarde con dos individuos, y en medio del arroyo, en la calle de París, uno de ellos la clavó un cuchillo en la espalda. El asesino se encarnizó en el cuerpo de la infeliz y, cuando la vió muerta, huyó con su compañero.

Todavía hay otro crimen más característico: el crimen tipo: era una costurera de la calle de la Paz. Todas las tardes la acompañaba un muchacho galante y amoroso, al entrar y al salir del taller. El amante de novela cultivó el romanticismo quince días; luego consiguió la vida en común; luego propuso brutalmente el infame tráfico. Y como la muchacha se negaba, el hombre decía á los amigos:

—¡No sabe lo que hace! No quiere *trabajar*, y le va á costar caro.

Y, en efecto, ayer la acechó en el bulevar Arago, y la mató de una puñalada por la espalda.

«La represalia, el linchamiento, todo es poco para esos criminales que buscan luego la atenuante del arrebató, y que algunas veces consiguen del Jurado la absolución de su *crimen pasional*.» Así hablaba Paul Adam, refiriéndose únicamente á los obcecados del puñal, del revólver y del vitriolo, que matan ó hieren *por amor* para vengar una esquivéz ó para vencer una resistencia. «¿Qué harán las pobres mujeres de las clases bajas de París si el menor capricho de un transeunte que las encuentra en su camino puede llevarlas al Hospital ó á la Morgue? ¿Dónde van á encontrar defensa?» Pero en este otro caso el delito es todavía más vil y contribuye á afirmar un estado de las costumbres populares. El *maqueraud* comete su crimen con ostentación, como si tuviera conciencia de que con él mantiene la disciplina entre las explotadas. Es el espíritu de cuerpo el que le hace entrar en la cárcel lleno de orgullo y de satisfacción.

Anteayer, después de uno de estos crímenes, el delincuente — un joven de diez y nueve años — atravesó las calles y entró en la comisaría radiante, como si acabara de tomar una trinchera. ¡Es horrible pensar en el proceso de sus torcidos pensamientos y explicar el sentido de su único comentario:

—¡Así aprenderán!

Ellas responden también y se colocan en una línea paralela: unas veces de defensa, otras veces de ataque. Este mundo maleante y encanallado que provee diariamente de víctimas y de acusados las salas de los Tribunales no es más que un reflejo, extremado hasta la violencia, del mundo que frecuentamos, donde las pasiones están contenidas y dominadas. Y ¿no ha dicho Clemenceau, en un célebre artículo, que lo más corrompido de Francia es la mujer?

Ellas provocan el crimen, cuando no le cometen por sí mismas. Adorables, encantadoras, con sus maneras cortesanas, su trato suave, sus sentimientos refinados, estas hadas del París ligero tienen el alma mucho más complicada que sus cortejos y sus explotadores. Entre ellos y ellas nunca sabréis dónde está la verdadera víctima.

Hoy es una rubia de veinte años, una muchacha planchadora la que, después de desesperar á su amante con escenas alternadas de infidelidades y de celos, ha disparado sobre él su revólver porque se negaba á reanudar las relaciones. Él consiguió arrebatársela el arma y disparó á su vez, y los dos están agonizantes en una sala del Hospital Beaujoui. Este crimen de la mujer torturadora, que necesita una víctima entre sus garras y que se indigna hasta la locura cuando ve que se le escapa para siempre, se ha repetido cien veces.

DIARIO DE UN EXTRANJERO

Todo español debe acostumbrarse á la idea de que en París será siempre un extranjero. Aunque allí se haga viejo, aunque busque tenazmente la ciudadanía de la villa universal cultivando su espíritu. Cuando hayan pasado muchos años—si París le retiene—, ese espíritu se habrá transformado bajo influencias que se filtran como en la sangre el veneno del aire; pero seguirá siendo el extranjero. «Todos tenemos un fondo de españolismo que nadie nos arranca ni á veinticinco tirones», ha dicho D. Juan Valera. ¡En hora buena! Seamos lo que debemos ser, y esperemos nuestro siglo de oro. De todas maneras, un francés muy francés, que yo admiro sin rencor, ha dejado esta frase definitiva: «En el mundo entero nadie tiene *esprit* más que el francés. Sólo él lo paladea y lo comprende.» Esa palabra *esprit* puede traducirse ingenio, gracia espiritual, encanto del entendimiento y del trato. Algo así. Tradúzcase como se quiera, lo cierto es

que nadie lo tiene más que el francés. Á Renán se le reprobó su afición á la ciencia de los germanos, porque los atenienses de la Europa moderna no quieren reconocer sus deudas intelectuales con los bárbaros fronterizos. Hago, pues, la profesión de fe del extranjero, y abro en este diario la válvula de mi españolismo, que no me dejaré arrancar ni á veinticinco mil tirones.

ANTE LA NOCHE

Ya no puedo leer á la luz del balcón, y los ojos y el ánimo, inundados de la misma angustia, se hunden en el crepúsculo. Al caer el día la vida le llora como á su amado la amada del *Cantar de los Cantares*, y sufre de no poder seguirle por los valles y por los montes. Cuando desciende sobre el mar, en la canícula, no declina, se aleja, bañado en la gloria de su imperio; cuando es un abismo gris el que le absorbe, detrás de un horizonte de techos de cinc, chimeneas y buhardillas, algo de nosotros se sumerge con él, y nuestro aplanamiento equivale á la tristeza del último adiós en un viaje sin retorno. Yo sé que esas chimeneas son tubos dispersos de un órgano colosal, en el que soplarán los vientos de la noche sinfonías invernales; yo sé que ese inmenso respiradero, coronado de humo, no viene, como parece, de la caldera de un acorazado; pero los mástiles, los alambres, las planchas de cinc, la huella del carbón en techos y

paredes me hacen pensar en un pobre barco viejo que me lleva navegando, ¿hacia qué costas? ¿por qué mares?... Mi vecinita ha cerrado el piano y las ondas del crepúsculo fluyen en silencio. Las escalas, los trinos lejanos de las teclas martirizadas eran la voz de la tarde. Cesan bruscamente... Bruscamente vuelvo los ojos hacia las cuatro paredes de mi cuarto y busco en el fuego del hogar la afirmación de la vida, negada por el silencio, por la sombra, por la soledad.

Acaba de morir la última llama, después de recorrer con humildad de fuego fatuo los tizones en un viaje desesperado de agonía. El fuego no crepita, no estalla; ni riñe, ni se apasiona; difunde su fuerza con impulso inmutable y sereno, como si las rojas brasas no estuviesen ya encendidas por amor de amante, sino por amor maternal. El crepúsculo de fuera es hostil, y el alma se repliega al sentir su frialdad y le devuelve todas sus sombrías hostilidades. — Puesto que ha de venir la noche, puesto que viene ya y todo queda anegado en igual misterio, refúgiate en ti mismo y aguárdala dentro de casa, sin hacer centinela. Tú no podrás salvarte, ni salvarás á nadie, del naufragio común. — Así hablan los copos de nieve que caen sobre los árboles condenados á morir sin fruto. Gravitan sobre ellos, hielan los brotes y los obligan á la pasividad. — Hay en mi cuarto montones de periódicos que traen la voz de la preocupación ajena, desde la guerra y sus crímenes heroicos hasta la

lucha literaria y sus pequeños crímenes impunes. Toda esa vida extraña que se une á mí por lazos de comunión social navega conmigo en este pobre barco viejo que me lleva hacia costas misteriosas. Y si la echara por la borda, como aconseja la hostilidad del crepúsculo, ¿no caería yo también?

Ante la noche, el fuego del hogar abre sus brasas encendidas, y del corazón abierto irradia un calor firme, *consciente*. No se pierde, no, su voluntad bienhechora. Es una fuerza serenamente apasionada, y por ella sé que ante otro crepúsculo que empieza no seré nunca tan débil que deje extinguirse el fuego de mi voluntad, ni tan criminal que lo apague con mi propia filosofía.

«¡ALAS POOR, PAQUITO!»

* Paquito es un guitarrista malagueño que Rubén Darío encontró á bordo de un vapor inglés en la travesía de Algeciras á Gibraltar.

Y Rubén Darío... No quiero descubrir ningún Mediterráneo diciendo quién es Rubén Darío. Pero lo que acaso no sepan mis lectores es que el primer poeta que escribe hoy la lengua de Gonzalo de Berceo, de Garcilaso, de fray Luis y de Góngora — busquen nombres, repasen los escalafones decapitados por la guadaña que se llevó á Zorrilla y á Campoamor, corran las escalas, acudan al Conde de Cheste por derecho de antigüedad, viajen por las literaturas regionales, descubran genios en

las más grandes ó en las más chicas Repúblicas de América. Puede que al fin parezca el que no ha parecido todavía —. Así, pues, y mientras tanto, digo que el primer poeta vivo en lengua castellana tiene el arte de alumbrar yacimientos de oro puro bajo las piedras de la calle y en la guitarra de Paquito. Como Bret-Harte, el californiano, Rubén Darío sabe describir la luz que vela en las cabañas miserables. ¿Qué zahorí, sino el poeta, iría á fijar sus ojos en un tango de Málaga?—El buque se acerca á Gibraltar. La enorme mole del Peñón crece á sus ojos; aparecen las casas, los muelles, las escolleras, «las innumerables baterías, la floración de cañones que hacen del promontorio un inmenso panal de piedra y acero en que aguardan el momento propicio para lanzarse los enjambres de avispas de fuego que alborotará la mano de la guerra». Y Paquito el guitarrista, que no tiene más armas que su guitarra y sus coplas de plazuela, canta á media voz un cartel de desafío, para que el poeta lo transcriba en sus crónicas y lo avergüence con el inesperado honor de figurar en el delicioso libro *Tierras Solares*:

...«Al comparar la antigua situación
con la actual, causa pena y dolor.

De ira y de vergüenza
deberíamos llorar
al contemplar, y es la verdad,
que nuestra dignidad
manchada está

desde que vió ondear
la bandera inglesa
en el Peñón de Gibraltar.

.
Pero ha de llegar
el día en que volvamos
nuestro Peñón á recobrar,
y ese día cerca está,
y subiendo á lo más alto
y allí gritando: ¡Viva España!
nuestro glorioso pabellón clavar.»

— «¡*Alas poor*, Paquito!» — Con estas palabras shakespirianas, como con una flecha de ironía, clava el poeta á las páginas de su libro el inocente é inofensivo sueño de un guitarrista. ¡Ay, pobre, mentecato, iluso é ignorante, que ladras á la luna y remedas en ramplones versos la despedida lamentable «¡Ay de mi Alhama!» y las lágrimas de Boabdil! Rubén Darío te oyó sonriendo gravemente, con la sonrisa compasiva de un dios benévolo. Un español patriota quizá te hubiera roto la guitarra en la cabeza para que no la llevaras á Gibraltar al servicio de una fiesta de oficiales rojos ó de soldados kakhi.—Sólo el tango se atreve á hablar de estas llagas nacionales, porque su primitiva ingenuidad le hace ser procaz é indelicado. Como Paquito á bordo del buque inglés, van por las calles y plazas de Madrid los ciegos que empiezan á forjar nuestra leyenda heroica y que exaltan los sentimientos del orgullo patrio. En toda nuestra

renaciente poesía no habrá podido encontrar Rubén Darío la depuración de este latido del corazón popular. Pudor del ánimo, reserva hidalga que seca las lágrimas y calla las ambiciones, conciencia de la propia debilidad, abatimiento... Todo escritor culto — por escritor, poeta, y por poeta, noble de pensamiento — se ha impuesto en España el deber de humildad, y pasa la vida en ejercicios espirituales. Místicos del pantano, no se atreven á esperar que vuelvan á correr las aguas, ni mucho menos á trabajar por abrirlas nuevo cauce. Han callado también las primeras voces que pidieron regeneración, y el extranjero en España no encontrará ninguna nota de combate más que en las cuerdas de la guitarra de Paquillo.

Hemos de agradecer profundamente á Rubén Darío su atención de cronista sutil, profundo, concienzudo, hacia la tierra española. Por la tradición del idioma, nuestra España es su patria, y esta ciudadanía, cuya carta él mismo se ha extendido en maravillosos versos castellanos, le obliga á deberes de lealtad y de sinceridad. Muchas verdades amargas, muchas sombras de nuestra realidad aparecieron en el primer volumen de crónicas que bautizó Darío con el título de *España contemporánea*. El poeta de las *Prosas profanas*, el rico espíritu que engarzó en perlas el cielo de su *Azul* y supo arrancar nuevos sonidos á nuestra lira clásica remozando *Trovas, layes y dezires*, no ha querido cubrir la España de hoy con el velo de la

Reina Mab, para verla de color de rosa. Ha venido, ha visto — ha visto con ojos perspicaces — y ha juzgado con un criterio firme é infalible, porque sus sentencias se reducen siempre á la exposición de hechos, á la sencilla información. Al hablar, más de una vez suenan sus espuelas de caballero entre los párrafos de un estilo que voluntariamente refrena su buen juicio de cronista; más de una vez levanta el vuelo y deja en una página la huella de su milagrosa ascensión. Como la piedra del monte de Judea, donde los pescadores discípulos vieron la última huella del divino tránsito, esa página os hace soñar y os estremece.—¿Quién dirá de Emilio Castelar palabras tan altas y tan bellas? ¿Cuándo volverá á juzgar un hombre á otro hombre con tan amplia percepción de todas las nobles y relevantes cualidades y con tan magnánima serenidad ante la débil arcilla pecadora?— Pues este espíritu de privilegio ha escuchado en sus horas de periodista todo cuanto España dice de sí mismo, y pocas lecturas hay tan provechosas para nosotros como sus crónicas de *La Nación*.

Ha escuchado las conquistas de la libra esterlina por tierras de España; la invasión de los cotos, huertas y propiedades de Algeciras, La Línea, el Campamento y Puente Mayorga; alguien le ha dicho que «hay una provincia inglesa enclavada en los dominios de la Monarquía española, y que en esa provincia Gibraltar es la cabeza y la ciudadela; que la zona del ferrocarril de Algeciras á Bobadi-

lla cae dentro de la esfera de los intereses británicos; que «á los ingleses se les da ¡hasta tierra!, y se ha llevado allí mucha de España, y la que se pisa en el muelle nuevo, y aun más allá, es tierra española...»; que «Gibraltar tiene en el Parlamento español sus diputados»; que «nadie piensa en fortalecer nuestras posiciones vecinas á la plaza inglesa...»—Esto pueden verlo y notarlo en España aun los que llegan para un viaje de placer. Rubén Darío sabe que en ello no hay ningún dato nuevo, y cumple tranquilamente sus deberes de informador. América entera sabe por él cuál es nuestra situación dentro del mismo solar de la nacionalidad. Y un centroamericano discreto y culto me dice:

—¡Lo ve! ¡Se nos comen, amigo! ¡Aquí son los ingleses, y allí son los yanquis; pero á todos se nos comen!

En el aislamiento de París, en la lejanía de la Patria irremplazable, cien veces Rubén Darío ha inclinado con amargura sus pensamientos hacia una filosófica impasibilidad. Es de la raza de hombres de piel sensible, de emociones fáciles, bruscas, perturbadoras. Cualquier choque le hace retraerse á sus soledades. En la vida literaria, donde son más agudas y más venenosas que en ninguna otra sociedad de hombres ó de animales las púas de los puerco-espines de Schopenhauer, Darío renuncia fácilmente al calor de los congéneres. Quizá tiene conciencia de que su *género* empieza y acaba

en él. Ayer, huyendo de esa vaga hostilidad del medio, recorrió las *Tierras solares* de Andalucía, de Tánger, de Venecia y Florencia. Hoy prepara otro viaje á la gran tierra de Egipto.—Dejo el volumen del libro y leo con el poeta el programa de la excursión á Alejandría, El Cairo, el Nilo, las Pirámides. Pero por esta vez mi fantasía no quiere asociarse á tan gratas y fáciles aventuras. Pienso aún en el Peñón; sueño con otras empresas más rudas y más grandes; creo que del sentimiento popular puede nacer en España — ¡en España, donde tiene verdadera razón de ser, mucho más que en la patria de Déroulède! — un vigoroso partido nacionalista; forjo proyectos, campañas, sacrificios, predicaciones por los pueblos, sangre, si necesario fuere...

Y en ese sueño de sueños, mi propia voz me responde con las palabras shakespirianas:

—*¡Alas poor, Paquito!*

REVEILLON

Al acercarse Año Nuevo, el buen español nota que París está demasiado frío. La niebla helada le llega hasta los huesos; la calle gris, los techos de pizarra, las luces multicolores veladas por la bruma del Sena, comunican á los pensamientos una soledad invernal. Al llegar el *Reveillon* francés, el padre *Noël*, con la barba blanca y las manos pródigas, parece que viene sólo para los franceses, y

que no quiere nada con los caminantes de patrias ajenas. Apoyado en la barandilla de un puente, viendo pasar las aguas tétricas del río, el buen español sigue con la mirada el rumbo luminoso de los vaporcillos, y la fiesta de luz que su paso suscita de orilla á orilla le recuerda lumbres de hogares lejanos y le hace pensar en que su espíritu no está emancipado todavía de un aya viejecita y arrugada que se llama la tradición.

La tradición es reina en el pueblo revolucionario. París es la ciudad más respetuosa para todo lo tradicional. Llegan los días de Noël, y el parisién los celebra con el candor de un aldeano. El pretexto son los niños; les lleva por los puestos de juguetes del bulevar, y alimenta las alegrías infantiles con el contagio de su propio regocijo. El francés pone mucha mayor ingenuidad que nosotros en las fiestas que le marca el calendario. ¿Sería capaz de comprender un parisién, aun suponiendo que sea un parisién del Mediodía, las semejanzas de su carácter y de sus costumbres con el temple y los hábitos del ciudadano belga? El honrado burgués toma en serio su trabajo, y toma también en serio sus placeres. Ha estado el día entero en el taller, en la oficina, en el despacho; ha ido como una tromba en busca de su familia, ha paseado por la feria de los bulevares, ha preparado el *Reveillón*, ha comprado sus provisiones y vuelve á casa cantando, del brazo de su mujer, los muchachos por delante, el ánimo mucho más

acorde con Beranger, el cancionero de la *gauloise*, que, con Voltaire, el ironista de las tradiciones.—Luego, Francia es la nación de la buena mesa, y el *Reveillon* es un festejo del estómago. En los antiguos cuentos galos, un francés de buen humor y de buena salud, hermano de Rabelais y de nuestro incomparable Arcipreste de Hita, termina la lucha de don Carnaval y de doña Cuaresma con la llegada vencedora de Noël. ¿Y no era francés, podía ser otra cosa aquel pundonoroso Vatel, cocinero de Condé, que se atravesó el corazón con su espada porque faltó el pescado en la mesa de los príncipes? París celebra el *Reveillon* conforme á las sanas tradiciones de la raza.

Por los grandes bulevares, desde Saint Denis hasta la Magdalena, las aceras están bordeadas por tenderetes de feria. Falta el turroneo alicantino, y está, en cambio, el vendedor de objetos de arte; pero no hay gran diferencia entre esas percalinas y esas tablas y las de la Plaza Mayor y Santa Cruz. Ante esos barracones, como ante los puestos madrileños, los héroes son los niños. Por los niños sabemos que llega el Año Nuevo.

Por ellos, nada más que por ellos, contamos el tiempo. ¿Qué nos importa á nosotros un año más? En doce meses podemos redondearnos ó enflaquecer, ó arruinarnos ó llenarnos de canas; pero esto ocurre sin que nos enteremos nosotros mismos ni nos lo adviertan los demás. Un niño no es nada; es una boca menuda que mama y grita, un rollo

de manteca ó un pobre vástago de un árbol seco; pero un año basta para que nos mire y nos hable y ande sobre la tierra, tomando de ella posesión. La Historia Sagrada se ha callado muchos detalles; pero yo estoy seguro de que Adán y Eva no empezaron á contar el curso de los días y el mudar de las estaciones hasta que el primer hijo lloró por el primer diente y Abel balbuceó la primera palabra en una lengua que, según nos dicen, pudo ser la éuskara. Para los niños significa algo una vuelta de la Tierra alrededor del Sol, y por eso la fiesta del Año es una fiesta infantil. Ni el Carnaval, ni la Cuaresma, ni la Vendimia se han hecho para ellos; sólo esta fiesta del tiempo por venir les pertenece.

Esta deliciosa turba infantil provoca en la misantropía del extranjero una melancólica reflexión que acaso comprendiera el complicado *amateur d'âmes* Maurice Barrés. Barrés que fué á Sevilla, y ante el cuadro caliente y chillón de la fábrica de cigarros, llena en aquella época de bellezas meridionales, sólo pensó en que tanta hermosura iba á morir martirizada en manos inconscientes y bárbaras—chulos, toreros, monosabios, taberneros y vendedores de pescado—, concebirá muy bien la profunda melancolía que inspiran estos niños del bulevar. Hoy son niños nada más, y mañana serán *parisienses*. Como los protagonistas del último escándalo, como las figuras tragicómicas ó siniestras de la crónica mundana y de la crónica

de sucesos. Estos serán los que hagan nuevas canciones para que las canten en mallas, con gestos descocados, las que ahora se llevan á su casa una muñeca de cartón. Se perseguirán, se pervertirán y seguirán diciendo al mundo que París es la patria del *esprit*.

A media noche el *Reveillon* infantil ha desfilado ya. Poco á poco el público de los cafés ha abandonado las terrazas. Por las aceras, donde la niebla huye, traspasada por ráfagas violentas de luz, cruzan y van á perderse en las calles transversales unas máscaras llamativas que son la fauna nocturna del bulevar. Y cuando duerme en el silencio y en el frío de la noche la feria lugareña, llega por la *Chausée d'Antin* un enorme furgón tirado por magníficos caballos normandos. Entre los caballos normandos, los cocheros de los ómnibus y los gendarmes parisienses existe cierta afinidad de formas macizas y de aspecto social. El furgón irrumpe en el bulevar aparatosamente. Es el coche del Depósito. No se ve más ventanilla que la de la puerta trasera, y ésa está bien cerrada. Dentro suenan voces femeninas, y una voz aguda, que atraviesa las tablas como la hoja de un puñal, lanza su saludo de Año Nuevo con esta canción:

*Tout ça ne vaut pas l'amour,
la belle amour,
la vraie amour.*

Es la canción del año, que con el *Viens Pou-poule!* ha triunfado de Montmartre á la Villette.

La belle amour resuena en la noche fría, y todas las muchachas que esperan del bulevar otro amor, que no es el de la canción, se detienen para mirar al coche, hacen un guiño y le ven cruzar hacia la Opera Cómica. El furgón se detiene ante el farol rojo de la Comisaría. Allí espera una muchacha rubia, el pelo partido sobre la frente, como Cleo, la falda recogida, la garganta desnuda. Un guardia abre la portezuela y la moza echa al aire la rolliza pierna, recogién dose hasta los muslos y subiendo con un gesto habitual, como si montara en su coche. Al sentir el peso, la voz descocada que sale de uno de los compartimientos interrumpe su ¡*Viens Poupoule!*

—¿Eres tú, Margot?—pregunta la de dentro.

—¡Quién va á ser!—contesta la que sube.

Detrás de ella se hunde por el largo pasillo del furgón un muchacho con el pelo crespo y la mirada inquieta. Van al *Depôt*, ó á la *Santé*, ó á Saint-Lazare. Es la *razzia* del sábado. ¡Feliz año nuevo!

A esa hora el extranjero solitario—el español—se refugia en un *faubourg* y sube hacia Montmartre.

En Montmartre, como en el barrio Latino, muchas ventanas están todavía en vela. Estudiantes y artistas tienen su *Reveillon* y se oyen desde la calle seis ú ocho voces que hablan á un tiempo. Vuelven del *cabaret*, del teatro, de la casa familiar, parejas amarteladas que van caminando len-

tamente, y al pasar ellas, una estela de perfumes deja en la cruda niebla de la noche algo de femenina intimidad. París se agranda. Las perspectivas se alejan, y á medida que todo se difumina á la luz incierta de los faroles y desfilan las rondas de transeuntes y se apagan sus pasos tras de una puerta que se cierra, parece que se entra en una ciudad muerta alzada en medio del desierto de hielo.

Y entonces el buen español—que tiene en el pecho raíces españolísimas é inarrancables—sueña la patria como los propios franceses se la figuran: una colina de tierra roja, de tierra sevillana, cercada por una tapia blanca en pleno sol, bajo un cielo de apasionado añil, en cuya purísima esplendor brilla una rama de naranjas de oro.

UN VIAJE Á BÉLGICA

UNAS LÍNEAS DE PRÓLOGO

Al quedarme á solas por la noche en mi cuarto de la calle del Arbol, cansado de recorrer los altibajos de Bruselas, llevo todavía en la retina la mágica impresión de la llanura belga cruzada por el tren; las arboledas rectilíneas, de troncos gemelos; las casas bajas, discretas, geométricas, limpias, como niña en domingo; las estaciones cómodas, previsoras, con sus caprichosas torres de campanario, su arquitectura «personal» y sus vallas de alambre escondido entre flores, para que no nos olvidemos de que vamos llegando á la tierra del tulipán. Mis ojos, rebeldes al sueño, se complacen en reproducir el movimiento de brusca precisión con que se descuelgan de un tren centenares de obreros para subir á otro tren que los aguarda medio minuto, y la mirada plácida, lenta, reposada é infinita de esta naturaleza bonachona, la mirada del campo y del cielo asomándose á los ojos de las vacas y siguiéndonos mientras pasamos por su

reino... El lecho es blando; el cuarto, limpio y claro como las verdes llanuras, induce á pensamientos de orden y de sosiego. Un mirador avanzado sobre el chaflán le da expansión y le decora. Tan perfecto, tan sencillo, tan artístico en su perfecta sencillez, que yo no sé si éstos son los japoneses del corazón de Europa, ó si aquéllos son los flamencos del Asia oriental.

Y en esta dulce soledad, la estancia casi á obscuras, el silencio turbado de tarde en tarde por un eléctrico que pasa resbalando y chirriando, un movimiento de algo extraño é inesperado me hace mirar hacia el balcón. Por detrás de los cristales ha pasado una sombra. No son mis ojos que desvarían con las imágenes del tren: es un fantasma silencioso, pegado al mirador, alto, largo, escurrido y ondulante. ¿Será costumbre de los fantasmas de Bruselas el venir á estas horas á mirar á los viajeros por los balcones? Me levanto; la sombra huye hacia la derecha. Llego al mirador; la sombra se extiende á lo largo y á lo ancho. Es tricolor, negra, amarilla y roja. El viento la mueve, como mueve todas las banderas que se ponen en todos los balcones. La ha izado allí el patriotismo de mi hostelero, y vuelvo al lecho sintiéndome cobijado por el pabellón nacional y dispuesto á cooperar á la apoteosis de la patria belga.

Bélgica es una nación muy pequeña que no pesa en el mundo á la hora de la guerra. Con la paz tiene bastante y se contenta con instruirse bien,

educarse bien y trabajar bien. Quizá estos ejemplos importen poco en España. Quizá no valga la pena de gastar tiempo y tinta.—Pero no elegimos al nacer nuestro temperamento, y yo tuve la desgracia de criarme efusivo y cordial. Ver yo solo y admirar yo solo me parece un fraude. Y como ahora siento una sana alegría al encontrarme entre estos honrados vecinos, al amparo del Palacio de Justicia, que vela mi sueño, y del burgomaestre, que me protege desde la silla de Carlos Buls, quiero escribir lo que he visto para que lo lean en España las gentes de buena voluntad.

Hay en todos los hogares, en todos los hoteles, fondas, cafés, *bars*, *restaurants* y cervecerías un folleto igual al que he hallado sobre mi mesa. Todos los belgas saben de memoria las cifras que contiene, y si yo encontrara manera de darlas forma poética, mis lectores tendrían ocasión de leer unos versos en vez de una estadística vulgar. Pero en esta estadística se halla la razón de estas líneas preliminares, y voy á transcribirla. Los patriotas flamencos, valones y brabantinos la estiman como su mejor poema.

Dos fechas: 1830-1905. Entre ellas setenta y cinco años que el pueblo belga ha aprovechado del siguiente modo: En 1831, Bélgica tenía 3.785.814 habitantes; en 1904, 7.004.910. En 1830, el número de defunciones era de 25,6 por 1.000; hoy es de 17. La vida media era de treinta y un años y medio en la época de la Revolución; hoy pasa de

cuarenta y siete. El presupuesto de gastos era en 1831 de 112 millones, el de ingresos de 113; hoy han subido á 542 y 543. En 1830, la industria empleaba 385 máquinas de vapor; hoy 19.328, sin contar trenes y vapores. El comercio representaba en 1831 un valor de 202 millones; hoy pasa de 8.337. En 1831 había en toda Bélgica, además del vetusto *Monitor*, 34 periódicos; hoy hay más de 1.100. La producción del carbón era en 1835 de 2.600.000 toneladas; en 1903 pasaba de 23.976.000.

Y todo el humo de ese carbón y de esa maquinaria en trajín perpetuo no les mancha el cielo ni el alma á los apacibles belgas. Si el lector es dado á juzgar por impresión y á arrepentirse de ello, sabrá muy bien la virtud tranquilizadora que tienen los números. Podrán ir nuestros arrebatos donde quieran—para eso somos líricos—; pero los números nos justifican. Y así he puesto esas cifras al frente de mis impresiones, confiando en que tienen fuerza bastante para darles la unidad y la lógica que quizás necesiten. ¡No; no es este el caso del Conde Potemkin y de la Reina Catalina! ¡No son las estadísticas belgas como los lindos pueblos prósperos improvisados en la desolación de Rusia! Bajo esta risueña seguridad podía haber apagado la luz, augurándome para mañana un despertar feliz, si no hubiera llamado mi atención un suelto del *Petit Bleu* con un título que dice: «La famine en Espagne», y un relato en que los jornaleros andaluces, hambrientos, asaltan y degüellan los re-

baños. Tristemente considero que estos magníficos ejemplares de la pradera flamenca viven días más reposados; que alguna razón tienen, aun siendo irracionales, para mirar con tal dulzura á la tierra, á los cielos y á los hombres, y, por último, que hasta para nacer en un rebaño hay que nacer con suerte.

DESCUBRIMIENTO DE BRUSELAS

El día claro, despejado, caluroso. El cielo coronado de nubecillas blancas, que el sol persigue y atraviesa. Es domingo. Hay quien no gusta de descubrir las ciudades en domingo, fundado en que pierden su carácter habitual y en que las costumbres del día de fiesta tienen cierta desagradable monotonía. Quizá no se equivoque. Pero un gran pueblo ofrece siempre grandes cosas que ver, aun los domingos. Los hombres se han aburrido siempre mucho más los días que no trabajan, y eso les ha obligado á inventar pasatiempos y á usar de la imaginación.

Domingo en plenas fiestas. Las calles están llenas de gente, de carteles y de pregones. Dejo á un lado los bulevares y subo hacia las calles céntricas del barrio viejo, calles estrechas, enlosadas, con casas frescas, limpias, que acaban de salir del baldeo y relucen como la cubierta de un buque de guerra. La alegría de los colores claros está templada por el tono de los techos de pizarra y de la

piedra ennegrecida, como el rojo y gualda de la bandera está templado por la franja negra. Interiores complicados con escalerillas para cada cuarto; vidrieras aplomadas, media hoja abierta para que asome una cara encendida, ó una mano blanca, gordezuela, y un brazo amplio, carnosos, decorativo; tiendas servidas por más mujeres que hombres; en las cervecerías las parejas trincando amigablemente; en el arroyo los caballos luxemburgueses con enormes cuadriles y ancas-plataformas. Y á la puerta de las tiendas, de las casas y de las iglesias, las niñas yendo y viniendo, vestidas como en los lugares que han perdido su genio castizo, ni á lo popular ni á lo parisiense. Mejor que ellas va la lechera flamenca que, por ser domingo lleva, blanco como la nieve, su rebocillo de encaje acaracolado, su pañuelo de crespón y sus madreñas finas. Tiran del carro de la lechera dos perros, cada uno de su hechura y de sus lanas, y cumplen tan dignamente, tienen tan poco que ver con los demás perros, que estoy seguro de que distinguen entre esclavitud y deber, y de que saben hasta dónde llega su misión. La planchadora, la modista, el muchacho de la tienda llevan sus líos y paquetes en carritos iguales. Muchas veces los perros van entre las ruedas, bajo el eje, y sus ladridos obstinados, insistentes, ladridos de lamentación y de protesta, indican que allí hay un pobre ser que antes era libre y que ahora trabaja y sufre.

Detrás del carrito y de una bandada de trenzas rubias siga calle arriba, y desemboco en la plaza Mayor á tiempo que aparece en la arcada de las Casas Consistoriales el cortejo de una boda.

¿Ningún grabado, ninguna fotografía ó tarjeta postal le han enseñado al lector lo que es la plaza Grande de Bruselas? ¿No la ha visto con sus propios ojos? ¿No ha paseado frente al palacio Viejo, el Concejo y las casas de las Corporaciones?— Descúbrala conmigo: vea la obra de unos artífices que convirtieron en culto religioso el amor á la villa y la dieron palacios que parecen templos; éntre por las callejas del mercado de flores y párese á oír, y á no entender, la charla de estas viejecitas brabantinas que ahora están tan compuestas con su basquiña armada—como las charras de Salamanca—y su corona de flores á raíz del pelo, y que luego se irán cantando cogidas de la mano y bailando las danzas de su tierra. Vea cómo van saliendo al atrio las parejas y cómo se detienen en lo alto de la escalinata para aguardar al coche y para que el fotógrafo tradicional aproveche el momento; el novio muy grave, la novia, de blanco y larga cola, preocupada con salir de frente en el retrato, para que no destaque la nariz, demasiado atrevida. Y luego vuelva los ojos á los monumentos. La piedra está bordada y cincelada con un amor entusiasta que, á pesar de tantos años, la conserva en constante juventud. Las columnas dóricas de la casa gremial tienen zócalos estriados

de oro y capiteles dorados. Si un templete ó un remate triangular como una tiara corona un edificio, sus líneas se dibujan en el cielo en franjas de oro. Estatuas y ornamentos brillan al sol con reflejos de oro. Y sobre la piedra negra la ostentación del oro no hiera como un alarde de mal gusto. Las casas del rey, del pueblo y de los gremios son símbolos que estos artistas ciudadanos han querido realizar con escrupuloso cariño como una joya ó un retablo.

Toda la historia de la vieja ciudad aparece en estas piedras que inspiran una veneración afectuosa y familiar. La capital de la Bélgica de hoy está en los bulevares amplios, monumentales, europeos de toda Europa. La plaza de Brouckère y el bulevar del Norte pueden ser de Londres, de París ó de Berlín, y al desfilar por ellos el cortejo histórico de la Independencia, las antiguas capas, los sombreros valones producen un extraño efecto de anacronismo. Pero en la plaza Mayor pisan todavía en firme los honrados gremios de cerveceros, labradores, carniceros, panaderos y tejedores; los síndicos de las corporaciones que encarnaron el espíritu municipal á través de tantas y tan sangrientas tiranías de borgoñones, españoles, austriacos, franceses y holandeses. Las caras rubicundas y arrebatadas, de hombres de bien, que llegaron por fuerza al heroísmo á la hora de la independencia, y luego volvieron á su apacible é inofensivo natural, pueden engordar todavía á la

sombra de la alta torre del Concejo, en las callejuelas de la plaza Mayor, donde campean las dos figuras emblemáticas de la vieja raza orgánica y sensual: el *Cracheur*, el de las bascas, y el *Mannekenpispis*, el niño meón.

En el puerto de Amberes, el tráfago les aturde; en el Hainaut, la tierra del carbón, no hay nada compatible con su rozagante color. Sólo aquí vive la tradición, y nosotros, hombres de otra raza, de otras tierras y de otros tiempos, nos complacemos en verla perdurar.

Los novios han salido ya de la alcaldía, el cortejo ha montado en sus coches, el público se ha convencido de que por hoy no habrá más bodas, y nosotros seguimos calle arriba, hacia los altos de Santa Gúdula. Allí la iglesia gótica reina soberbia, triunfante, alzando las dos agujas de sus torres entre un montón de casucas y callejuelas. Allí es donde he visto por vez primera la advocación de Nuestra Señora de los Buenos Libros. Allí se vende, en el mismo molino, café de Java y achicoria de Holanda. Y hace allí tal calor, hoy segundo domingo de Agosto, al mediodía, que el sol nos echa hacia la calle Real y nos lleva á la cumbre de Bruselas, á lo alto de la colina coronada por el Palacio de Justicia. Los barrios aristocráticos quedan á la espalda. La cúpula de este capitolio preside un horizonte vastísimo, y desde todas partes se divisa, para indicar que á todas partes llega su poder. Majestad, grandeza, magni-

ficencia... Asomémonos á la explanada. Las calles se pierden en la llanura, suavemente ondulada, y las arboledas de los parques se confunden con el verde de las praderas. Una vanguardia de chimeneas se destaca entre techos y torres. Abajo, al mismo pie de la muralla—¿para sostenerle? ¿para sostenerse?—tocan con el Palacio de Justicia las calles más pobres de Bruselas: calle de la Espada, calle del Abanico, calle de la Piedad. Un vivero de chiquillos sale de cada puerta, se tiende en el arroyo, grita en flamenco, se agrupa en torno de unas monedas de níquel ó sube las rampas recién lavadas del palacio para volverlas á bajar patinando con sus zuecos.

EN EL BOSQUE DE LA CAMBRE

En el bosque de la Cambre, al anochecer, vi entre los árboles una gran claridad que parecía la superficie de las aguas de un lago, y era el reflejo del crepúsculo en una vastísima pradera. La puesta del sol, bajo el arco de hojas de los paseos solitarios, induce á inútiles melancolías, y me alegré de encontrarme en campo abierto. Millares de personas habían entrado ya, y estaban tendidas en el suelo, sentadas en grupos y por parejas, ó persiguiéndose ó entreteniéndose con los juegos de los niños. Agudos chillidos de mujer, claras voces infantiles, nombres franceses, valones y flamencos,

rasgaban el aire.—¡María, María!—sonaba con todas las letras castellanas un dulce nombre universal. — Anoto que al empezar á andar sobre la hierba, una asociación de ideas muy madrileña me hizo pensar en los guardas del Retiro. Pero aquí la pradera es sana, vigorosa y hospitalaria. Hoy la invade una muchedumbre: la hierba se aja, se tiende, mustia; el rocío de la mañana la rejuvenece. Mi amigo Van Rudder, «dokter in letteren en wetenschappen», de la católica Universidad de Lovaina, me ha visto esta tarde en meditación ante un solar, y se ha echado á reir cuando le he dicho: —Aquí cuidan ustedes mejor los solares abandonados que en Madrid. — Van Rudder ha hecho bien en reirse de la observación; pero este solar de Bruselas parecía un jardín; y yo estoy acostumbrado á jardines que parecen solares. Entre las piedras rotas han ido creciendo arbustos y flores. Sobre la miseria del cascote, los golletes de botella y las latas desfondadas que, indudablemente, hay allí dentro, la hierba, alta, tendió generoso perdón. Camille Lemonnier, el patriarca belga, tiene razón: «La tierra es aquí por todas partes la gran alquimia de la vida.»

Vuelvo al bosque de la Cambre y á la verde pradera invadida por el pueblo. La enorme cuenca que podría servir de campo de batalla muere á orillas de un lago, y á la otra orilla se alzan los mástiles, andamios, tramoyas y castillos de unos estupendos fuegos artificiales.

Van Rudder, que sueña en renovar el esfuerzo de «la joven Bélgica», me había dicho:

—Si usted quiere ver esos festejos populares, véalos. Pero permíteme que no le acompañe. Lo que usted ha de aprender, apréndalo sólo. Va usted á leer como en un libro abierto en el alma belga, amiga del ruido, de la carcajada, del apretón, de la cerveza y del pan con manteca, aficiones que le sorprenderán á usted tratándose de un alma. Nosotros reaccionamos contra esta pesadez nacional. En la Asociación de Escritores acabamos de protestar de la desconsideración del Gobierno hacia las letras. En la vida diaria no podemos protestar: la masa nos aplasta.

Acordándome de sus palabras celebré que Van Rudder me dejara á la entrada del bosque. ¿Quién iría tranquilo á un baile de máscaras con la sombra de Larra? — Y la sombra aparece siempre que clamen y protesten de su soledad los espíritus que marchan de avanzada en los pueblos atrasados ó inmóviles. El alma belga de que hablan con bastante monotonía todos los libros, todas las revistas, todos los periódicos que se publican ahora en Bélgica está contenta con ser como la tierra fértil y las nubes pródigas la han hecho. Y nunca está más contenta de sí misma que á la hora de fundar una Asociación, de salir en banda de música ó de sentarse á la mesa de un *estaminet*.

Había caído ya la noche. La muchedumbre hormigueaba en una semiobscuridad no disipada por

la luz naciente de la luna. Las luces de la otra orilla serpenteaban en el lago. Las primeras filas de espectadores, en pie, se apretaban disputándose los puestos. Los demás seguían sobre la blanda y amorosa hierba. Pandillas de muchachos con farolillos de colores iban de acá para allá, cometiendo indiscreciones acogidas con risas y algazara. Otro artista, desde la rama de un árbol, como un ruiseñor, silbaba el repertorio de canciones francesas, y el público le seguía. Pero muchos trajes oscuros, muchas blusas claras salían de la pradera é iban por todos los caminos del bosque á meterse en el *cabaret*, en el *estaminet*, en la *brasserie*. Al aire libre, sólo con un techo de guirnaldas y de faroles venecianos, los bancos del *estaminet* y las mesas hechas de largos tablones desbastados podían contener un número incalculable de bebedores. Enormes bocks, fuentes de huevos duros, de tortas y rebanadas de pan con manteca aparecían y desaparecían. En un mismo banco quince ó veinte campesinos y campesinas de Wallonia, de las Ardenas ó del país de Waes mostraban en Bruselas el vigor de las mandíbulas aldeanas. En otro alborotaba una banda que había dejado el estandarte y los instrumentos debajo de un árbol, y en un rincón, silenciosamente, una sólida familia flamenca esperaba, los chiquillos con el puño en la boca. El viento del bosque no tenía fuerza bastante para llevarse aquella atmósfera grasienta cargada de tabaco y de cerveza, de olor de humanidad pren-

ada, sudorosa, congestionada... En un *cabaret* salía al piano una *chanteuse* francesa ó un buen hombre cantaba, accionando otro por él, para que la farsa fuese más divertida. Y alguna vez la banda dejaba por un momento sus bocks, y llenaba la noche de formidables piporrazos.

Esto es lo que mi amigo Van Rudder quiso que viera yo solo, sabiendo que si en todas partes el pueblo tiene los mismos gustos sensuales, chavacanos, en ninguna se entrega tan por entero á las satisfacciones materiales de la vida ni muestra con impudor tan ingenuo, tan bonachón, tan regocijado, su sensualidad.— Pero suena un estampido fragoroso que viene de las nubes. Los fuegos comienzan, la gente corre, se aprieta, se atropella y colma de nuevo la pradera. Un chasquido continuo, como el de un cráter que se abre, un discurso de pólvora, punteado de dinamita, explosiones, truenos y rayos... ¿No sabemos que son los festejos de Bruselas? El bosque de la Cambre es más grande que el «bois de Boulogne», las avenidas más espaciales, los árboles más altos, la muchedumbre más compacta; los fuegos son también más ruidosos que en París y que en parte alguna. Los sesenta ú ochenta mil belgas que han ido á la pradera saben cuánto se ha gastado en esos castillos detonantes, en esas bombas que estallan en luces rojas sobre su cabeza, y están satisfechos de que les diviertan espléndidamente. ¡Ven aquí, pobre Van Rudder, trae tu protesta del olvido de las le-

tras! ¡Verás el caso que hacen estas muchachas de carne blanca y sana, ataviadas con grandes sombreros parisienses que van muy bien á sus cabezas flamencas! Y cuando todo acaba y una ola que ríe se amontona y se confunde en la sombra de una orgía final digna de desfilarse al compás de los violines de Teniers, piensa otra vez en el alma belga, y explícate por qué poder de independencia y de reacción en el seno de este pueblo enamorado del fausto carnal han brotado los sueños de los artistas más atormentados, Rodenbach, Verhaeren, Maeterlinck, y ha ido á buscar en el «País Negro» la belleza del sufrimiento el gran escultor de los humildes: Constantino Meunier.

CONSTANTINO MEUNIER

No hace mucho tiempo, el 4 de Abril de 1905, murió en Ixelles, junto á Bruselas, el escultor Constantino Meunier. Era un hombre de sesenta y cuatro años, agobiado por penas íntimas, enfermo, retraído, de gustos tan sencillos, que siempre pidió que le dejaran vivir y acabar en su rincón. Y era un artista tan poderoso que, sin salir de la región minera del Hainaut, la más pobre de Bélgica, acertó á dar el símbolo del esfuerzo humano en nuestro siglo. Hizo un poema épico en bronce y en barro para cantar el tormento universal de los que viven agobiados por el trabajo. Por eso su nombre debe ser popular, y yo querría que al hablar de

Meunier esta pluma fuera tan severa y tan firme como su cincel. Grandes palabras, frases sonoras serían inoportunas. Un sentimiento hondo de admiración y de amor hacia el artista manda propagar su gloria en conceptos sinceros que lleguen llanamente al corazón del pueblo.

Bruselas ha organizado en las fiestas de la Independencia una Exposición retrospectiva del Arte belga desde 1830. No hay plétora de cuadros. Están bien elegidos y bien instalados. Henry Leys, De Braeckeler, Stevens y Felicien Rops tienen cada uno su sala aparte. Leys es el maestro de Amberes que pintó los tiempos de Felipe *el Hermoso*, de Margarita de Borgoña y del burgomaestre Van Ursele con un sabor de época tan ingenuo y tan sabio, que sólo puede compararse á la resurrección literaria de la *Leyenda de Ulenspiegel*, escrita en prosa francesa por el poeta flamenco Carlos de Coster. Braeckeler, educado por Leys en el gusto de lo arcaico, pintó interiores de salas venerables donde dormita, bajo el báculo de una santa imagen, un síndico cervecero: ventanas abiertas en un fondo de oscuros tapices sobre un patio ó una plaza que alumbra la saludable claridad del sol. Con el pincel de De Braeckeler un soplo de aire vital va á rejuvenecer el carmesí de las colgaduras, el oro viejo de los retablos. Alfredo Stevens poetizó deliciosamente la mujer esfinge, tal como la vió la generación de Alejandro Dumas y de Teófilo Gautier. Felicien Rops, diabólico, simbolista, compa-

ñero de Baudelaire y de Barbey d'Aurevilly, dió su filosofía del vicio en cuadros y aguas fuertes amargos como el ajeno, dislocados, incoherentes, alguna vez viciosos, á pesar de la filosofía, como engendrados en París para paladares hechos á todas las mostazas.

Cerca de estos maestros, por los que Bélgica la moderna entra en la historia del arte universal; cerca de Verwee, el pintor de la sólida naturaleza brabantina, están otros ciento estimables y meritorios. Todos, grandes y pequeños, se apagan al llegar á Meunier. Imposible ordenar notas y recuerdos para reproducir sucesivamente las impresiones. Las estatuillas, los estudios, el grandioso y simplicísimo monumento al Trabajo, son obras de un arte demasiado alto para que junto á ellas perdure el efecto de otro arte más accesible y más vulgar y cotidiano.

Al salir del palacio del Cincuentenario, donde está instalada la Exposición, pasada la puerta de escayola, único ornato del frente provisional, unas imágenes vigorosas acompañan nuestros pasos. Algunas son arrogantes, impasibles, como *el Forjador, el Herrero, el Sembrador, la Maternidad*; otras serán nuestras compañeras en las horas de melancolía.—Las últimas casas de Bruselas entran por la campiña. Hay una luz plácida bajo las nubes, una luz sosegada é igualitaria, sin deslumbramientos y sin sombras, y esa luz de la tarde cae sobre una tierra húmeda y olorosa, sobre unas ala-

medas de hoja fresca, sobre unas casas recogidas, apacibles y una ciudad que eleva sus cien torres y sus mil chimeneas en un ambiente de felicidad. Las cosas se ven fáciles y el mundo parece generoso, ante tantos caminos abiertos con tanto esmero, y si alguna tristeza puede engendrarse allí es la tristeza de la monotonía. Pero las imágenes mudas que acabamos de ver no se quedan á reposar en nuestra memoria como una impresión de arte común. Salen con nosotros y pasan por los caminos: llevan la azada, el pico del minero al hombro, el delantal de cuero del forjador, la blusa suelta y el calzón masculino de la *hiercheuse*. A pocos minutos de Bruselas están sus moradas. Están también dentro de la misma ciudad, y aun dentro de nuestro corazón, porque esas imágenes doloridas representan nuestra propia fatiga ante la inapelable condena.

Constantino Meunier, hombre ya maduro, fué en 1879 á las fábricas y á las minas de carbón de Lieja. Camilo Lemonnier le llevó al Hainaut para que ilustrara un capítulo de su *Bélgica*, la obra más interesante y la más lírica que ha podido escribir el patriotismo belga. Iba como un pintor de talento que podía dar relieve á las calurosas descripciones. De este viaje salieron sus primeras esculturas, y luego todo un pueblo animado por un espíritu genial, hermano de la naturaleza creadora. Lo que Meunier vió en las minas no armonizaba con la visión algo convencional del pa-

triarca de las letras belgas que iba á cantar su patria como Zorrilla cantó luego la nuestra. Sin predecesores, sin maestros, Meunier entró á los cincuenta años por un camino firme que le llevaba á la celebridad. Había descubierto la norma de belleza que no radica en la corrección de las líneas ni en la hermosura del semblante. Obreros de las minas de facciones duras, de cráneos pequeños y orejas altas; marcada enérgicamente la mandíbula inferior, por la contracción del esfuerzo; las cejas fruncidas, la mirada huraña, tenaz, hacia dentro; el cuello poderoso, saliendo en línea recta del occipucio; los brazos largos, nervudos, y los omoplatos marcados exageradamente. Anatomía de trabajador; expresión de hombre inculto, cuyos instintos están domados por la idea primordial del trabajo que da el pan. Llegar á la divinidad, á la suprema belleza, con estas formas de una humanidad inferior; reducir por procedimientos simples y sintéticos lo que hay de digno, de persistente, de inmortal en el movimiento del sembrador, en el esfuerzo del minero: esta es la obra de Meunier. En la época de los hábiles, de los sabios y de los refinados, Rodin y él encontraron formas rudas, primitivas, inéditas de la belleza.

El palacio de Bellas Artes de Bruselas guardará el monumento al Trabajo de Meunier, los cuatro bajorrelieves: *la Industria, la Mina, la Siega, el Puerto*; las cuatro estatuas en bronce: *el Sembrador, el Herrero, el Minero y el Antepasado* y el

grupo de *la Maternidad*. Cuando Meunier pintaba santos para los impresores de pañuelos buscando en vano la fórmula de su ideal; cuando fué á España enviado por el Gobierno belga á copiar un cuadro de Kempeniers y anduvo errante por Sevilla entre bailaoras y cigarreras; cuando logró al fin encerrarse en su taller de Lovaina, en un anfiteatro de disección y trabajar para su gloria, quizá soñó alguna vez con que su nombre sería la mayor honra de su patria. Yo sólo sé que acaso puedan borrar los años el recuerdo del escalofrío que corrió como un latigazo de hielo por mi espalda al descender por primera vez en la cubeta de una mina; acaso olvide el ahogo, la opresión que sentí al verme enterrado en vida en una veta de la tierra respirando con pena y viendo una procesión de fantasmas blancos desfilan de galería en galería. Lo que no olvidaré nunca es el dominio que tomaron majestuosamente sobre mi espíritu las imágenes de Meunier y la fecunda lección que recibo ante estos bronce, más vivos y más reales que la propia realidad, obra de un genio que, donde los otros no ven sino dolor y angustia, sabe encontrar el brío y la grandeza de las epopeyas.

LA LEYENDA DE ULENSPIEGEL

Sin orgullo, sin molesta vanidad patriótica, proclamemos aquella condición esencial de nuestra raza que la hace inolvidable dondequiera que

ponga una vez el pie. Hay pueblos dignos y suaves de trato como hay amantes respetuosos y pródigos que no consiguen ni odio ni amor. A esta blandura en el afecto España ha preferido siempre dejar tras de su paso la «amarga memoria» de don Juan Tenorio. Así se formó nuestra leyenda. Inútil todo propósito de enmienda; inútil todo acto de contrición; hasta las aventuras más abnegadas y los sueños más austeros se hunden en la cuenta general de oprobios, crueldades y negras acciones. Don Quijote, que no manchó nunca de humana sangre su lanza hidalga y loca, no puede simbolizar á España. Nuestra leyenda ha hecho que los de fuera se acostumbren á otras figuras simbólicas, entre D. Juan y Torquemada, entre Pizarro y Felipe II. Todavía hoy, en los llanos pacíficos de Flandes, los niños de las escuelas han aprendido tantas y tan horribles cosas, que miran con receloso temor al extranjero si le oyen decir:—Soy español.—Y allí es donde las madres no hablan del coco á los niños malos, sino que les dicen: «¡Que viene el Duque de Alba!»

La exaltación de un defecto español, es decir, la leyenda sanguinaria é intransigente, se ha conservado en Europa, más que por ningún otro episodio de nuestra historia, por el recuerdo de las guerras de Flandes. Quizá parezca temerario afirmar que en el juicio sobre la campaña del General Weyler en Cuba influía el precedente del Duque de Alba en los Países Bajos. Ni nuestra vieja tradi-

ción, díscola y temeraria, ni las guerras seculares de reconquista, ni siquiera la epopeya de América, han contribuído tanto á formar el concepto de nuestro espíritu nacional como aquella obstinada permanencia de las armas españolas en la tierra flamenca. Caía la mano dura en una carne muy sensible y muy sensual. Un guerrero vestido de todas armas, hecho á la inclemencia del suelo y del cielo, pobre y osado, entraba en un país de gentes prósperas. Cada movimiento suyo era rígido y esquinado. Sólo el contacto debía causar dolorosas heridas á aquellos honrados burgomaestres, que sufrían con la simple perturbación de una costumbre. El hierro y el fuego habían de dejar allí forzosamente huellas indelebles.

Hay en la gran biblioteca de Bruselas una rotonda abrigada é íntima, donde empleados y lectores son amigos que pasan unas cuantas horas bajo el mismo techo, y eso les basta para trabar discreta familiaridad. Muchos jóvenes de melena rubia, luchando por reproducir el tipo estudiantil del barrio Latino ó de Montmartre—¡la obsesión de París!—se instalan á sus anchas entre montones de libros. Pero ese sombrero de alas casquivanas, esa corbata desbordante, esos calzones demasiado amplios, requieren caras pálidas y ojos febriles y maliciosos. El estudiante y el artista belga anuncian un porvenir de mejillas arreboladas, de anchas espaldas y de base carnosas. El traje nada importa. La tierra les salva, contra su propia volun-

ta, de todos sus decadentismos de imitación. Hay allí también muchas jóvenes embebidas horas y horas en el mismo libro, quizá en la misma página. ¿Tienen amores? El libro es, probablemente, un tratado de patología ó de química orgánica. Si levantan los ojos, las muchachas descubren un orgullo de clase que las hace singularmente simpáticas.

Una de ellas fué la que dejó entre sus graves libros de filosofía tomista un volumen no muy abultado contando la «Leyenda y aventuras heroicas, gloriosas y regocijadas de Ulenspiegel y de Lamme Goedzak en el país de Flandes y en otras partes.» Ese libro da idea de lo que persiste en tierra flamenca de nuestra leyenda y, sobre todo, de la leyenda de Felipe II.

La leyenda de Ulenspiegel es la única resurrección literaria que en la nueva nacionalidad belga trataba de encontrarse con las viejas raíces del espíritu popular. Escrita en francés, y en el francés moderno de los contemporáneos de Víctor Hugo, no tiene la rudeza ni la ingenuidad de las flores silvestres. Pero Carlos de Coster era un alma cándida que escribía lleno de sincera emoción. Por él habló el buen pueblo de Flandes, lamentándose todavía de las hondas heridas que le causaran los tiranos españoles.

Coster creó la figura de Ulenspiegel, doctor en alegres picardías, pero buen corazón, como su padre Klaes, el carbonero, que fué siempre hombre

capaz de ganarse el pan amable y honradamente. Nacen el mismo día bajo la misma estrella el hijo de Klaes y el hijo de Carlos V, emperador. Y una vieja hechicera predice su porvenir:—«Ulenspiegel, siempre joven, no morirá nunca, y correrá por el mundo sin fijarse en un lugar. Y será artífice, constructor, pintor, todo junto. Irá por la vida ensalzando las cosas bellas y buenas y burlándose de los tontos á rienda suelta. Klaes es tu valor, noble pueblo de Flandes, Ulenspiegel es tu espíritu; una niña gentil compañera suya y como él inmortal será tu corazón, y una muchacha rolliza y reidora será tu estómago. Y arriba se alzarán los devoradores de pueblos, abajo las víctimas; arriba las águilas ladronas, abajo las abejas laboriosas, y en el cielo sangrarán las heridas de Cristo...» Con amor de patriota Coster trazó la más noble y simpática figura junto á la más abominable.

—¿Piensas pasarte la vida encerrado como un curial? El silencio es bueno para manchar de tinta los pergaminos. A ti, hijo del rayo, te hace falta sangre viva. ¿Por qué te persignas?—Es 'el Emperador que habla con el Príncipe D. Felipe. Y el Príncipe contesta:—Padre y señor ¡el Angelus!—Otra vez Carlos V, de vuelta de la guerra, busca á su hijo por las estancias de palacio. Le hallan en lo más lóbrego. Ha clavado en tierra un poste y ha atado á él con una cadena un mono traído de las Indias para que le entretuviera con sus graciosos

guiños. Junto al poste ha amontonado sarmientos secos y ha prendido fuego. Las brasas humean, la mazmorra se llena de un olor infecto; el animalito, retorcido y martirizado, tiene lágrimas en sus párpados casi humanos. El ayo-arzobispo detiene el impulso de ira del Emperador, diciéndole:—Su Alteza será un día gran quemador de herejes.

Entre sequedades de espíritu vive y muere en el poema de Ulenspiegel el poderoso Rey de España, mientras el espíritu de Flandes permanece inundado de eterna bondad. Pero su bondad no llega á perdonarle, y Ulenspiegel es el primero en forjarnos nuestra negra leyenda. Del corazón de Europa ha traspasado al mundo entero, y será difícil que nos libremos de ella.

LA BÉLGICA CLERICAL

De Bruselas á Lieja, caminando por el antiguo principado episcopal, sube al tren un sacerdote católico que se sienta frente á mí y me escudriña con unos ojos confiados y penetrantes. El gesto, la mirada, el desembarazo y la autoridad familiar de sus maneras me recuerdan de pronto á un capellán de Tudela que viajó conmigo no hace muchos meses por tierra de Navarra. Quizás este buen padre belga no sea cazador como aquél. Sin embargo, es abierto y expansivo y habla también más de lo humano que de lo divino. El comienza el diálogo y adivina mi nacionalidad y pondera la hermosura de los paisa-

jes. De sus labios oigo aquí por primera vez el gran argumento:

—Este pueblo tan próspero está gobernado *hace veinte años* por un partido católico, clerical.

Es al anochecer. El suelo cambia de una estación á otra. Entre la niebla del crepúsculo aparece ahora la línea amarillenta de un canal surcado por escuadrillas de barcas abarrotadas. Luego una llanura bordada de verde, una aldea de esas casas bajas grises, de altos techos, tan solitarias, tan melancólicas cuando llega la noche, ó una ciudad que tiene á lo largo de la vía una vanguardia de señales verdes y rojas como un puente de esmeraldas y rubíes, y que al recibirnos nos ciega con el esplendor de los focos eléctricos. Y en la región más industrial del Mosa, al lado de los Altos Hornos llameantes, de los conos carboneros, las fábricas con hileras de ventanas encendidas y de chimeneas coronadas de humo rojo, mi compañero de viaje me muestra las torres de Santa Cruz, de San Bartolomé, de San Huberto.

Una nube de reflexiones sanchopancescas viene á velar la claridad de mi ideal político. ¡Permítase á un liberal español este momento de debilidad!—Aquí no hay hambre, no hay miseria. El obrero lucha por sus derechos, no por su vida, que está ya asegurada. Una república de industriosas abejas tiene tiempo de labrar en el panal la miel, de comérsela y de engordar con ella. ¿Qué daño le han hecho á este pueblo veinte años de clericalismo?

Frente á la honrada satisfacción del sacerdote belga puse estas palabras de Mæterlinck: «No pienso tomar parte alguna en las fiestas de una independencia que hoy nos aflige con el Gobierno más retrógrado, más enemigo de las ideas de justicia y de libertad que subsiste en Europa, si exceptuamos Rusia y Turquía. Muchos belgas aguardamos que las cosas cambien y esperamos gozar un día la verdadera independencia de nuestro país.» Mæterlinck no es sólo un poeta. Ha vivido muchos años á la orilla del canal de Ostacker viéndolas trabajar á sus abejas y aprendiendo la alta filosofía de la vida práctica en esa escuela de socialismo trágico que se llama la colmena. Cuando se estableció en París no le llevaba sólo el deseo de gloria literaria. Una tristeza de todos los días, de todos los momentos, al verse en un medio vulgar y estrecho, le alejó de Bélgica. Cuando sin ser díscolo, ni despechado, ni rebelde, su odio al poder arbitrario le hace hasta renegar de la independencia: ¡imagínese si habrá razón para creer que la felicidad de un pueblo se reduce al bienestar material! Como él han emigrado de Bélgica á París muchos hombres de valer. Otros se contentan con ejercitar una forma del patriotismo tan dolorosa como ineficaz: la crítica. Otros luchan sin descanso.

¡Oradores y propagandistas de un partido católico español, no invoquéis el ejemplo de la prosperidad de Bélgica! En los tiempos de la leyenda de

Ulenspiegel, cuando el hijo de Klaes el carbonero, desterrado de su ciudad, iba por los caminos vestido de juglar; cuando la madre Soetkin moría abrasada por hereje y ardían en la misma hoguera los ciudadanos de Flandes y los libros de Martín Lutero, de Juan Huss, de Zuinglio, de Melanchton y de Juan de Pomerania, reprobados y condenados por la facultad de teólogos de Lovaina; cuando Carlos V derribaba las murallas de Gante y el Rey D. Felipe II concedía á los delatores la mitad de los bienes de las víctimas; cuando la tierra se llenaba de lágrimas y en el cielo sangraban las heridas del Crucificado, el Brabante, Flandes y la Wallonia eran ricos y prósperos. Ulenspiegel, el espíritu de Flandes, que no morirá nunca, doctor en alegres picardías, era como su padre, trabajador y honrado, vivía según conciencia y ley; los síndicos de las corporaciones, después de acudir al sostenimiento de las tropas, guardaban en sus arcas oro y fardos en sus almacenes; del puerto de Amberes salían diariamente muchas naves para todos los mares conocidos: las nubes regaban amorosamente un suelo llano, nada ingrato. Gabelas, exacciones, saqueos, todo era poco para agotar una riqueza natural que depende de la situación geográfica, del clima y de la dulzura y sociabilidad de sus habitantes. ¿Pueden conseguir los Gobiernos clericales que Bélgica deje de estar situada en el corazón de Europa, en el camino de Francia, de Inglaterra y de Alemania? ¿La pueden

quitar sus campos y sus minas? ¿Pueden cambiar el temperamento de los súbditos de manera que donde haya cuatro belgas juntos dejen de estar acordes para emprender algún negocio práctico?

Lo que pueden hacer lo han hecho: organizár la enseñanza de tal forma que quede á merced del clero; crear una juventud tímida y mojigata; alejar todo los espíritus amplios y liberales; sacrificar media nación para tranquilidad de conciencia de la otra media; rebajar el nivel intelectual del pueblo para seguir teniendo una mayoría manejable; perseguir á los escritores que hablan claro y libremente. Ahora mismo, en la Exposición de Lieja, una estatua de Jef Lambeaux, el *Fauno mordido*, premiada en París y en San Luis, ha sido devuelta á su autor por pornográfica. En el libro oficial que resume la cultura de Bélgica desde 1830 á 1905 no han recogido un solo nombre de los que hoy honran las letras belgas. Y esto se traduce en la vida interior de un pueblo en un estado de aplanamiento que conocieron nuestros abuelos, los españoles de 1850. El progreso de la industria, el bienestar material, no es obra del Gobierno. Bélgica es Bélgica á pesar del clericalismo. España tendría todas sus miserias de hoy y además la miseria clerical.

—Las últimas elecciones — me dijo antes de entrar en Lieja el sacerdote belga — arrinconaron á los liberales. Los socialistas ganaron todos sus puestos; los católicos tuvieron una mayoría considerable. Durante cuatro años no ha habido libera-

les. Ahora parece que se disponen á luchar. Yo conozco muy bien Gante, Charleroi y Lovaina. ¡Acuérdese usted de lo que le digo! Si se empeñan en salir, ¡habrá sangre!

Los focos eléctricos de la estación; la esbelta bóveda de hierro pintada de azul; los pasos subterráneos para facilitar el acceso á las vías; los limpios trenes y las poderosas máquinas, todo eso significa poco. Era el capellán de Tudela el que entraba conmigo en la antigua ciudad episcopal.

LA BÉLGICA SOCIALISTA

Los museos, las exposiciones, los cinematógrafos, es decir, los sitios en que se ofrece al espectador imágenes de vida compendiada, producen siempre el mismo efecto de fatiga y de hastío. Salimos de la linda feria de Lieja—donde todo es lindo, hasta las formidables máquinas que parecen hechas para juguete de gigantes—y respiramos con satisfacción al entrar en lo que no se exhibe, lo permanente, la ciudad de siempre, con sus calles de todos los días.

Mirando al río, á lo largo del Mosa, hay una hilera de casitas limpias, de frescos colores; los techos altos, las ventanas coquetas, las puertas estrechas y elevadas, con tres ó cuatro escalones de piedra que las dan cierto aspecto de dignidad y de recogimiento. Una niña vestida de blanco y rosa, toda flamante y recién planchada, es la única

figura de este paisaje, lleno de sosegada felicidad. ¿Quién había de imaginar que nos aguarda? Se ha empinado sobre la punta de los zapatos nuevos para alcanzar al llamador de la campanilla, y, como es tan menudita, no llega.—¿Quiere usted llamar por mí, *s'il vous plaît*? — nos dice valerosamente, con las mejillas arrebatadas. Luego, roja como la grana, nos da las gracias con los ojos, y este pequeño servicio nos conmueve plácidamente como si con él estableciéramos una solidaridad afectiva entre nosotros, extranjeros, y la histórica ciudad.—Es fiesta: una de las infinitas fiestas del estío. Al otro lado del Mosa pasan con estruendo dos, cuatro, diez, no sé cuántas bandas, músicas, charangas y orquestas vecinales. El hermoso Palacio de Justicia está sitiado por los viajeros de una agencia y para huir del turista — animal extraño encargado de ver si el mundo sigue de acuerdo con su guía—huímos á un rincón de Lieja, á las gradas de Bueren.

La escalinata está invadida por mujeres y chiquillos chillones como vencejos. Pero ni la curiosa cuesta, algo más curiosa que la Cuesta de los Ciegos, ni las antiguas casas de tejado sin saliente y de lustroso zócalo, ni las fábricas de nueva planta llaman la atención tanto como un muro cubierto de carteles y un edificio modesto, de donde salen grupos de obreros vestidos con el traje de los domingos. Los carteles anuncian *meetings*, conferencias, convocatorias para reuniones en la Casa del Pue-

blo ó en los locales de las agrupaciones. Entre los anuncios rojos, un cartel católico, de fecha remota, sucio y desteñido, expone las ventajas de la ley de retiros obreros, y en grandes números vulgariza la pensión anual de 65 francos que el Estado concede á los viejos y á los inválidos.

Y la reunión, republicanos madrileños, ¿sabéis de qué índole es? Pues es una reunión de propaganda electoral. *Los socialistas belgas preparan las elecciones con un año de antelación.*

Si en alguna parte del mundo puede ser una verdad el sistema electivo, es en Bélgica. En Septiembre, socialistas y católicos repasan el censo, envían circulares, visitan á sus correligionarios, advierten supresiones ó errores, exponen el programa, publican los discursos de sus campeones para que en Mayo nadie deba ser sorprendido. En las gradas de Bueren recuerdo los soportales de la Plaza Mayor, y pienso que entre el muñidor madrileño y el muñidor bruselés ó liejense hay la misma diferencia que entre el arriero de la recua y el maquinista del expreso. ¿Por qué se indigna en España el partido que ve sus actas escamoteadas, si hace las elecciones á la buena de Dios? Siento tentaciones de ilustrar á estos honrados trabajadores que, según me dicen, son casi todos de la fábrica de armas, con un ejemplo que quizá ellos ignoren; pero ¿y si no me creen? Tendrían que ver con sus propios ojos las cuadrillas volantes, los muertos resucitados, los electores sin voto, los trueques de papeletas, los re-

lojes incongruentes. Ellos no saben que si es ya una leyenda el asalto de la diligencia en el camino real, en cambio el acta robada es un capítulo de historia contemporánea que no puede cerrarse todavía.

Esta región de Lieja, como la del Hainaut, está habitada por obreros que tienen las líneas rígidas, duras, atormentadas, con que los esculpió Constantino Meunier y un cerebro todavía más rígido y más duro. Para que las ideas de solidaridad, de agremiación, de mutualidad lleguen hasta ellos, ha hecho falta una propaganda insistente y machacona. Lemonier los descubre incultos, salvajes, sin ninguna noción de cortesía y de buena crianza; con una imprevisión inverosímil; desconociendo el ahorro, viviendo al día, sin cuidarse del mañana, aumentando sus deudas; gastando su dinero, sin contarle, en francachelas, en apuestas y en juegos. El pozo, la mina, la tragedia oscura, pesa sobre su pobre porvenir. Para nosotros, la tierra negra es una visión del Dante; un infierno fosco y traicionero, donde se consumen anualmente millares de vidas. Abajo, hombres sudorosos con el torso desnudo y un casquete como el del mitológico Hermes sobre la cabeza. La lámpara al pie, el brazo tendido, el pico en la roca, que retumba sordamente. En la galería el melancólico caballo de las minas. Arriba un puente de maderos sobre la vía, y por la vía y por el puente trenes de vagone-tas. A uno y otro lado la tierra negra. Torrecillas

con sus cabrestantes, altas chimeneas de donde fluye un humo denso, compacto, humo líquido que inunda el cielo. Cerca de las minas, pobres aldeas de casitas bajas, á cuya puerta una obrera vestida de hombre da el pecho á un niño de carnes blancas, que irán á la tierra negra también.— Pero la propaganda política no se contenta con ver en esos cuadros un motivo de vaga reflexión sentimental. En los barrios mineros, muchas humildes casucas ostentan sus carteles convocando á reuniones electorales. A la boca de los pozos van á buscarlos católicos y socialistas, porque en esos hombres que trabajan y viven de padres á hijos una vida trágica y anormal, los políticos no ven más que votos. Lentamente, el minero va adquiriendo conciencia de su valer y aprendiendo á rechazar lo que hay de interesado en las dos propagandas.

De labios de Pablo Iglesias hemos oído cien veces la clara é inconfundible distinción entre socialismo y societarismo. Los católicos belgas supieron distinguir también desde los tiempos liberales de Frère-Orban é hicieron propaganda societaria por su cuenta, tiñendo sus programas con el tinte rojo de las reivindicaciones obreras. Pero ante los carteles de las gradas de Bueren surge una idea más clara y más firme que esa distinción: ¿Habrían pensado los católicos en apoyar las reclamaciones obreras, en legislar sobre el trabajo, las cajas de retiro y de ahorro, si no existiera formalmente organizado el partido socialista? Y si este

partido llegara á desaparecer, ¿no desaparecería también todo el apoyo concedido oficialmente á las clases obreras? Socialismo y societarismo marchan en Bélgica simultáneamente, paralelamente. Si los socialistas se obstinaran en no hacer política activa, si no disputaran el terreno en las Cámaras á liberales y católicos, si no prepararan las elecciones ni trataran de conquistar á los obreros del campo, ¿para qué servirían? En Bélgica han constituido asociaciones poderosas, representadas en todas las circunscripciones por organizaciones permanentes, hábiles, experimentadas. Son la defensa, el escudo de la organización societaria. Los nombres de los jefes, Vandervelde entre ellos, valen poco, al lado de la voluntad que los inspira.

DESDE UNA LIBRERÍA

¿Por qué no nací yo librero y en Bruselas, cerca de la plaza del Petit Sablon, en una de estas costanillas poco transitadas, cuyo pavimento con el agua de otoño parece de guijos de cristal? Por la mañana vendrían á comprarme *L'Independence* y el *Petit Bleu* los niños de la vecindad, alargándome su monedita de níquel por encima de mis periódicos, metódicamente clasificados. Por la tarde, al llegar el correo de París, todos mis parroquianos acudirían en busca del *Matin*, del *Journal*. Tranquilo en mi reino, forjaría pacíficas revoluciones, despacharía con amor á toda mi clientela, á

las muchachas que vienen por *La Vie Hereuse* y por *Fœmina* á las señoras que piden novelas de Bourget ó de Gip. Y cuando llegara á mi tienda algún extranjero—latino, español, madrileño—le vería flaco de inquietud, que es el mal de la Patria, y le diría:—Yo no necesito moverme de aquí para ir en busca de la felicidad.

Pero el librero de la Costanilla habla de otro modo:

—Ustedes, los viajeros, pueden decir que viven de verdad. No están metidos siempre, como un topo en un rincón.

Madame no puede oírle porque la niña mayor está sentada al piano en la trastienda, y sus estudios inundan de melancolía toda la casa. La pequeña tiene sobre las rodillas un libro de estampas más grande que ella, y cada vez que se yergue para volver las láminas nos clava los ojos. Por la costanilla no pasan nunca carruajes, y sólo algún carricoche, arrastrado por su pareja de perritos aulladores, viene á perturbar la paz del barrio.

—¿Es posible que no le encante á usted este silencio? Á mí me enamora la tienda, y ese piano que suena con una sordina discretísima me parece que ensalza los placeres de la vida tranquila.

—Señor: la tienda es clara y nos deja para vivir holgadamente. *Madame* es joven todavía. Las niñas están educadas sin reparar en gastos... Pero yo estuve hace veinte años en París completando mis estudios, y cada vez que abro el paquete de los

periódicos ó desclavo un cajón de novedades editoriales me acuerdo de París y me pongo de mal humor. Aquí tenemos teatros como los de París; aquí damos los mejores conciertos del mundo... Los domingos vamos todos á un restaurant excelente, tan excelente como los de París. Si aparece un artista maravilloso, ó si inventan un plato nuevo, los franceses nos lo mandan en seguida.

— ¿Y las mujeres?

— Las mujeres hermosas nos las mandan también, y nosotros las recibimos aquí á todo coste. Parece que no debíamos carecer de nada, y, en realidad, yo no sé lo que nos falta. Sin embargo, estoy seguro de que nos falta algo. Esa misma invasión de las cosas de Francia, las actrices, las modas, los periódicos, las canciones y los libros, nos reduce á la condición de provincianos. Somos una provincia más del Este de Francia, y yo, como librero, pago mi contribución al autor francés y al editor francés.

Ya mi amigo Van Rudder había exhalado delante de mí las mismas quejas, con mayor amargura, porque no están en el mismo caso un joven escritor que no puede publicar sus libros y un librero que vive de los libros ajenos. Van Rudder se resiste á creer que tiene por patria una nación circunstancial: —«¡Atreveos, sire—le decía Proudhon al Napoleón chico—, atreveos, y el Rhin, el Luxemburgo, la Bélgica, toda esta *Francia teutónica* será nuestra!» Pero Proudhon era un hombre terrible, aficionado

á decir cosas desagradables, y Bélgica no es una Francia teutónica, ó, por lo menos, no quiere serlo.

La comunidad de lengua acaso haga que no haya nunca verdadera literatura belga, puesto que uno tras otro han ido emigrando á París todos los grandes escritores, desde Lemonnier á Verhaeren, Rodenbach y Meterlinck. Pero como Bélgica es un campo de experiencias, esto servirá para demostrarnos que puede haber una sólida nacionalidad sin literatura nacional. Cierto que el arte emigra también en busca de mayor libertad, sintiendo la atracción invencible de París, y se da el caso de más de un pintor nacido en Bélgica y parisianizado hasta la medula, como Felicien Rops. Pero el arte va siendo cada día más universal.

Cortando estas divagaciones el librero tiene algo que enseñarme misteriosamente, algo que saca de una magnífica carpeta de *maroquín*. Son láminas, agua-fuertes del propio Rops, unas de su primera época, cuando se dejaba arrastrar por un donjuanismo diabólico que trascendía un poco al sospechoso aroma de la *maison Tellier*; otras de la época de sus «Satánicas», más profundas y más sanas dentro de su afectada perversidad. Allí estaba *la plus belle fissure du monde*, junto á «La nodriza de los satirillos» y la terrible «Bebedora de ajeno». El librero mostraba aquellas joyas con tanto cariño como si fuesen reliquias familiares, y yo imaginé que, en efecto, aquellas láminas servían para

recordarle su juventud y el tiempo que vivió en París completando sus estudios.

De pronto suenan en la calle vecina las trompetas de una charanga. Se agolpa la gente. Salen las niñas y *madame* y el librero. Y yo salgo también para ver desfilar una extraña retreta, en la que los soldados con sus gorras de pelo ó sus chambergos á la italiana, van abrazados á sus faroles y llevando el compás en paso de danza. Esto basta para regocijarnos á todos, y el librero vuelve á su casa llevando á las dos niñas delante y á *madame* agarrada de la cintura.

Septiembre de 1905.



DEL ESPÍRITU FRANCÉS

Á D. JOSÉ ORTEGA MUNILLA, SIN CUYA
PROTECCIÓN CORDIAL ESTAS PÁGINAS
NO HUBIERAN SIDO ESCRITAS.

LA ADMINISTRACIÓN DEL TALENTO

— ¿Para qué sirvo? — se pregunta todo francés, normal é inteligente, al llegar á los veinte años—. ¿Dónde está mi fuerte? ¿Qué cualidades puedo explotar? — Y si sus aptitudes le llevan al campo de las letras, ¿qué lecturas, qué pensamientos, qué fantasías debo cultivar? Las grandes figuras del espíritu francés — Taine y Renán, France y Zola—, supieron siempre cuál era su saber, su valer y su poder. Aun los entendimientos de segundo orden, como Verne, entretenido narrador de fábulas pseudo-científicas, van derechos á su objeto y no pierden la vida en tanteos.

Ahí está una diferencia radical entre el genio galo y nuestro genio, ahora más que nunca debilitado por la improvisación, la dilapidación y el desconocimiento de la propia fuerza. Ellos saben muy bien adónde van, y esto les aumenta el ánimo para llegar. Nosotros vacilamos, soñamos, producimos á saltos, unas veces en delirio, otras veces en fa-

tiga. Administramos mal. — Hace ya muchos años «el capitán Hatteras» y «el capitán Nemo», dotados de una deliciosa é invencible voluntad folletinesca, despertaron en mí la admiración y estimularon mi afán por las aventuras imprevistas y maravillosas. También yo me he embarcado en una lancha de seis remos para ir á colonizar el África austral, y sé el valor que tienen leídas en aquella edad infantil las palabras «pólvora», «salvajes», «trineos», «pemmican»... Ahora, cansado de saber que sin ir en busca del capitán Grant tropezaré con aventuras, trances y quebrantos, lo que admiro, sobre todo, es la voluntad de Verne y envidia ese rasgo característico del espíritu francés que consiste en disponer del talento como de las tierras sembraderas para que rinda el producto más adecuado, el mejor fruto y el mayor beneficio.

El talento, como el suelo español, tiene enormes desigualdades, sierras abruptas, llanos estériles, mucha más peña viva que tierra de labranza y algún oasis. El francés nace en una vasta planicie de tierra magra y blanda, bien guarnecida de bosques y de verdes montañas. Basta atravesar toda Francia de Norte á Sur, ver la lejanía de los apacibles horizontes, la serenidad de los paisajes, tendidos siempre en amplísimas perspectivas, para comprender que la naturaleza la favorece. Invierno, primavera y otoño hay que vivir en plena lluvia; unas veces lluvia menuda que cae, interminablemente, del cielo gris, días y días; otras veces

lluvia torrencial que, como en el famoso cuadro de Millet, acaba en una irrupción regocijada del sol; pocas la lluvia tempestuosa y asoladora de nuestros valles. El francés cuenta con la tierra y con las nubes. Tiene confianza en que no se perderá ni la semilla ni el trabajo. De padres á hijos sabe que los grandes ríos no pasan á orillas de su campo para castigarlo, sino para favorecerlo. Todo esfuerzo es remunerado en un país que no tiene que contar, ante todo, con la catástrofe, como este trágico país nuestro.

— ¿Para qué sirvo? ¿Cuáles son mis facultades? ¿Hasta dónde puedo llegar y por cuál camino?— Es lógico que en Francia cada hombre de entendimiento se formule y se conteste esas preguntas, trazando al empezar la vida un plan que la llene toda. La tranquilidad del hombre del campo en la eficacia de su labor es igual á la del hombre de negocios y á la del hombre de letras. Llano, blando y pródigo es también el campo de la producción literaria. ¿Cómo hemos de preguntarnos aquí hacia dónde va nuestro destino, si estamos acostumbrados con el ejemplo de muchos siglos á ver fracasar planes y proyectos? Teniendo confianza en la recompensa del trabajo sabríamos cuidar mejor la administración de nuestras fuerzas.

Es un espectáculo que aviva y estimula el de la actividad del escritor francés, maestro consagrado ó principiante desconocido. El caso de Galdós, incansable, tenaz, caso único en nuestras letras, es

regla general en las francesas. — Yo he conocido y he tratado en París á un joven escritor inédito—¡la celebridad y la gloria sean con él, porque bien se las merece! — que pasa muchas horas del día y de la noche en las oficinas de Telégrafos, y aún le queda tiempo para leerlo todo, para estudiarlo todo y para escribir ensayos que no quiere publicar hasta que la obra le parezca buena, como el mundo á Dios nuestro Señor.

—Venga usted á mi casa—me dijo un día, cuando llegué á entrar en su confianza—. Verá usted la guarida de un ambicioso.

Un recibimiento largo y angosto, todo colgado de tablitas, apuntes, fotografías y medallones de escayola. Sobre la mesa y sobre el diván, sin respaldo, libros, cuartillas y cartones de legajos recién desatados. Luego otra habitación mixta de biblioteca y de cocina con dos lienzos de estantería, más libros por el suelo y una percha y un fogón apagado sin otros enseres que una cacerola, una botella de leche y una lamparilla de espíritu de vino. Este era el ajuar de casa de mi amigo. Como yo buscaba la cama, que no parecía por ninguna parte, me dijo sonriendo:

—Duermo en el diván. En invierno me echo una manta y en el verano un visillo de la ventana. Un ambicioso no debe perder tiempo en descansar.

Este campeón de mañana, que prepara sus fuerzas espontáneamente, conscientemente, y que desde la infancia parece que está velando las armas antes

de meterse en altas y heroicas empresas, no es el único en sus planes y en sus ambiciones. Cuando ya haya vencido, mi amigo Hugo Steinlen no tendrá una hora de desmayo. Sabe que hay otros cien que velan como él, y en la lucha de todos los días y todas las horas no será culpa suya si sale derrotado. Él administra con cuidado, con celo, con ahinco el talento que le ha cabido en suerte.

EL CHIN CHIN PATRIÓTICO

Como espectáculo son realmente conmovedoras las explosiones del patriotismo francés. Producen la misma excitación de energía y de vitalidad que el paso de una charanga militar al pie de nuestros balcones. Atruenan los tambores, rasgan el aire y los oídos las cornetas, retiemblan los cristales y por un momento la fantasía, siempre entusiasta é infantil, nos coloca al frente del batallón en el camino del sacrificio y de la gloria. Son pasajeros vértigos que no deben desperdiciarse nunca.

Imagínese cómo habrá reaccionado la pasión patriótica contra la campaña internacionalista de M. Hervé. Monsieur Hervé escribió un libro que parece hecho de intento para exasperar al *chauvinisme*. Libro audaz y peligroso para lectores de diez á quince años. Debilita la idea de patria; proclama el internacionalismo; considera el asesinato de Carnot como «un acto de impaciencia de la justicia social»; habla de Napoleón como de un crimi-

nal: «A su lado, Vacher, el vampiro, era un ángel»; combate la guerra, incita á la deserción y al desorden, y, sobre todo, convierte cada página del *Manual histórico* en una proclama socialista.

No hacía falta tanto para despertar la indignación de Francia, dentro y fuera de las Cámaras.— Estos libros de enseñanza, que son al mismo tiempo libros de propaganda, reflejan el fondo de toda labor intelectual. El *Manual* de M. Hervé, catedrático tendencioso, es, como todos los manuales de todos los catedráticos, escritos con arreglo á los procedimientos pedagógicos, un trabajo de violencia intelectual sobre los catecúmenos. Acaso haya abusado un poco el digno M. Hervé y haya hecho con la Historia lo que los ingleses hacen con la Geografía. Para los niños de las escuelas coloniales inglesas la primera ciudad de España es Gibraltar. Para los lectores de M. Hervé, Carlomagno tuvo ya un proyecto de retiro para los inválidos del trabajo y pensó en implantar las Cajas obreras. Entre nosotros estas parcialidades no son alarmantes, porque no inventó *Clarín* solamente por un alarde de humorismo aquella pregunta del catedrático de Filosofía al alumno Zurita:

— Dígame usted qué se entiende por método en Valladolid.

Pero en Francia hacen desfilar á banderas desplegadas todo un ejército de protestas. Los Gobiernos necesitan protestar también, porque hay un partido que reclama la exclusiva en sus amores por

la nación. Sus campañas exacerban las manifestaciones del sentimiento patriótico y le convierten con frecuencia en fórmulas artificiosas y convencionales. Son entusiasmos é indignaciones que la mayoría de las veces carecen de motivo, y que, por consiguiente, no llegan al corazón. Pero los Gobiernos necesitan librarse de toda sombra de sospecha y tienen que apelar también al chin chin patriótico, dejando que sirva de pararrayos la avanzada radical socialista, y con ella Mr. Jaurés, que es hombre fuerte y capaz de soportar todas las cargas.

Quizá la gran debilidad de la patriotería constituya también la gran fuerza del pueblo francés. Hay una ayuda mutua, una continuidad en el *reclamo* colectivo. Los productos, los sucesos, las ideas están siempre expuestas ante el mundo en el resplandeciente escaparate de París. Todo es materia de exportación, desde los juguetes hasta la gloria militar, y es necesario rodearlo de un prestigio que sólo se adquiere comenzando por el elogio y por la estimación interior. Pocas, muy pocas veces faltan á esta norma tácita de defensa. Y el reclamo, elevado á la altura de una institución nacional, ejerce una extraña sugestión sobre los mismos que lo inventan y lo practican, de tal modo, que, por exagerado que parezca, no es lícito dudar de su sinceridad.

En las cosas grandes y en las cosas chicas hay que contar con este elemento de propaganda y de

combate. Conociéndolo, nadie puede extrañar, por ejemplo, que al publicarse un libro malo, una novela, un tomo de versos, un tratadito de esa cultura sociológica que con tanta fortuna cultivan los franceses, los periódicos echen las campanas al vuelo y lo presenten como obra prodigiosa. El lector de buena fe acaso se pregunte después de leer unas cuantas páginas: — ¿Me han robado? ¿Me han dado los periódicos un timo de tres francos cincuenta? — De ningún modo. Han cumplido con su deber, puesto que el libro es también un producto nacional.

Remy de Gourmont empezó por rechazar el título de «hermanas latinas» que se da comúnmente á Francia é Italia — de España no se hable —. Francia no es latina: es romana por el idioma, por la propaganda cristiana. Pero las raíces de la raza proceden del Continente, de Alemania. Y una vez demostrada esta relación de hermandad, Remy de Gourmont, tan austero, tan firme de cerebro, tan enemigo de todo prejuicio, establece la superioridad de Francia con estas palabras, que equivalen al chin chin patriótico de los nacionalistas:

«Las razas, como los árboles, son hijas de su suelo. En los mercados se dice: «liebres de Alemania», ó sea de mala calidad. Hay un hombre de Francia, del mismo modo que hay caza de Francia: el suelo le ha dado su valor y su sabor.»

LOS INTERNACIONALISTAS

Es curioso y significativo que el país de la patriotería, del *chauvinisme*, sea también el de los internacionalistas sin patria. Fuera de Francia, la idea de la resistencia á entrar en filas y á tomar las armas es un efecto del nuevo cristianismo de Tolstoi y de una marea de sentimientos humanitarios que va subiendo al influjo de toda una literatura. En Francia es el nacionalista, el patriota de la revancha, el amante de las glorias bélicas, de los uniformes brillantes, de las conquistas napoleónicas, el que ha provocado por reacción esa extraña propaganda inactual contra el Ejército y contra la Patria. — El ejemplo de la última guerra mantuvo en el silencio á los internacionalistas. Son enemigos del tirano carnicero que vierte la sangre y el oro de su pueblo; se alegran del fracaso de la Rusia teocrática y absolutista; pero no piensan que el Japón no hubiera podido vencer y castigar las codicias de la corte del Zar sin un enérgico sentimiento de la Patria y sin una meditada preparación guerrera. Propagan ideas de paz, cuando ven que el presente es del más fuerte. Pero si alguno de estos internacionalistas llega á la proximidad del ejercicio del poder—ejemplo Jaurés en su discurso á los socialistas berlineses—ni olvida que un pueblo debe estar dispuesto á defenderse, ni deja de proclamar en cada una de sus frases este prejuicio íntimo: «Soy francés.»

Los antimilitaristas franceses parten de un alto ideal humanitario y llegan á una propaganda tan á flor de tierra como todas las propagandas electorales. Han unido para combatirlas dos ideas: Ejército, Patria, oponiéndolas la idea madre de la fraternidad universal. Pero predicar contra la guerra es atraerse la simpatía de una muchedumbre que no ve en el Ejército sino el brazo de la burguesía empleado en contener y castigar las huelgas. Y esa muchedumbre tiene voto. — ¿Qué son, pues, los antimilitaristas? ¿Ilusos? ¿Enamorados de la utopía? ¿Hombres que miran al cielo para ver en las nubes la iniciación del porvenir? ¿O son los políticos de siempre, encargados de explotar el blando corazón de la masa?.. Hace tiempo se dijo que España era el país del viceversa, y hoy se dice que es la tierra de la paradoja. ¡Falso! ¡Todo el mundo es España para los viceversas y las paradojas!

La campaña antimilitarista lleva ya en Francia larga fecha; pero ahora, influída por ideas más abstractas que las de la política interior, venidas de las estepas rusas y de los pueblos mal regidos de Hungría y de Polonia, ha llegado á concretar sus mandatos.

«Cuando os manden disparar sobre vuestros hermanos de miseria, como en Chalon, en Limoges, en la Martinica, obedeced sin vacilar, trabajadores, soldados de mañana. Pero no disparéis sobre vuestros compañeros. Disparad sobre los sicarios galoneados que se atrevan á daros semejante

orden.— Cuando os manden á la frontera á defender la caja de los capitalistas contra otros trabajadores, oprimidos como vosotros, no vayáis. Toda guerra es criminal. A la orden de movilización responded con la huelga inmediata y con la insurrección.»

Los reclutas de 1904 leyeron estas frases en un cartel pegado en París y en muchas provincias el día antes de entrar en filas. Firmaban Hervé, Urbain Gohier, Amilcare Cipriani y otros veinticinco antimilitaristas, entre ellos la linda señorita rusa Teutscher, que escribe con el seudónimo de *Nu-miska*. Ahora comparecen todos los firmantes ante el Jurado del Sena. Hervé tiene ya un nombre universal. Es el primero que proclamó la idea de «la crisis de la Patria», el que abominó en sus lecciones universitarias de todas las glorias militares y afirmó que honrar á los héroes de las sangrientas carnicerías era lo mismo que plantar una bandera en un estercolero. *Sieur* Hervé alarmó los sentimientos patrióticos de muchos padres nacionalistas. En la psicología de sus campañas quizá pudiéramos ver esa complacencia del catedrático provinciano en amargar los entusiasmos ajenos cuando la obscuridad del nombre y el aislamiento de su vida acaban con los entusiasmos propios. M. Hervé ha combatido contra el militarismo por medio del libro de texto. ¡Terrible arma! Casi más fuerte que las de Urbain Gohier y Amilcare Cipriani, colaboradores de la prensa socialista avanzada y hombres

de ideas generosas y altruístas que luchan por convicción y por un impulso romántico muy explicable en los apóstoles de la futura revolución social.

Urbain Gohier no quiso que dejaran de asistir á su proceso las personalidades de mayor relieve en la política francesa que simpatizan con sus ideas, y entre sus testigos pidió la comparecencia de Jean Jaurés. Ni Jaurés, ni Labori, ni Mme. Severine, ni el Dr. Zelmski faltaron á la vista de la causa, y de este modo las sesiones y los extractos de la Prensa han sido una excelente propaganda antipatriótica y antimilitarista.—Yo he firmado el cartel—dijo uno de los acusados — porque entre el capital y el trabajo he visto interponerse siempre una cosa que se llama el ejército. — Yo he firmado — dijo Gohier— porque la propaganda pacifista internacional es el único medio de salvar el país. El militarismo le ha perdido; el militarismo, que en treinta años ha gastado cuarenta mil millones para llegar á Fashoda y á la dimisión de Delcassé, despedido por un gesto del Kaiser porque su nariz no le gustaba ya.—Yo soy antipatriota—dijo M. Baudin — porque soy socialista.—Los burgueses—agregó monsieur Ivetot — pueden ser patriotas si quieren; los obreros serían unos imbéciles si defendieran lo que no les interesa.

Y entre los testigos, Lafargue cree que es un buen consejo el del cartel; Allard recuerda que no se procesó á Maupassant por sus admirables juicios sobre el ejército y sobre la guerra en las pági-

nas de *Sur l'eau*; el Dr. Zelmski habla de la predicación tolstoiana.

Jaurés, metido intencionadamente por Hervé y por Urbain Gohier en el trance de declararse anti-patriota y antimilitarista, encuentra la frase salvadora:

—Lo que se persigue—dice—es un delito de opinión.

La sociedad entera con todos sus órganos no puede dar respuesta satisfactoria á las preguntas planteadas en el cartel antimilitarista. Hay que hacer la guerra á la guerra.

Pero, de todos modos, el antimilitarismo y el antipatriotismo francés, consecuencias de la idea socialista, se hallan tan lejos de la realidad de la vida francesa, que los tribunales les dejan exhibirse como en un Congreso en las sesiones públicas, y el Ejército no se declara parte en la causa y la Patria no se conmueve por las frases más crudas. Propagandistas de un sueño humanitario ó especuladores políticos de un ansia popular, la Patria no siente ningún enojo al ver cómo recorren los caminos del porvenir.

LA HOSPITALIDAD PARISIÉN

Ciego será quien no la vea é ingrato quien no la estime. Ni hay para qué discutirla ó probarla, porque si no tendiera á todo el mundo sus

abiertos, perfumados y femeniles brazos hospitalarios, París no sería París. Dándola, pues, por bien demostrada, querría yo fijar con precisión el lugar en que debe colocarse la hospitalidad parisien, dentro del cuadro de las virtudes retributivas, según las reglas elementales de la moral utilitaria.—Pero con mucha más elocuencia que una demostración científica me han hablado los estudiantes negros que he visto cien veces saliendo de la Sorbona á tomar el sol de otoño por los jardines del Luxemburgo. Llevan estos doctores morenos los mismos trajes, los mismos cuellos que sus compañeros. Quizás haya en corbatas y calcetines un exceso de fantasía tropical, quizá brille el charol de los zapatos con un esplendor más propio de las Acacias que del aula vecina y quizá las palabras técnicas tomen en sus labios una importancia y una solemnidad algo exageradas; pero, fuera del color, y no sé si de algo más, ¿en qué se distinguen éstos de los otros? ¿Qué barrera social han levantado los profesores, los alumnos ni aun los soldados y las niñeras de Luxemburgo para que no se encuentre en París mejor que en su casa el estudiante negro? Siempre que me he encontrado á un elegante de color en los teatros, en las carreras, en las escalerillas del Metropolitano, he pensado que París nos une á él y á mí, y á todos los compañeros de extranjería, en el mismo abrazo protector y benévolo. Alguna vez, para halagarle, desciende hasta sus danzones y parisianiza el *cake-*

walk; alguna vez saca de las brumas del Norte todo un teatro exótico, y siempre lo hace obedeciendo á un criterio de hospitalidad bien entendida.

Las revistas, los periódicos, los espectáculos de París están siempre abiertos á estas satisfacciones del amor propio nacional.—¿Dónde se encontrará—preguntan muchas veces llenos de buena fe—una ciudad más hospitalaria para el arte y los artistas extranjeros? Verdad es que nuestro arte y nuestros artistas no tienen nada que envidiar á nadie. Tenemos todavía, tenemos siempre los primeros. Y sin duda por este exceso de riqueza, por esta perfecta seguridad frente á toda competencia, es por lo que somos tan hospitalarios y tan laudatorios, con más el tantico de exceso que provoca el reclamo y que estimula el snobismo.—¿No es natural esta proclamación del júbilo interno de todo francés que ve su casa limpia y bien ordenada, sus artes, sus ciencias, sus letras, claras y corrientes para que pasen las visitas y que considere bastantes sus propios medios para que nadie se aburra ni se enoje cuando vaya á verle? Parece que en toda la literatura clásica francesa, desde antes del gran siglo, y aun en toda la filosofía, desde antes de Descartes, el primer cuidado ha sido desembarazar el paso á los visitantes, librarles de enojosas obscuridades y, como en la cocina y en la *causerie* nacional, darles salsas sabrosas y picantes. El «discurso del método» es obra de un genio hospitalario que abre y allana en el gran jar-

dín de la moderna filosofía las primeras y más fáciles avenidas.

De esta virtud de la hospitalidad, los favorecidos en mayor grado son los mismos franceses. El uso y ejercicio continuo á que les obliga su situación geográfica—puesta como está la nación francesa en la encrucijada donde se abren todos los caminos de Europa—ha llegado á aguzarla, á sutilizarla de manera que rinda los mayores provechos. No se trata ya del provecho material que rinde á toda la tierra de Francia el paso de los estirados *gentlemen* y de los rubicundos teutones; ni del oro que dejen en París americanos, rusos y yanquis; ni de la sangre que en malas pesetas, pero en buenos francos, llevan allá nuestros contumaces compatriotas: sangre y dinero que luego se traduce en máquinas, en abonos, en mimos y cariños para las fincas rurales y, por consiguiente, en riqueza para el Erario, sino en algo que vale tanto y es la consideración de que hay una ciudad neutralizada donde pueden encontrarse como en su patria todos los extranjeros, hasta el negro y el chino, desalojados de las libres ciudades americanas, y que esa ciudad se llama París. Los peligros que para la independencia y personalidad del genio nacional ofrecería ese amplio franqueamiento de las puertas fronterizas á todos los hombres, como á todas las ideas, están compensados por otro rasgo del carácter francés, un poco inclinado al narcisismo, carácter tan feliz que sabe estimar

las suyas sobre todas las cosas y adaptar las ajenas, aunque sean inmejorables, transformando á D. Quijote en Artagnan y á Sancho en Pantagruel.

Ganivet—el primer español de nuestro siglo que buscó en el pasado el alma de la raza, pero, al andar por caminos extraños, supo juzgar con un criterio universal, — Ganivet decía en carta aún no coleccionada: «No hubiera medrado mucho Francia si hubiera tenido desde hace dos ó tres siglos en el poder á exclusivistas como Drumont ó Maurice Barrés. Echando fuera á los judíos, que son los amos del capital, y que al fin y al cabo se lo gastan en Francia principalmente, y haciendo que se dispersara la colonia americana que vive en París gastando millones, adquiridos sabe Dios cómo, no sería muy superior el aspecto de nuestros vecinos al nuestro, que es el de misántropos, huraños é insociables.» — Nuestra dignidad de hidalgos ha entendido siempre la hospitalidad de muy distinta manera que los franceses.

Es más sincero, más real el sentimiento de cordialidad con que nosotros acogemos al extranjero que entra por nuestras fronteras. Todavía hay más: un concepto de inferioridad que lentamente ha ido filtrándose en nuestras conciencias, hace que al oír hablar en lengua extraña redoblemos las atenciones y forcemos la natural cortesanía. Un extranjero, francés, inglés, alemán, es un ser privilegiado, cuya cultura y cuya fuerza espiritual están junto á las nuestras en la proporción del va-

lor de sus monedas y de las de casa. Le consideramos y le abrimos hospitalariamente nuestra confianza con el mismo desinterés y falta de cautela con que los antiguos costeros se abrieron á fenicios, griegos, cartagineses y romanos. Pero nunca hemos llegado á tener esta idea, que es innata en el espíritu francés. La hospitalidad es una virtud retributiva.

Quizá sea imposible variar los rasgos del carácter nacional. Quizá se explique la necesaria é irremisible diferencia que existe entre estas dos hospitalidades, viendo la irremisible y necesaria diferencia que existe entre la mujer española y la mujer francesa. Sus virtudes son distintas, pero la nuestra tardará mucho en saber, ó no sabrá nunca, ejercitarlas con arreglo á un criterio de utilidad nacional.

EL CULTO DE LOS GRANDES HOMBRES

Los admiradores de Zola, peregrinos de Medán, han costeado una pirámide de piedra que servirá de pedestal á un busto del grande hombre, y como la pirámide no está terminada aún, han inaugurado el busto á la sombra de los mismos tilos que le cobijaban en vida. Luego han pronunciado varios discursos, un poco sinceros y otro poco ridículos, como son los discursos de esta especie, y madame Zola, su viuda, ha vuelto á casa con los ojos llorosos, fatigada de la exhibición, pero confortada por el recuerdo.

Llegará un año en que falten á esa ceremonia conmemorativa las lágrimas de Mme. Zola. ¡Pasó el dolor humano! ¡Pasó la queja del superviviente! Quedará, en cambio, ese mismo «Comité de la Peregrinación», y el homenaje se rendirá, no á un hombre que tuvo mujer é hijos, sino á un espíritu que sintió el amor de la inmortalidad. Bustos ó estatuas, comités, discursos, coronas... todavía no basta para que podamos dar por conseguido ese propósito de perpetuidad en el corazón de un pueblo, porque hay muchos olvidados que tienen grandes monumentos. Lo que más importa es que algo de su propia vida siga viviendo después de él, y eso es cosa que no depende sólo de su fama, sino también de la buena voluntad de sus compatriotas.

Los de Zola podrán tener todos los defectos, pero no el de olvidarse de sus glorias. Si les consultaran, ningún grande hombre querría nacer fuera de Francia, tierra pródiga del incienso, que desde que hubo grandes hombres en el mundo les fué siempre tan grato. ¿Y los pequeños grandes hombres que en otras partes surgen, brillan, desaparecen? ¿Dónde podrían tener como en Francia tanto renombre en vida y tantos biógrafos y comentaristas en muerte? Las plazas y los jardines de París están llenos de rancias y de frescas memorias. Antes que Zola, Daudet se ha sentado en el césped de los Campos Elíseos, y los niños y los gorriones le miran como á un benévolo espectador de sus juegos y de sus fantasías. Musset, Jørgé

Sand, Lamartine, Flaubert, Maupassant, no tienen sólo estatuas. Sus nombres son de perenne actualidad, y un detalle de su biografía ocupa muchas veces las primeras columnas de los periódicos. Alguna vez ese detalle es una infamia ó una dolorosa verdad — ¡peligros de ahondar con demasiado celo en las intimidades! — Pero ¿no vale eso más que erigir á un hombre en gloria nacional y no acordarse de él sino para clasificarle con retumbantes adjetivos?

Pocas devociones tan expresivas y tan conmovedoras como la devoción de «los hugófilos». Entre otros hallazgos, estos hombres de buena fe han descubierto la bohardilla que habitó el poeta en 1821. Para ellos ya está dignificada y ennoblecida la madriguera, la pobre casa de vecindad. Allí vivió unos cuantos meses Víctor Hugo. Cien inquilinos vulgares que llegaron después no han podido borrar la poesía de aquella ventana abohardillada por donde se asomaron sus ambiciones juveniles. Un año antes los mismos hugófilos habían ido en corporación á la calle de la Tour-d'Auvergne, y allí inauguraron una lápida y un busto en bronce coronado de laurel. De aquella casa, que ocupó Víctor Hugo de 1850 á 1852, salió, Dios sabe cómo. Los muebles se habían vendido en pública subasta «por razón de mudanza», y es fama que entre los trastos iba «el tintero de Gringoire». Yo quise rendir también mi modesto tributo á la memoria del poeta, y entré detrás de los hugófilos en la calle de

la Tour-d'Auvergne, donde habitó Víctor Hugo y donde pasó gran parte de su vida Alfonso Karr. Casas nuevas, ó, por lo menos, fachadas nuevas, han cambiado el aspecto de aquel rincón parisién, sembrado de jardines. El de Alfonso Karr ya no existe, si existió alguna vez en otra parte que en su feliz fantasía. El de Víctor Hugo no pasa de una docena de plantas cuidadas con amor. En el patio, junto á la fuente, los hugófilos habían puesto un bronce diminuto y una lira, completando el símbolo del laurel. Pero lo único vivo, más vivo que el afecto de los hugófilos, era el rostro del antiguo portero, que hoy habita como un burgués en un piso de la misma casa. A pesar de su participación en el embargo, el viejo portero cultiva cierto parecido físico con el grande hombre. La nariz, las cejas, la barba blanca, recuerdan al autor de las *Odas* y de los *Castigos*. Sólo la frente parece un poco más estrecha. Esa lejana semejanza la pasea el ex portero con orgullo, que es á su modo un homenaje. Tras de las huellas del poeta que llenó un siglo, husmea toda una legión de apasionados admiradores. La propia revelación de Paul Meurice—sombra que nubla la magnífica serenidad íntima de Víctor Hugo—es otro homenaje, un tanto porteril. Todo va á la cuenta de su fama, resonante y deslumbradora.

Alrededor de los hombres que encarnan la historia del espíritu nacional han sabido los franceses crear una aureola. Figuras hay cuyo prestigio no

se sabe si está en ellas mismas ó en la voluntad decidida de una mayoría de entusiastas.

¿Me será permitida todavía una comparación, aunque fuere odiosa? Quizá la juzguen los lectores innecesaria. El tributo á la memoria de Zola hace pensar en muchos olvidos nuestros. No hay comité de peregrinación á la casa ni á la tumba de Campoamor. Seguramente no servirían de nada, porque un odio innato al comité nos deja sospechar que también en este caso morirían por donde más pecan todos los comités: por el ridículo. ¡No! Ni comité, ni estatua, ni festejos de desagravios. Bastaba el recuerdo constante, la evocación de su genio en letra de molde. Cuando nuestros grandes hombres mueren, confesemos que falta muy poco para que los demos por muertos, definitivamente muertos. ¿En qué conocemos hoy que ha vivido más cerca de nosotros Zorrilla que Garcilaso? Hemos perdido—si alguna vez lo tuvimos—ese sentimiento de solidaridad que en las verdaderas familias hace más duradero el recuerdo de los antepasados y de los parientes lejanos dignos de tener historia. Para los hombres, como para las cosas, nos falta la admiración comunicativa. Las Venecias españolas no han tenido nunca un cantor tan audaz en el entusiasmo como Gabriel d'Annunzio. — Pero no hace falta insistir en este capítulo de cargos. El lector y yo estamos de acuerdo.

LA PRENSA DEL BULEVAR

La mitad del encanto de París está en los bulevares, y la mitad del encanto de los bulevares está en los diarios. No es sólo meridional esta concentración de la vida de una ciudad, puesto que se da lo mismo en la calle de las Sierpes que en la Perspectiva Newosky. Toda la actividad sobrante se agolpa desde la Porte Saint Martin hasta la Magdalena; allí no se produce, pero se cotiza, se ostenta y se disipa la producción; acude el extranjero como el lector precipitado acude al índice de un libro. Acuden también los dos grandes poderes de París: el periódico y la parisién. Alguna vez metódicos cronistas quieren saber qué cosa existió antes: el huevo ó la gallina, el atractivo del bulevar ó el bulevar, y llegan hasta decirnos que fueron los periódicos los que, al establecerse en los bulevares, atrajeron y concentraron el movimiento de París, sin fijarse bien en que por algo los periódicos se establecerían allí. *Le Temps, Le Matin, Le Gaulois, Le Gil Blas, La Lanterne, Le Journal des Debats*, están en pleno bulevar, y en calles afluentes *Le Figaro, L'Humanité, La Presse*, casi todos los diarios populares. Cuando París se conmueve con alguna pasión, ó se divierte con alguna malicia, los periódicos no tienen más que abrir los balcones. Esa estrecha comunicación da á la prensa parisién todas sus deliciosas cualidades y sus no menos deliciosos defectos.

De madrugada, en estas mañanas de otoño que vienen llorando lágrimas de niebla y de hielo, cuando todavía duermen los grandes cafés con los veladores amontonados y el toldo recogido, y empiezan á abrirse, soñolientos, los cafés económicos; cuando asoman perezosos y resoplantes los caballos del primer ómnibus «Gare de Lyon-Gare du Nord»; antes de que salgan á la calle dependientes y modistillas, y acabe el trajín de los mercados, y se despierten por completo, dentro de su uniforme, los gendarmes; cuando las aceras y el arroyo brillan á la luz tímida de una aurora nublada, y las cuadrillas de limpieza se encargan del baldeo, y en las calles estrechas se mezclan el olor del pan caliente, del alcohol, del carbón y de la verdura... los kioscos del bulevar reciben las primeras hojas, húmedas aún, fresca la tinta de imprenta.

¡Hay una verdadera emoción para el periodista extranjero recién llegado en oír por primera vez el pregón del *Matin* y del *Journal*, del *Petit Parisien* y de *L'Humanité!* Pasan enormes camiones, cubierta la carga por un rótulo de rojas letras vibrantes: allí van bobinas de papel continuo para las rotativas del *Petit Journal*, que están tirando todavía su millón de ejemplares. A la puerta del *Figaro* van desfilando los rezagados de una fiesta nocturna, envolviéndose las damas en sus pieles y alzando ellos el cuello del gabán, que oculta caras conocidas. Cocheros y conserjes, criadas y donce-

llas, obreros del taller ó del mostrador, compran el periódico que ha de contarles más crímenes, con mayores y más sangrientos detalles. Los empleados entran en la oficina con su diario, socialista ó burgués, en el bolsillo. A las ocho, París está inundado. Ya vuelven al arroyo hechos, ideas y palabras que salieron de él. Son hojas rotas, llenas de barro, despreciadas, que enseñan á los paquetes flamantes del kiosco cuál ha de ser su porvenir.

El bulevar vuelve á animarse después del mediodía con los pregones de *La Patrie* y de *La Liberté*. A las cuatro ya están en los puestos el *Temps*, con su información concienzuda y sus juicios tranquilizadores; el *Journal des Debats*, con su sólido prestigio internacional. Y al caer la tarde viene la avalancha de *La Presse*, nacionalista como *La Patrie*, y como ella nerviosa é impresionable. Y todavía queda *Le Soir*, que espeluzna á los provincianos y á los extranjeros con fantásticos y pavorosos pregones cuando vienen á tomar café, después de comer, en las terrazas.

Sin embargo, el periódico francés está en crisis y evoluciona. No hace mucho tiempo, Paul Adam, cansado de la monotonía de los diarios parisenses, molestado por las impulsiones nacionalistas como por los excesos ministeriales, pensó en fundar un diario de la mañana, puramente literario, en el que pudieran colaborar escritores de todas

las ideas. Pero ese proyecto, que á juicio de Paul Adam estaba en la atmósfera, quizá no estuviera sino en cierta atmósfera. Un periódico exclusivamente literario no puede preocupar sino á los literatos dolidos del alejamiento, cada día mayor, entre ellos y los grandes periódicos.

Francia tenía hace muy poco—y aún la tiene, á pesar de todo—la prensa más literaria del mundo. En ella encontraban su manera de vivir, decorosa ó espléndida, escritores de firma reconocida, y empezaban sus campañas otros que luego serían célebres. Las cuestiones literarias, mil veces nimias é insignificantes, absorbían muchas columnas. Y no se hable ya del arte de *guisar* informaciones, sueltos, telegramas y reclamos, arte tan literario como periodístico; hablemos sólo del artículo, del cuento ó de la crónica, que constituían hasta ahora la base, *el plato de fuerza* de cualquier número de un periódico francés. Del cuento no es difícil ver que, como género literario moderno, le inventó la necesidad periodística. El periódico ha creado, primero, la abundancia, y luego, el exceso de literatos de oficio. Por él—aunque los mismos favorecidos le denigren y le vilipendien—, por él se han hecho grandes famas y han llegado á ser populares en un año hombres que no soñaban con la gloria.

Y esa misma gloria de la literatura francesa, en su período más brillante, desde Hugo á Baudelaire y Verlaine, desde Sthendal á France, debe gran parte de su esplendor á los calumniados periódicos.

cos. El mérito es grande, ciertamente; pero ¡bien voceado está! Hemos vivido en una época en que la persistencia del recuerdo de un escritor no dependía ni de la admiración de los elegidos ni del amor del vulgo: bastaban los periódicos. — Esa época parece que está á punto de terminar.

Y ante la amenaza que pesa sobre los literatos compréndese que se preparen á la defensa. El periódico de Paul Adam está en la atmósfera, en la atmósfera literaria, donde va á faltar pronto el oxígeno. Paul Adam, que personalmente no tiene nada que temer, quizá piense en los peligros de una reacción exagerada y vea los periódicos de mañana llenos de relatos de crímenes y de carreras, materializando y embruteciendo á un pueblo sin ideal, por huir de la literatura. Su periódico sería, por lo menos, un refugio, y si le hacía á imagen de su alma noble, un refugio grato y ejemplar. Pero su público sería siempre reducido. El pueblo se les escapa á los literatos por haber abusado de él. Y no se habrá perdido nada. Paul Adam debe tener confianza en el instinto de conservación, que hará evolucionar al brillante núcleo de literatos de oficio y prepararse con otro bagaje y otra cultura á los que se presenten más tarde. El que, á pesar de todo, se mantenga firme, será más fuerte después de la prueba.

SHAKESPEARE Y LOS FRANCESES

Se ha abierto el sombrío cortinaje de terciopelo y ha aparecido el palacio del Rey Lear, mansión de ingratitud, la tienda de campaña de Cordelia y la inmensa marina de Douvres, en cuya costa acantilada quiso estrellar su destino el Conde Gloster. En la penumbra de la sala Antoine bien pudo flotar, sin que nadie la viera, la sombra del gran Will. Yo no sé más sino que nunca he sentido pasar tan cerca de mí ese aleteo misterioso de lo sublime, que levanta en el espíritu noblezas y bondades y traspasa de frío las entrañas. Nunca he creído tanto en la eficacia del arte, ni me he sentido tan feliz al ver desbordarse mis emociones.

Antoine no es el Rey Lear; duques, condes, bufones y caballeros son honrados actores que ayer representaron un drama de cuartel prusiano y mañana representarán una divertida comedia de adulterio. Más de una vez nos parecen villanos traidores, y de buena gana subiríamos á las tablas para echarlos á puntapiés, como Kent el noble á Osvaldo el servil. Pero nuestro Shakespeare, nuestro Rey Lear, el que poco á poco ha formado la imaginación desde las primeras lecturas infantiles, dando para su culto flores distintas en la adolescencia y en la madurez, en la buena y en la mala fortuna, puede muy bien pasar sin desencanto á través de estos cuadros sabiamente pensados por el arte es-

cénico francés. Y aunque Antoine no tenga ni majestad ni grandeza, basta la voz doliente y amorosa de Cordelia, basta un instante de sincera emoción, para que se animen los hermosos paisajes y éntre en nosotros la tragedia, y lo aceptemos todo sin regateo.

Al bajar el telón, después del sangriento sacrificio de los buenos y de los malos, vi que el público no estaba conmovido como yo. Muchas damas tuvieron lágrimas de compasión para la amante tardía de *Maman Colibri*; yo las he visto salir de sus palcos enternecidas por los impulsos maternos de la esposa infecunda de *Notre jeunesse*. Hay una nota escarlata, un tono arrebatado en las profundas ojeras de las mujeres de treinta años, y un brillo de luz interna en los ojos de las muchachas. Algunas se suenan discretamente y las lágrimas no perturban la compostura de los párpados. Pero esta vez las damas no se conmovieron, y más de un caballero—yo lo oí—salía disculpando los horrores y las crudezas del salvaje Shakespeare con una sonrisa de complicidad. No están acordes las liras del sentimiento popular en Francia y en Inglaterra, y será más difícil acordarlas que rellenar el canal de la Mancha. La resistencia al genio de Shakespeare es ya una tradición.—No es muy alegre esto—decía un buen francés—. Al francés le gusta divertirse.—O conmoverse delicadamente—viene á decir Catule Mendès en un artículo demasiado francés. Y como el genio de Shakespeare es bár-

baro, y cruel y desbordante, adivino todas las disculpas de Antoine respondiendo á las críticas del público y de los profesionales:

—¡Yo no soy más que un hombre! Pídanme que haga papeles humanos. Ustedes comprenderán que nó es cosa fácil salirse de la naturaleza.

Sin hablar del público del siglo XVIII en la época de Voltaire, ya Anatole France había creído necesario disculpar á sus contemporáneos, poco sensibles á la grandeza de Shakespeare. — «Confesaré —decía hablando de una representación de *Hamlet* en la Comedia Francesa—que el público me pareció un poco distraído. Era un público compuesto de franceses y de francesas. No hay que quejarse demasiado de su distracción ni de su ligereza: no hay intrigas amorosas entre gente elegante, y Hamlet no lleva una gardenia en el ojal. Por eso, las damas tosen un poco en sus palcos, mientras toman helados; las aventuras de los dramas de Shakespeare no pueden interesarlas.» Las damas, sienten de acuerdo con lo que piensan en Francia muchos hombres ilustres, que tampoco han llegado á comprender á Shakespeare y querrían ver á sus personajes con una flor francesa en el ojal.

Y los actores del teatro Antoine son franceses también. No van más allá que su público. En la primera escena, el Conde de Kent y el Conde de Gloster hablan un lenguaje bárbaro y violento; saben que detrás de sus palabras vienen mares de sangre, y comienzan por anunciarlos con arreba-

tos feroces para hablar de aventuras tan poco sangrientas como los lances de amor de un aristócrata de la Corte de Inglaterra. Voces rudas, gestos arrebatados. Es evidente que los actores franceses creen hallarse en presencia de un monstruo carnicero é inhumano, que en una nación extraña está considerado como el primer genio dramático del mundo.—Luego aparece el Rey Lear en su trono. Lo mismo que él, hablan plebeyamente sus hijas Goneril y Rejana. Hace falta que venga el delicado sentimiento de Mme. Mery á poner en su voz nobleza y lealtad:—«¿Qué le queda entonces á la pobre Cordelia? ¡Amarle y guardar silencio!»—El loco sentencioso y cancionero habla en un falsete estridente, cuya monotonía hiere nuestros oídos, y no agrega ni un solo recurso á la tradición de Rigoletto.

Pero cuando comienzan las desdichas y los crímenes, la traición del bastardo Edmundo, la tempestad ante el castillo de Gloster; cuando Rejana y Cornuailles saltan los ojos del Conde leal, y el Rey, coronado de flores por la locura, lanza sus maldiciones sobre la mujer, abismo de abominación, y el asesinato y el suicidio acaban con los héroes de la tragedia, los actores gritan, gritan... ¡Gritan desaforadamente! Toda la grandeza de las pasiones la manifiestan forzando la garganta. Estos actores, maestros del matiz, de la expresión delicada, de los silencios, no saben sollozar ni delirar con el Rey Lear. Y como ellos no

saben, el público no ve más que el esplendor y la belleza de las decoraciones, y un nombre glorioso, el de Shakespeare, tan lejano de su corazón como Eurípides y como Esquilo.

Y como yo recuerdo otras representaciones menos bellas, pero más sentidas, de dramas shakespearianos en pobres teatros españoles, comprendo ahora toda la fuerza del alma nacional y me explico por qué Don Quijote, el caballero andante, habla en Inglaterra un lenguaje de compatriota, y por qué ha aparecido en España ese noble hijo del Rey Lear que se llama el Conde de Albrit.

LA MORAL Y EL «MOULIN ROUGE»

LAS CLAUDINAS

Parecía enterrado ya definitivamente el prestigio del *Moulin Rouge*. La aparición de la Marquesa de Balbeuf del brazo de Colette y la silba y el escándalo con que fueron acogidas por un público de aristócratas vindicadores, atestiguan que no es así. *Moulin Rouge* existe; como existe todavía Montmartre, aunque haya pequeñas diferencias entre el Montmartre de otros tiempos, poblado de grisetas y bohemios, y el Montmartre de 1900, plagado de *maquerauds* y de *entoleuses*. Y si existen para el extranjero y para el parisién, son casi indispensables para ese mundo singular y estrambótico que tiene su vida á todas horas en el escaparate; mundo de actrices, de cómicos, de escritores maleantes, de aristócratas en circulación y de millonarios en quiebra.

¿Quién dirá que uno de los encantos de París es esa gusanera? Para hacerla simpática ante el mundo, Montmartre cuenta, en primer término, con sus

artistas. Ellos han llenado las calles de la gran ciudad de carteles picantes, prodigio de *sprit* y de travesura, y en los carteles de colores vivos han glorificado la ligereza de la gente de teatro. Y como su arte es fino é intenso, su triunfo ha llegado á hacer amable y envidiable la vida que bulle en los ahumados *cabarets* de Montmartre. Por si no bastaba, esa parte superficial de París noctámbulo cuenta también con una literatura á su servicio. Y en esa literatura lo más escabroso, lo más depravado, lo más artificial, es el género de las *Claudinas*. Dentro de una novela de ese género no hubiera estado mal el episodio del *Moulin Rouge*, con la Marquesa de Balbeuf y Colette Willy por heroínas.

El efecto que causan en los jóvenes lectores provincianos la cabellera corta de Colette y la impávida osadía de sus costumbres constituye un capítulo interesante de la vida literaria; pero si ya no se trata de lectores, sino de bellas y ociosas lectoras provincianas, el capítulo debe referirse á la historia de la moral en Francia. Las *Claudinas* han sido obra de Colette y no de su marido. Ella y su popular amiga la Polaire han colaborado en esas páginas de estilo dislocado donde satisfacen las curiosidades más estupendas con un ingenuo candor.

Esa literatura que Willy firma valerosamente pudiera creerse que sólo tiene un fundamento mercantil. Hay público siempre, en Francia y fuera de Francia, no sólo para las novelas escabrosas, sino

para mucho más. Lanzada la primera *Claudina*, las siguientes obedecían á un plan editorial. Esta vez, sin embargo, es forzoso confesar que la obra literaria no estaba hecha en frío y con el solo ánimo de vencer dificultades para ganar dinero. La musa de Willy tenía un alma intrépida capaz de darle inspiración, documentándose antes á conciencia. Por eso vino el éxito.

En el éxito de Willy y en la conquista de la popularidad han tomado no poca parte la travesura parisién de la actriz Polaire y el ingenio epigramático de Colette. Ellas le han creado su público y han sabido influir en él. Pero lo interesante sería saber cómo ha influído París en ellas. La sociedad ligera y amable que las rodea ha empezado por alentarlas en sus primeras frases; ha cultivado las flores más pálidas y enfermizas de su jardín; las ha preparado á todas las caídas, acostumbrándolas á la idea de que caer es triunfar. El refinamiento de su sensibilidad ha estado siempre al descubierto, como un buen campo de experiencias donde acudían á estudiar los apasionados de la depravación. Y todo ello practicado alegremente, contado sin escrúpulo, con ingenuidad; de una manera tan audaz y tan espontánea que hablar de cinismo parecía muy duro y era preciso buscar una palabra inofensiva.

Todavía Colette tiene la disculpa de un terrible virus que perturba su sangre: ¡el veneno de la literatura! De Colette no se hable, puesto que siempre

hubo para el teatro una moral aparte. Pero la Marquesa de Belbeuf, andrógina con ostentación, encantada con la idea de imponer sus extravagancias á todo París, y, por consiguiente, al mundo entero, merece ya menos respeto. Y todavía menos que ella la figura asombrosa—«bien parisién», dirán nuestros vecinos—de ese marido bondadoso, acomodaticio, que deja triscar á su mujer por todos los riscos, y que, aun viéndola en las tablas del *Moulin Rouge*, silbada en compañía de la Belbeuf, sabe conservar hacia ella un puro y paternal afecto.

Y, por último, en el público aristocrático que subió aquella noche á Montmartre para quitarle su sitio á las aventureras del *Moulin*, ¿quién no habrá tenido una sonrisa de simpatía y una palabra de aprobación y de estímulo al ver la carrera de las mujeres de Willy hacia el desenlace final? Porque la carne de Claudina es también aristocrática, como sus vicios. A pesar de estar hecha á su imagen y semejanza, llega un momento en que los nobles, escandalizados, se creen en el deber de protestar.

La exhibición há sido tan pública antes de presentarse en el *Moulin Rouge* como en el momento de aparecer en una pantomima. El paseo de las Acacias, la Opera, son escaparates tan visibles como el escenario de un teatro. Antes habían perdonado, mejor dicho, habían aplaudido. ¿Por qué no aceptarlas también ante las candilejas?

La moral en Inglaterra tiene, según nos dice Macaulay, extrañas alternativas de descuido y de escrúpulo. Después de unos cuantos meses de libertad y desenfreno, llega un cambio radical en que renacen las virtudes de los buenos tiempos puritanos. ¿Habrà llegado también para la buena sociedad de París la hora del puritanismo? Tendría ese caso inesperado el encanto de las cosas que ocurren por primera vez y que no vuelven á ocurrir.

París es grande, París es admirable. Las compañeras de la Belbeuf, de Colette y de la Polaire tienen un punto de honor que no las permite tolerar su exhibición en el *Moulin Rouge*. Son cautas y miden sus malos pasos. Quizá ellas mismas fueron á inaugurar las conferencias de Mme. Curie, para demostrar al mundo que en París no todo es Montmartre.

UNA CARTA DE WILLY

M. Luis Bello.—En *El Imparcial*.

Querido compañero: Permítame felicitarle por el artículo que ha publicado en *El Imparcial* sobre el escándalo del *Moulin Rouge*; he gustado en él una filosofía irónica y sutil que lamento no haber hallado en ningún comentario de los que consagraron los periódicos de París á aquella accidentada noche.

Le ruego, sin embargo, que rectifique un detalle. Mlle. Polaire, á quien no he visto desde hace tres

meses por lo menos, y con la que he cambiado, por junto, una carta de felicitación en el día de Año Nuevo, Mlle. Polaire no ha colaborado nunca, ni de cerca ni de lejos, en las *Claudinas*, que son obra de mi ex esposa y mía.

Digo «ex esposa» porque, separado de hecho de Mme. Colette Villy desde hace meses, he presentado, mucho antes de los incidentes del *Moulin Rouge*, una demanda para confirmar legalmente la separación. Este simple detalle le demostrará que las alarmas de la moral parisiense son más ridículas todavía que las alternativas de la moral inglesa, de que habla usted citando á Macaulay.

Y si se me reprocha el haber asistido á aquella representación (en uso de un perfecto derecho), yo responderé que no hubiese ido de ningún modo sin cierta carta anónima y grosera que me prohibía presentarme allí bajo pena de ver maltratada... mi fisonomía. No me gustan mucho las prohibiciones en ese tono, ni en ningún tono: por consiguiente, fuí al *Moulin Rouge*. Es probable que, obrando así, haya favorecido con alguna inocencia el juego de mi anónimo corresponsal y el de los desdichados alborotadores reclutados para la farsa; pero como éstos habían gastado de antemano todo su «coraje» en insultar á dos mujeres (las cuales, aunque yo no apruebe de ningún modo sus hechos y sus gestos, mostraron, por lo menos bajo la tempestad, una serenidad que hubiéramos deseado hallar aquella noche en la mayor parte de los espec-

tadores), con media docena de amigos resueltos hubo bastante para tenerlos á raya.

Recibid, querido compañero, el testimonio de mi consideración más distinguida.

HENRY GAUTHIER-VILLARS (WILLY).

Complacido está el autor de las *Claudinas*. ¡Cuán de veras lamento que al juzgar á Willy, despreocupadamente, no como á un hombre de carne y hueso, sino como á un modelo literario, haya podido sentir la más leve molestia Mr. Gauthier-Villars! Y al propio tiempo ¡cuánto celebro que mi disculpable error acerca de la intervención de Mlle. Polaire en las *Claudinas* me haya valido esa carta de Willy!

Mlle. Polaire es uno de los gratos recuerdos que se llevan á su casa los parisienses de quince días. ¡Los ojos, el talle esbelto! —hay toda una leyenda sobre el talle— ¡la pierna nerviosa y fina, el blanco pie desnudo!.. Y no hablemos ya de su talento, de la inesperada malicia con que pronuncia las frases más ingenuas, ni del candor que pone en aquellas otras frases terribles con que los autores cómicos franceses gustan de ruborizar á los bomberos. Y además de eso, yo he visto á la Polaire en un melodrama de la Porte-Saint-Martin, que se titulaba algo así como *El Trapero*, y que por milagro no ha aparecido todavía ni en la Comedia ni en el Español. ¡Deliciosa é inquietante Polaire, chiquita como una muñeca y tan fuerte, tan com-

plicada!.. Aquella noche de estreno yo tuve el honor de admirar desde lejos en los pasillos á Willy y á Colette. Willy, con sus alas planas—hasta las librerías de Belchite ha llegado el sombrero de alas planas de Willy—, afrontaba la admiración del público, y yo no había oído hasta entonces una manera tan resbaladiza, tan de buen tono, tan parisiense, de pronunciar.

—*¡Charmante, charmante!.. ¡Tout à fait charmante!*

La *charme* de la Polaire va unida en mis recuerdos al elogio de Willy, y de aquí mi error. Luego, la cabellera corta, la falda corta, el aire colegial, ¿no eran Claudina pura?—Sin embargo, conste que sólo Mme. Colette Willy ha colaborado en la obra de su esposo. Y en popularizar el tipo novelesco de Claudina, que es á lo que especialmente se refería mi artículo.

De Mme. Colette Willy, antes y después del *Moulin Rouge*, París debería hablar con agradecimiento. No ha aspirado nunca, como Cristina de Pisán, á defender el honor de las damas francesas contra las invectivas de los difamadores: ni escribirá nunca el *Tresor de la Cité des dames*, pensando en buscar sentencias ejemplares y enseñanzas útiles y provechosas. Las novelas de Mme. Willy no son, como las de Mme. de Souza, ingenuas y moralizadoras; pero se leen mucho más fácilmente que la prosa de Mme. Stael. Ha puesto en los libros de su marido la influencia del siglo—y

aquí puede tomarse la palabra *siglo* en el pecaminoso sentido que tiene para nuestros místicos.— Cuando quiera hacerse, andando el tiempo, una historia muy erudita y muy bien informada y documentada del París actual, el historiador deberá consultar las futuras memorias de Clemenceau, las cartas episcopales y los artículos de M. Combes; pero no estará de más que repase la serie de las *Claudinas*. ¿Serán sus aventuras menos históricas que las de M. y Mme. Syveton? ¿No hallarán en ellas grandes enseñanzas los moralistas del porvenir?

Pero, además de los moralistas del porvenir, los parisienses de hoy le deben á Mme. Willy una nueva sensación literaria. Sin ella no hubiera podido formarse esa amenísima literatura que comenzó *Gip* en la *Vie parisienne*, y que alguna vez sabe cultivar Rachilde. Cuando llegó *Claudina* á unirse á otras creaciones no menos fundamentales: *Bob*, *Paulette*, *Lou-Lou*, *Madame de Flirt*, pudo decirse que estaba ya completo un ciclo aparte de un romancero parisién. Al dar cuenta de la irrupción de aquellas nuevas amazonas de falda corta y de manga ancha, Anatole France exclamaba filosóficamente:—¡Educamos mal á nuestras hijas!

Y si la culpa es de la educación, ni *Claudina*, ni *Colette* pueden ser responsables.—En cuanto á M. Henry Gauthier-Villars, cuya conducta está clara y caballerescamente explicada en su carta, es difícil, casi imposible, que llegue á imaginar la

especie de simpatía y de interés que esos lances despiertan en España. La frontera es purificadora. De París á Madrid se pierde la parte personal que pudiera haber en todo incidente público. Queda sólo la amenidad, la gracia, el sabor picante de ese gesto que él no se decide á aprobar y cuyo alcance nosotros ignoramos. ¡Así debe ser París, y así nos encanta, y si nos le dieran de otro modo, probablemente no lo aceptaríamos! Pongo, pues, al pie de esta nota á su carta unas líneas que indiquen mi sorpresa y mi satisfacción al ver que, si nosotros leemos á Willy, por una vez siquiera Willy nos ha leído á nosotros.

LOS LITERATOS EN LA POLÍTICA

El caso de Barrés invita á buscar la causa de que tantos escritores franceses coqueten con la política y á veces tengan serias y furibundas pasiones. El literato debe cumplir sus funciones de ciudadano; pero como se le ha condenado ya desde hace muchos siglos á gobernar rebaños de nubes, sorprende que trate de ir contra la idea corriente de que el literato no sabe hacer sino literatura. Han afirmado ese concepto el literato clásico, que no concebía la vida sin un Mecenas; el literato romántico, amigo de contrariar prejuicios y de sembrar alarmas, y el literato especialista en fórmulas de exclusivismo y en torres de marfil.

Pero la palabra «literato» empieza á ser un poco arqueológica. ¿El literato no vive entre hombres? ¿No le afectan sus desdichas? Su especialidad — las letras — no es más que un arma, un medio de expresión. Y el literato sólo empieza á ser poeta; es decir, á ser grande cuando salta por encima de la

literatura. Con más consideración pública, porque ellos han sido siempre los árbitros de la fama, esos amantes rabiosos de las letras no se diferencian mucho de los aficionados á la marquetería.

En una nación culta, donde todos tengan el amor á los genios y todos estén en posesión del arte de escribir, el literato no será un hombre aparte.— Pero vamos á hablar de Francia y del caso Barrés. Maurice Barrés empezó hace veinte años con sus tres libros de *El culto del Yo*. El mismo los califica de memorias espirituales, de ideología apasionada, algo así como novela de la metafísica que comprendiera cinco ó seis años de aprendizaje de un joven francés intelectual. Su culto — en el sentido de cultura y cultivo — le imponía el deber de crearse su propio Yo todos los días, y de llegar deliberadamente al entusiasmo por una especie de mecánica moral, según Loyola, cuyo admirable método se jactaba de haber restaurado. Para él, fuera del Yo estaban los bárbaros: «Somos los bárbaros, los convencidos—les hacía decir—. Hemos dado á cada cosa su nombre, y sabemos cuándo conviene reír y cuándo estar serios. Somos sordos, bien nutridos, estruendosos. Tenemos en el bolsillo la patria. Hemos creado la noción del ridículo, lo que no es como nosotros.»—El Barrés de los veinticinco años se veía ya en poder de los bárbaros, registrado, estimado y tasado; adivinaba que le autorizarían á probar fortuna hasta que llegaran á rebajarle y á hacerle renegar de sí mismo.

Pero entonces confiaba en volver á su soledad y no podía pensar en que, por el contrario, acabaría por pedir á los bárbaros un acta de diputado. Estaba aún lejos la época en que también él había de tener la patria en el bolsillo.

En el prólogo de la última edición de *Un hombre libre*, Barrés demuestra algún remordimiento — no del todo limpio de vanidad — por el tumulto levantado con sus primeros libros en los ánimos juveniles. Al empezar á escribir, decía: «¡Que cada cual satisfaga su Yo!» Luego, para razonar el cambio de su segunda etapa, argumentaba: «Mi mérito está en haber sacado del individuo los grandes principios de subordinación. Los jóvenes franceses no me hubieran oído si no hubiera partido del Yo. A fuerza de humillaciones, mi pensamiento, antes tan orgulloso y tan libre, llega á establecer la dependencia que mantiene con esta tierra donde duermen nuestros muertos.»—Antes de hablar así, había afirmado que los muertos nos envenenan y que vivimos en un medio social impuesto por ellos. Luego fundó toda la teoría de *Los desarraigados*, precisamente en ese lazo que aprendió á respetar en su tierra de Lorena una tarde del mes de los muertos.

«Aquel niño solitario, vanidoso y atormentado, vivió su sueño con tal energía, que sus penas igualaron á su orgullo.»—Y en ese momento fué cuando le estimaron por sutil, por delicado y por complejo los espíritus de su generación. Era la época

en que afirmaba la moral del respeto á sí mismo, «cuando advertía — dice Anatole France en un cariñoso palmetazo — que debemos guardarnos, pertenecernos y no vender nuestra sombra ni á Dios, ni al diablo, ni á las mujeres». Era también la época en que se le consideraba como el tipo de una juventud extraordinariamente culta, esparcida entre la multitud, pero más numerosa de lo que podía imaginarse. Era, en fin, el literato de altos y nobilísimos pensamientos, accesible sólo á un núcleo de iniciados.

El *affaire* Dreyfus le encontró ya metido en política y emprendiendo campañas en los libros tanto como en las Cámaras. *La novela de la energía nacional* no era la obra de un nihilista delicado, porque el candidato al nihilismo había encontrado la inanidad del Yo que no acierta con su sentido social. Entonces fué cuando pronunció la palabra «nacionalismo» y cuando se asimiló el criterio de Disraeli: «El día en que los demócratas atacan los intereses y la verdadera tradición de un pueblo hay derecho á perseguir la transformación del partido aristocrático para confiarle la mejora social y las grandes ambiciones nacionales.»—Pero aquí ¿quién habla? ¿Será lícito afirmar que se trata de un traidor á las letras? ¿Tendrán títulos para condenarle los jóvenes franceses que abran hoy las páginas del *Jardin de Berenice* y comparen?

Yo creo, por el contrario, que hay una gran fuerza de abnegación y de simpatía en este aban-

dono del ideal sin mácula. Por política, es decir, por parcialidad, Barrés gastó su pluma en escribir *Leurs figures* y aquellas *Escenas y doctrinas del nacionalismo*, en que arremetía injustamente contra Zola por veneciano, contra France por nihilista social y contra los intelectuales por ilusos, capaces de creer que la vida debe fundarse sobre la lógica.

En esa misma injusticia late el deseo de no privar de sus sentimientos al pueblo en que se nace. No hay falta, sino exceso de vida.—En Francia el literato es capaz de alzar una bandera y de caminar á la vanguardia de los políticos. En esto se diferencia de la España actual, donde el literato sólo llega á soldado de fila, y sigue lentamente como de mala gana á otros que no pueden ser sus hermanos de armas, soldados sin cordialidad que no sienten gran pena si le ven rezagarse y echarse despedido en la cuneta de la carretera.

LA TRANSFORMACIÓN DE M. FALLIÈRES

Estará ya agotada la fantasía en tierra de Gasuña si á estas horas queda en Agen algún maestro de escuela que no haya dado con el puntero en el banco más chico de la clase de párvulos, diciendo: — ¡Ahí aprendió las primeras letras Armando Fallières! — Y es grato imaginar por parte del maestro un confuso é indeciso respeto hacia aquellas cabecitas infantiles, esclavas hoy del silabario, dueñas acaso en el porvenir de los destinos de la patria, y por parte de sus alumnos una admiración más inconsciente todavía hacia aquellos bancos donde se sentaba un futuro Presidente de la República.

De alto á abajo, desde el Instituto provinciano hasta las Cámaras del Luxemburgo, la elevación de M. Fallières es un claro espejo de democracia. ¡Fallières llegó! Es el nieto de un herrero, el hijo de un escribano, el estudiantillo suspenso, el abogado sin pleitos... ¿Qué incapacidad puede cerrar

el camino á las esperanzas de ningún francés? Para que el amor del ciudadano por la institución sea más personal, esta admirable república de las clases medias no elige á los privilegiados del talento. Busca hombres «representativos», que no absorban, que no atraigan, que no deslumbren: un hombre-mayoría. De ese modo toda Francia está nivelada y es posible mantener dentro de la patria el equilibrio.

Antes de la elección podrá discutirlos. Después, su instinto, mucho más que la ley, la inclina á respetar. Y como esa cualidad envidiable del espíritu francés tiene un valor tan grande como la del heroísmo, debemos recoger el ejemplo de todo un pueblo y ofrecérsele al espíritu español, tan inquieto — quizá por seculares castigos —, tan díscolo, tan irrespetuoso con lo que está formado á su imagen y semejanza.

La República necesitaba un hombre. Ha elegido á «un buen hombre». — Esta frase, la única agresiva y punzante, se pronunció el mismo día de la elección, cuando todavía la lucha por el voto caldeaba las pasiones. Pero una noche bastó para transformar á M. Fallières en el patriarca intangible.

Fríamente, desinteresadamente, tal cual pueden ver estas mudanzas ojos extranjeros, es más fácil apreciar su valor como datos para la psicología nacional. París es burlón, escéptico, su crítica no daña porque ataca con razón ó sin ella, y el ataque

está ya descontado. Pero M. Fallières le ha merecido siempre una bondadosa simpatía de segunda clase. Cuando el expresidente Loubet indicaba su predilección por Fallières, Fallières era un estimable senador, muy amigo de sus amigos, muy sincero en sus discursos necrológicos al cabo de los siete años de Luxemburgo, buen republicano, buen cultivador... Luego presenciamos su exaltación y su transformación. Nadie puede realizar esos avatares tan pronto y con tan viva eficacia como la prensa parisién. Empezó por prepararle una leyenda campesina. Su finca de Loupillón, dorada al sol que caldeó las fantasías de Tartarín y los desprendimientos de Numa Roumestan, era suficiente, sin otras realidades para forjar toda una égloga virgiliana; y como en la prosaica vida de los franceses del siglo xx las églogas no bastan, un ejército de cronistas de patriótica pluma encontró el símbolo del poder surgiendo de la tierra madre, cultivada con paciencia y con amor.

Prueba tan peligrosa como la de llegar en una hora al lugar más visible de la patria la arrostraría con desconfianza un inglés, con paciencia un alemán, con zozobra un español. El espíritu francés se encarga de tranquilizar á M. Fallières. El expresidente del Senado, el jurista tolosano no existe ya. Alrededor de su persona la nación entera va tejiendo, con todos los prestigios del cargo, una nueva personalidad. Le dará el aplomo que le falta, rodeará de afectos y ternuras las intimidades del

Elíseo. Cuando vuelva á sus viñas, cuando convoque á los familiares de su granja y vayan á chocar con él la copa de las pasadas francachelas los amigos de infancia, en vano M. Fallières querrá seguir siendo M. Fallières. La República le ha hecho suyo. La presidencia le ha convertido en un hombre nuevo.

EL ANARQUISMO LITERARIO

Laurent Tailhade era un poeta adolescente que escribía versos impecables. Luego cultivó las letras humanitarias. Luego hizo sátiras, artículos de crítica social, campañas virulentas contra el régimen burgués. Y al llegar la plenitud, Tailhade, anarquista, era maestro en el arte de arrojar frases explosivas, dicitos, insultos, condenaciones y mortificaciones. Tan limpia prosa empleada en tales desenfrenos le hacía interesante. Su estilo no decayó nunca, aunque lo adornase con flores de estercolero, y esa misma preferencia por las palabras gruesas le atrajo mucho público del que no siempre busca lo que se dice, sino la forma en que se dice.

Toda su prosa, sin embargo, tendría escaso interés para lectores españoles si Laurent Tailhade no hubiera acabado por rendir las armas. Sin ningún fervor de propaganda, sólo con el deseo de atraer la atención hacia hechos individuales que revelan estados del espíritu universal, presento el caso de

Laurent Tailhade. La defección de un literato nos enseña cómo evolucionan las opiniones. ¿Por qué se es anarquista? ¿Cómo se deja de ser anarquista? Los compañeros del furibundo demoleedor se encargarán de precisarlo haciendo la biografía de Tailhade. Él mismo dió los datos.

—«Mi padre, magistrado á la antigua, procedía de una familia de togados casi clerical y era un realista fervoroso, de los intransigentes.»—El anarquista nace aquí por oposición, por la fuerza del espíritu crítico desenvuelta en ese período peligroso é inevitable en que los hijos abren el tribunal de su conciencia y empiezan por juzgar lo que tienen más cerca: las ideas de sus propios padres. Es una forma exacerbada de la dignidad; un grito de independencia y de rebelión. El hijo del magistrado realista, fanático del Conde de Chambord, tiene veleidades románticas, sueña con las grandezas de la Revolución; no admite el orden, ni la justicia, ni el régimen encarnados en la toga paterna. Su alma de poeta le hace pensar en otra humanidad más piadosa y más grande, la humanidad del porvenir sin verdugos, ni carceleros, ni tribunales. Su vocación literaria le aísla en un aristocrático disentimiento de todo lo que le rodea. Su genio satírico le lleva á renegar de su origen. Y Laurent Tailhade es anarquista.

De igual modo deja de serlo:—«Nada tengo que decir de mis compañeros de otro tiempo. La inelegancia, la bajeza y la fealdad de ciertos medios en

que me he sumido, los odiosos contactos, la promiscuidad con seres cuya menor equivocación era la de afirmarse á cada instante como imbéciles siniestros, me han inspirado el deseo vehemente de no trabajar ya sino para el Arte y para la Belleza. No deseo de hoy más otro renombre que el de literato, si mis méritos bastan á adquirirle...» «Antes me adorné con el nombre de anarquista. ¡Ay! Deduciendo los neuropáticos, los dementes y los rateros de la anarquía, apartando á Elíseo Reclus, que ha muerto, y á mí, que me voy, queda un contingente tan reducido, que no merece ser tomado en serio.»— Laurent Tailhade no se contenta con rendir las armas: el hacha y la piqueta. Las recupera pronto para emplearlas en los que hasta ahora le han acompañado.

Lo que le impulsa á separarse es lo mismo que le impulsó á afiliarse: el tedio de lo circundante; la falta de grandeza para perseverar en las ideas por encima de las enemistades personales. Y, sobre todo, el orgullo, mejor dicho, la irreprimible vanidad del hombre de letras, para quien nada importa tanto como atraer un momento la atención de los congéneres. Laurent Tailhade conservaba las manos aristocráticas, aun empleándolas en amasar el barro del arroyo. Como no había llegado á profesar el credo anarquista por lecciones crueles de la vida, sino por mera ambición de literato, un día sintió la necesidad de abrir los viejos arcones familiares y de probarse la toga de papá. Ese día sus

compañeros ya no le agradaron; no valían lo que los cortesanos del Conde de Chambord. El genio crítico, la inquietud literaria le llevaron á la defección.

Hay otra defección más interesante y más bella que la de Tailhade; es la de Herten, el enamorado teórico de la violencia que retrocede y claudica al llegar á la práctica; su retirada es conmovedora porque no se funda en ningún interés y sólo obedece al noble corazón, sin fuerzas para ser implacable. Así dejó Herten de proclamarse anarquista cuando vió el camino de sus ideales lleno de sangrientas huellas. Pero Tailhade sigue otros impulsos. Desahogó sus cóleras en libros como *Au pais des mufles*. Envenenó cuanto pudo las campañas del *affaire Dreyffus*; atacó desde las columnas de *L'Action* el régimen de la burguesía republicana; gozó de una popularidad envidiable para los hombres de su temple que no pueden pasar junto á las aguas inmóviles de un estanque sin arrojar piedras; fué perseguido, gritado, apedreado por los católicos bretones.

Y bruscamente se aparta de su camino para decir:

— Si las cosas pudieran volver atrás, yo no empezaría nuevamente mis errores de antaño. Acaso no combatiría á mis enemigos de entonces. Pero de fijo no andaría ya con mis antiguos compañeros. Son, en su mayor parte, demasiado cortos de alcances, demasiado cobardes y demasiado ingratos.

Estas confesiones, sin pudor y sin duelo, deben

de producir en las muchedumbres el efecto de algo que se quiebra, se descompone y se desploma. ¡Ansia de huir, de encontrarse lejos de la esfera de influencia de semejantes perturbadores! La masa, el pueblo, no se detiene á investigar psicologías y á buscar la causa de la defección. Aunque la viera, no podría considerarla suficiente ni llegaría nunca á perdonar las variaciones de un carácter agrio que no vive sin corroer. Pero es tal la virtud de su fe, que no desmaya ni ante ejemplos tan desoladores. Juzga, condena y sigue adelante con sus esperanzas. En la política francesa, en el seno de la burguesía como entre los anarquistas de propaganda y de acción, no es único el caso de Laurent Tailhade. Repasar biografías es hacer una historia de las defecciones. Una escéptica impassibilidad, una clara y abrumadora percepción de que «todo es uno y lo mismo», va deprimiendo el ánimo de los iniciados al ver que no se muere por desmentir toda una vida y que caen en plena traición los mismos que proclaman «la belleza del gesto».

EL OCASO DE MONTMARTRE

Si España y América le pidieran al legendario Montmartre cuenta de las víctimas que ocasionó, ese montecillo turbulento tendría que coronarse de cruces y de capillas blancas para sacar almas del Limbo. Una tradición que se encarga de sostener

la prensa parisién con tres ó cuatro artículos al año, dice que Montmartre se hunde, y que la célebre *butte* ó cima se aplana poco á poco.

Ya no es necesario. Montmartre ha hecho todo el bien y todo el mal que podía hacer. Para el español tenía especial encanto todo lo que viniera de Montmartre: los versos magistrales, los carteles artísticos, las canciones picantes le atraían, no sólo por el arte, sino también por un diabólico perfume femenino.

«El español en Montmartre» es ya un tipo universalmente clasificado. En la Exposición del Arte Belga, en Bruselas, he visto que Henry Evenepoel le pinta rondando el *Moulin Rouge* con su capa, su sombrero blando, su barba negra y sus ojos grandes abrasados como los de los santos de Ribera, luciendo en la cara huesosa. Va, sin duda, á algún *cabaret* semiliterario, semigalante: quizá al *Chat Noir*. Allí perderá muy buenas horas y aguzará su crítica escéptica para los hombres y las cosas de España.

Pero el *Chat Noir* ha muerto. Tenía de común con todos los *cabarets* famosos la estrechez, el ahogo, el buen gusto decorativo, capaz de convertir cualquier tabanque en un museo miniatura de arte novísimo. Tenía también sus diez ó doce nombres famosos al lado de una turba de escritores, pintores y músicos innominados. Nosotros, los que no hemos visto París en el siglo XIX, entramos en estos lugares como en una tumba desalquilada ya

de momias y de ataúdes. Los grandes hombres no vienen. Todas las mesas están ocupadas por estudiantes, muchachos que pueden ser artistas lo mismo que dependientes de un almacén de novedades, extranjeros ¡muchos extranjeros! y mujeres llamativas, las mismas que hemos visto en *Folies Bergères* ó en *Marigni*, las mismas que veremos á última hora en *Tabarin* ó en el *Americano*.

Aureliano Scholl, hablando de otro salón ya prehistórico, el *Divan Lepelletier*, de Flaubert, Monselet, Gerardo de Nerval, Banville, Baudelaire, y otros, dice que murió del dominó, del billar y de la cerveza. El salón literario es imposible hoy; le matan el *sport*, la parisién y el extranjero que no quiere irse de París sin tomar un *bock* enfrente de Anatole France, de Combes y de la Bella Otero. Las glorias se quedan en su casa, y la única persona de representación que encuentra el curioso en el *cabaret* es el gerente.

Pero el *Chat Noir* tuvo su época. No era un lazo para coger paletos internacionales como esos estúpidos *cabarets* de «la Nada», «del Cielo» y «del Infierno», deshonor del buen gusto parisién, y como otras engañifas montmartresas del mismo orden. No le regía un espíritu de empresa como al *Quat'z's'Arts*, que es un espectáculo más.

Allí se reunió la juventud del 85, que tenía por ídolos á Baudelaire, á Mallarmé y á Verlaine, incapaz de sentir el ardor lírico de Víctor Hugo, pero

deseosa de precisar pensamientos y sensaciones más complejas y más sutiles. Era la generación que aguantó toda la pesadumbre de la escuela naturalista y reaccionó contra ella. De allí salieron por espíritu de justicia y de ponderación los mayores enemigos de Zola. Junto á Mirbeau, Barrés, Peladan, Prevost, Bourget, Hervieu, Jean Lorrain, ¿quiénes eran los que tenían un criterio definido del arte? En la buena época del *Chat Noir*, esa pregunta hubiera sido un insulto.

La crítica, el odio, los unía. Luego cada uno, separadamente, ha seguido su camino, porque ahora no se concibe la persistencia en la vida bohemia como en los tiempos de Murger, de Barbey y de Henry Becque. Los más fuertes dejaron las mesas y el escenario en que se representaron obras revolucionarias á otra gente más ligera, más banal, es decir: á los verdaderos montmartreses. Otra vez volvió á caerse en el pecado capital de los escritores del año 50: el alejamiento de la vida, la ilusión de que París dirige al mundo entero y el odio al burgués, entendiendo por burgués á todo el que no comparte con ellos gustos y opiniones.

Sobre el *cabaret* predominó, al alejarse los que merecían sobrenadar, una minoría de fracasados influyendo sobre una mayoría de principiantes. Hasta que llegó el público, entraron los bebedores, las muchachas, los extranjeros, y fueron acabando con todas las malas costumbres literarias del *Chat Noir*. Ahora ha terminado su agonía y ningún

Mouselet le reza el responso como al *Divan*, porque los tiempos cambian. En 1850 el *cabaret*, la bohemia fraternal, las inocentes travesuras, las dificultades económicas, eran materia literaria y se confesaban casi con orgullo. En 1905, la bohemia es vergonzosa. La tertulia roba tiempo. La comunidad de vida es malsana. Hay menos sencillez, pero mucho más sentido común. El que no está formado aún, se prepara; el que está preparado, trabaja. Y uno y otro procuran vivir como hombres, y no como literatos.

Por eso, cuando algún superviviente de aquella generación que todavía alcanzaron los maestros de hoy, tiene la idea de publicar sus recuerdos—como Fermín Maillard —, nos sentimos mucho más lejos de ella que de la generación de los enciclopedistas y la de los revolucionarios.

INDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO.	7
EL TRIBUTO A PARIS	
El encanto roto.. . . .	19
París, ciudad del arte.	23
PARÍS.—BURDEOS.—BIARRITZ	
Defensa del automóvil.	33
Mister Dannat.	37
Camino de Tours.	39
La carrera de la muerte.	41
Un domingo en los campos.. . . .	45
De Rufec á Burdeos.	47
Por las Landas.	50
Mont-de-Marsan.	53
En Biarritz.	55
FANTASÍAS ESTIVALES	
La siesta del Bulevar.	59
En la Cámara.	63
El 14 de Julio de un internacionalista.	66
Pasa un Bey.	73
En Corbeil.—Casteljolí.	76
Adiós al Estío.	79
DEL INVIERNO PARISIÉN	
Los huéspedes del Louvre.	83
El inquilino y el portero.. . . .	90

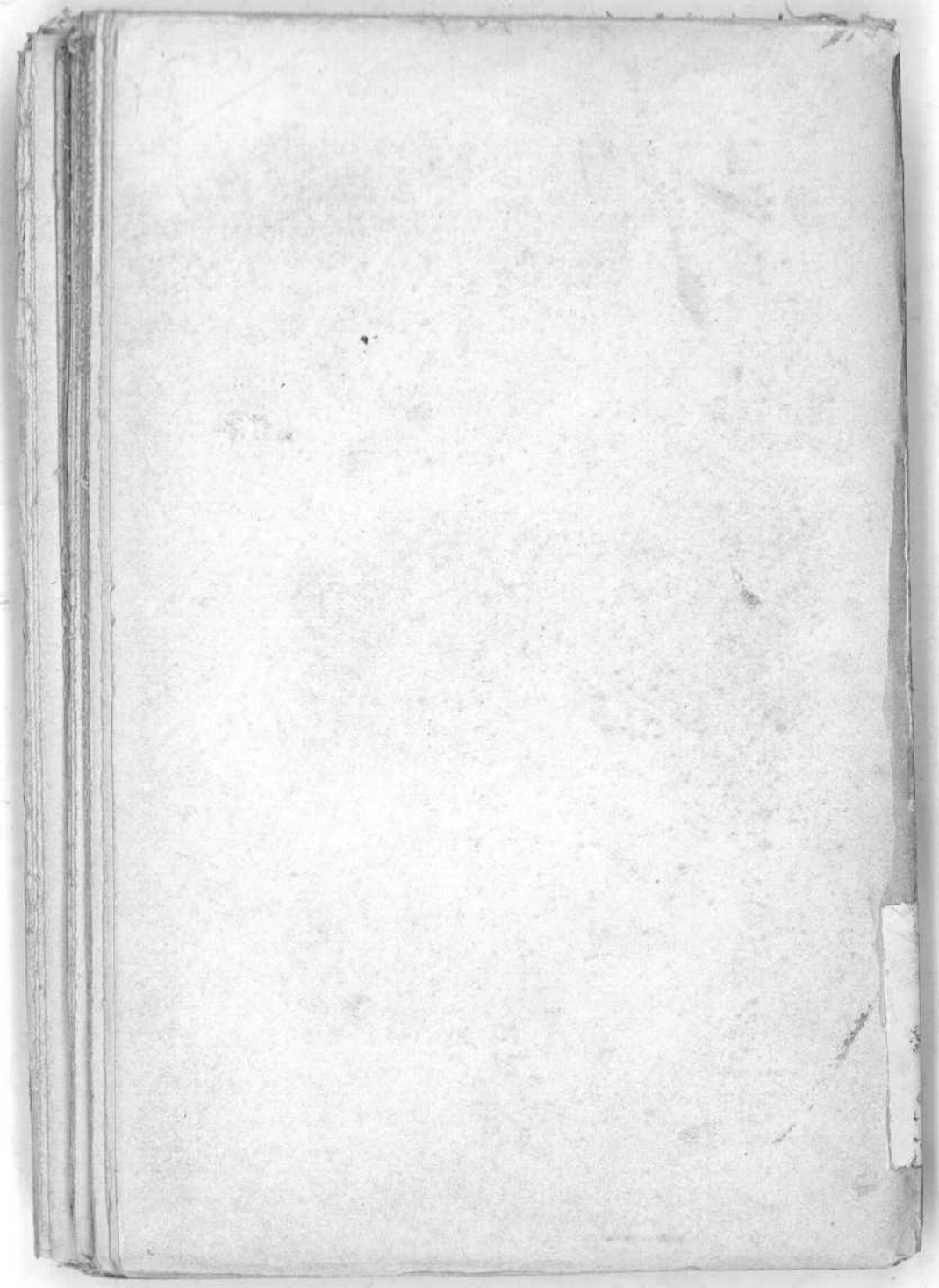
Las calles siniestras.	96
Diario de un extranjero.	101
Ante la noche.	102
«¡Alas poor, Paquito!»	104
Reveillon.	110

UN VIAJE Á BÉLGICA

Unas líneas de prólogo.	119
Descubrimiento de Bruselas.. . . .	123
En el bosque de la Cambre.	128
Constantino Meunier.	133
La leyenda de Ulenspiegel.	138
La Bélgica clerical.	143
La Bélgica socialista.	148
Desde una librería.	153

DEL ESPÍRITU FRANCÉS

La administración del talento.	161
El chin chin patriótico.	165
Los internacionalistas.. . . .	169
La hospitalidad parisién.	173
El culto de los grandes hombres.	178
La Prensa del bulevar.. . . .	183
Shakespeare y los franceses.. . . .	188
La moral y el Moulin Rouge.—Las Claudinas.	193
Una carta de Willy.	197
Los literatos en la política.	203
La transformación de M. Fallières.	209
El anarquismo literario.	212
El ocaso de Montmartre.	217



L. BILLO

EL
TRIBUTO
A PARÍS

PRECIO:
3 pesetas.

G 44453